



Universidad Autónoma de Querétaro



Facultad de Filosofía

Licenciatura en Filosofía

Vigilancia digital y panoptismo: un análisis crítico de TikTok y la configuración de la
subjetividad adolescente

Tesis individual

Para obtener el título de Licenciatura en Filosofía

Presenta:

María Dolores Rodríguez Reyes

Dirigido por: Dr. Mauricio Ávila Barba

Codirección: Dra. María Yolanda García Ibarra

Querétaro, Qro.

La presente obra está bajo la licencia:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>



CC BY-NC-ND 4.0 DEED

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional

Usted es libre de:

Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato

La licenciante no puede revocar estas libertades en tanto usted siga los términos de la licencia

Bajo los siguientes términos:



Atribución — Usted debe dar [crédito de manera adecuada](#), brindar un enlace a la licencia, e [indicar si se han realizado cambios](#). Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.



NoComercial — Usted no puede hacer uso del material con [propósitos comerciales](#).



SinDerivadas — Si [remezcla, transforma o crea a partir](#) del material, no podrá distribuir el material modificado.

No hay restricciones adicionales — No puede aplicar términos legales ni [medidas tecnológicas](#) que restrinjan legalmente a otras a hacer cualquier uso permitido por la licencia.

Avisos:

No tiene que cumplir con la licencia para elementos del material en el dominio público o cuando su uso esté permitido por una [excepción o limitación](#) aplicable.

No se dan garantías. La licencia podría no darle todos los permisos que necesita para el uso que tenga previsto. Por ejemplo, otros derechos como [publicidad, privacidad, o derechos morales](#) pueden limitar la forma en que utilice el material.

Índice

Índice	3
Introducción	4
Capítulo I	14
Los primeros hilos: de ARPANET hacia la red global	14
1.1. Los primeros hilos de la red: ARPANET, técnicas de guerra, comunidades académicas en expansión y la globalización	16
1.2 El crecimiento y el habitar de la telaraña: de la World Wide Web al pensamiento crítico sobre la vigilancia	23
Capítulo II	43
<i>Panoptismo</i> y anatomía del poder disciplinario en M. Foucault: la producción de subjetividades	43
2.1 El panóptico como paradigma: de la prisión de Bentham a la teoría de M. Foucault	44
2.2 Del panóptico a la microfísica: el arte de las distribuciones y la construcción de los cuerpos dóciles	54
2.3 Gestos, normas para la clasificación del cuerpo subjetivo	66
2.4 Sanción normalizadora y vigilancia jerárquica: técnicas de coacción subjetiva	72
Capítulo III	81
Del poder disciplinario al poder algorítmico: la reconfiguración digital de la mirada	83
3.1 De la disciplina a la transparencia: mutación algorítmica y régimen de luz	85
3.2 El yo digital: discusiones en torno a afectos y algoritmos	99
3.3 TikTok y la identidad adolescente en la sociedad de la transparencia	113
Conclusiones	124
Hacia una filosofía digital del poder y la vigilancia	124
Glosario	137
Bibliografía	140

Introducción

La historia de Internet es también la historia del poder. No se trata únicamente de una coincidencia conceptual, sino de una relación estructural que acompaña a la red desde su origen. Detrás de la narrativa celebratoria que presenta a la red global como sinónimo de libertad, acceso y conectividad, se despliega un entramado profundamente marcado por intereses militares, económicos y políticos que influyeron en su diseño, su expansión y sus usos sociales.

Esta narrativa dominante, ampliamente difundida en discursos institucionales, empresariales y culturales, ha tendido a ocultar las condiciones materiales y estratégicas que hicieron posible la existencia misma de Internet. Esta genealogía oculta, aunque rara vez tematizada en los discursos tecnófilos contemporáneos, resulta imprescindible para comprender la manera en que la digitalización transformó la vida humana y reconfiguró los modos de vigilancia y control. Hablar de Internet implica, por tanto, interrogar las fuerzas históricas que lo hicieron surgir y las lógicas que orientaron su desarrollo inicial.

En sus orígenes, durante la Guerra Fría, ARPANET surgió como una estrategia de resistencia ante un eventual colapso nuclear: una red descentralizada capaz de mantener la comunicación incluso si partes del sistema eran destruidas. Este contexto geopolítico, marcado por la tensión permanente entre bloques, definió las prioridades técnicas del proyecto y orientó su concepción desde criterios de seguridad y supervivencia. La conmutación de paquetes, la redundancia de nodos y la lógica mallada que caracterizaron su estructura implementaron una forma de resiliencia inédita para su época. Cada uno de estos elementos respondía a una preocupación concreta: evitar los puntos únicos de fallo y garantizar la continuidad del flujo informativo en escenarios de emergencia extrema.

Sin embargo, aquella arquitectura técnica —aparentemente neutra— contenía ya una gramática de vigilancia distribuida: la capacidad de registrar, rastrear y reconstruir los flujos informativos quedaba inscrita en el mismo código que garantizaba la circulación continua de datos. La posibilidad de fragmentar, almacenar y recomponer la información no sólo aseguraba la comunicación, sino que habilitaba nuevas formas de observación sistemática. La infraestructura militar que dio origen a Internet estaba diseñada no solo para resistir, sino también para observar.

Con el paso del tiempo, esa estructura bélica se transformó en la World Wide Web. El tránsito no implicó una ruptura radical, sino una reconfiguración progresiva de los fines y de los usuarios del sistema. Lo que había comenzado como un proyecto de seguridad nacional se expandió hacia universidades, centros de investigación y posteriormente a la vida cotidiana global. Este proceso de expansión fue acompañado por un discurso que enfatizaba el intercambio de información, la colaboración académica y la apertura del conocimiento.

La Web 1.0 ofreció un “gran depósito de documentos”; la Web 2.0 inauguró la interacción masiva y la participación del usuario; la Web 3.0 integró algoritmos semánticos y técnicas de aprendizaje automático que permitieron personalizar la experiencia digital y anticipar comportamientos. Cada una de estas fases reorganizó la relación entre el sujeto y la información, ampliando las posibilidades de acción dentro de la red. Aunque cada una de estas etapas fue interpretada como un avance hacia una mayor democratización del conocimiento, la lógica del control nunca desapareció: simplemente mutó, se sofisticó y se naturalizó en la vida diaria. Así, los mecanismos que en un inicio respondían a necesidades estratégicas se integraron de manera silenciosa en prácticas cotidianas aparentemente ajenas a cualquier forma de vigilancia.

Este trabajo parte de la premisa de que la red no puede entenderse como un simple instrumento de comunicación, sino como una tecnología de poder que produce subjetividades, regula afectos y redefine las formas de interacción social. Entender la red únicamente como un medio neutral implicaría pasar por alto las dinámicas históricas y estructurales que organizan su funcionamiento cotidiano. En el tránsito histórico que va del panóptico arquitectónico de Jeremy Bentham al panóptico digital contemporáneo, la vigilancia se ha dispersado, se ha estetizado y, sobre todo, se ha interiorizado. Este desplazamiento no elimina el control, sino que lo reconfigura en formas más sutiles, menos visibles y profundamente integradas en la experiencia diaria.

Ya no se manifiesta como una torre que observa desde lo alto, sino como un régimen de visibilidad permanente en el que el sujeto participa voluntariamente. La observación deja de percibirse como una imposición externa y se incorpora como una práctica normalizada. La libertad digital, frecuentemente celebrada, encubre una coacción luminosa: una forma de poder que opera desde el deseo, no desde el castigo. El control no se ejerce mediante la

prohibición explícita, sino a través de incentivos simbólicos ligados al reconocimiento y la pertenencia. Mostrar-se, exponerse, actualizar la identidad y mantenerse visible se han convertido en condiciones de existencia en el ecosistema digital actual. Estas prácticas, lejos de ser excepcionales, estructuran la manera en que los sujetos se relacionan consigo mismos y con los otros en el entorno digital.

A partir de esta premisa, surge la pregunta central que orienta la investigación: ¿de qué modo la arquitectura histórica de Internet —desde ARPANET hasta plataformas contemporáneas como TikTok— reproduce y transforma las lógicas de vigilancia y poder, y cómo inciden estas mutaciones en la configuración de la subjetividad, particularmente en la identidad adolescente? La formulación de esta pregunta responde a la necesidad de articular el desarrollo técnico de la red con sus efectos sociales y simbólicos.

Esta pregunta se inscribe en un campo de discusión amplio y en constante crecimiento. El interés académico por las transformaciones digitales ha aumentado conforme la red se ha integrado de manera profunda en la vida cotidiana. En los últimos años, la vigilancia digital ha sido objeto de estudio desde perspectivas tan diversas como la filosofía, los estudios culturales, la teoría política, la sociología de la tecnología, la economía de plataformas y la psicología digital. Estas aproximaciones coinciden en señalar que la digitalización no sólo modifica las prácticas sociales, sino también las formas de percepción, autoevaluación y construcción identitaria.

Sin embargo, a pesar de la abundancia de investigaciones, la mayoría de ellas aborda dimensiones aisladas del fenómeno: algunas se concentran en la infraestructura técnica de la red, otras en la teoría foucaultiana del poder, otras en la transparencia algorítmica o en el capitalismo de vigilancia, otras en los efectos emocionales de las redes sociales. Este abordaje fragmentado ha permitido avances significativos en campos específicos, pero ha dificultado la comprensión del fenómeno en su complejidad histórica. Pocos estudios articulan estos planos en una misma genealogía que permita comprender la continuidad histórica que une a ARPANET, el *panoptismo* y la subjetividad algorítmica. Con frecuencia, los análisis técnicos prescinden de una reflexión filosófica sobre el poder, mientras que los estudios teóricos omiten el espesor material y arquitectónico de la red. Esta ausencia constituye el vacío teórico que pretende atender esta tesis. No se trata de negar la relevancia de los trabajos existentes,

sino de señalar la falta de una articulación que permita leer estos procesos como parte de un mismo devenir histórico.

La hipótesis que guía el análisis sostiene que no existe ruptura entre el *panoptismo* moderno y las formas actuales de control digital, sino una mutación estructural que transforma la vigilancia disciplinaria en transparencia algorítmica. Esta mutación no implica la desaparición de las lógicas de poder modernas, sino su reorganización bajo nuevas condiciones técnicas y culturales. La lógica descrita por Michel Foucault en *Vigilar y castigar* (1975) no desaparece en el mundo digital; se desplaza hacia nuevos dispositivos, se integra a procesos automatizados y se vuelve afectiva. El control ya no requiere de una presencia constante de la autoridad, pues se inscribe en dinámicas cotidianas que el propio sujeto reproduce.

La descentralización técnica que hizo robusta a la red ante un posible colapso se convierte en un modelo político de vigilancia distribuida donde la coacción ya no proviene de muros ni de jerarquías visibles, sino de la participación voluntaria, la acumulación masiva de datos, la gestión algorítmica de la atención y la autoexplotación afectiva. Así, la vigilancia deja de ser una experiencia excepcional para convertirse en una condición estructural de la vida digital contemporánea.

El aporte original de este trabajo consiste en articular, en un mismo eje genealógico, la historia técnica de Internet, la teoría disciplinaria del *panoptismo* y la psicopolítica contemporánea de la transparencia para explicar la producción de subjetividad digital. Esta articulación no se propone como una síntesis forzada, sino como un recorrido analítico que pone en relación procesos que habitualmente se estudian de manera separada.

Este puente conceptual permite entender que la subjetividad adolescente en plataformas como TikTok no surge espontáneamente ni puede analizarse de manera aislada, sino que forma parte de una continuidad histórica que enlaza infraestructura técnica, racionalidades de poder y modos de subjetivación. Al situar la experiencia digital adolescente dentro de este entramado, se vuelve posible leer sus prácticas, afectos y formas de autoexpresión como el resultado de condiciones históricas específicas. La subjetividad aparece así como un proceso producido, moldeado y sostenido por estructuras técnicas y simbólicas que anteceden al propio sujeto. Este enfoque evita interpretaciones

simplificadoras que reducen el fenómeno a decisiones individuales o a meros hábitos de consumo digital.

El análisis teórico se apoya en un conjunto de autores cuya obra permite recorrer esta continuidad. No se trata de una suma ecléctica de perspectivas, sino de un entramado conceptual que acompaña el desarrollo histórico del problema desde distintos niveles de análisis.

Foucault proporciona la base conceptual para entender las tecnologías disciplinarias, el *panoptismo* como diagrama político y la producción de subjetividades a partir de la organización del espacio, el tiempo y el cuerpo. Su obra permite pensar el poder no como una instancia localizada, sino como una red de relaciones que atraviesa prácticas, saberes e instituciones. Desde esta perspectiva, el poder no se ejerce únicamente a través de la prohibición o la violencia directa, sino mediante dispositivos que organizan conductas, ritmos y formas de visibilidad. Este enfoque resulta central para analizar cómo los mecanismos de vigilancia operan de manera productiva, generando sujetos que interiorizan las normas y participan activamente en su reproducción.

Jeremy Bentham aporta el modelo arquitectónico de la visibilidad que inaugura un régimen de control basado en la exposición constante. El panóptico benthamiano funciona aquí como punto de partida material para comprender cómo la visibilidad se convierte en una técnica de gobierno. La disposición espacial del edificio no solo organiza los cuerpos, sino que produce una relación asimétrica entre quien observa y quien es observado. En este modelo, la posibilidad permanente de ser visto introduce una forma de control que no requiere la presencia efectiva del vigilante, pues actúa mediante la anticipación y la internalización de la mirada.

Byung-Chul Han desarrolla la noción de transparencia como paradigma contemporáneo y describe la transición de la *disciplina* a la psicopolítica digital basada en el rendimiento y la autoexplotación. Su análisis permite identificar el desplazamiento del control desde la coerción externa hacia formas de autogestión afectiva y emocional. En este marco, el poder ya no se ejerce principalmente mediante la prohibición o la vigilancia visible, sino a través de la incitación permanente a mostrarse, comunicarse y optimizarse. La transparencia opera así como un ideal normativo que transforma la exposición en un valor

positivo y convierte la autoexplotación en una práctica voluntaria. Este enfoque resulta clave para comprender cómo el control se vuelve compatible con la experiencia de libertad en el entorno digital contemporáneo.

Alberto Constante examina la subjetividad en la red, la multiplicación del yo y la constitución de identidades digitales fragmentadas. Su trabajo resulta clave para pensar cómo la experiencia digital modifica las formas de autopercepción y de relación con los otros. Desde esta perspectiva, la identidad deja de concebirse como una unidad estable y se presenta como un proceso dinámico, expuesto a la interacción constante y a la mediación técnica. La red aparece, así como un espacio donde el sujeto se construye a partir de múltiples registros, miradas y narrativas que reconfiguran su modo de estar consigo mismo y con los demás.

El Colectivo Tiqqun plantea la noción de máquina social y la captura de la vida por dispositivos de productividad. Desde esta perspectiva, la red aparece como un entramado que organiza conductas, tiempos y deseos más allá de la voluntad individual. La técnica no se presenta únicamente como un medio, sino como una forma de organización total que atraviesa la existencia cotidiana. Este enfoque permite comprender cómo la vida misma se integra a circuitos de rendimiento, circulación y gestión, en los que la subjetividad queda implicada como recurso productivo.

Kevin Kelly introduce la idea de inteligencia distribuida y la coordinación sin centro, noción fundamental para comprender la transformación de Internet en un organismo global. Esta concepción permite leer la red como un sistema vivo, capaz de reorganizarse y expandirse sin una autoridad central visible. Desde este enfoque, el funcionamiento de la red no depende de un control jerárquico único, sino de la interacción constante entre múltiples nodos interconectados. La coordinación emerge, así como un efecto colectivo, producido por la circulación continua de información y por la adaptación dinámica del sistema a su entorno. Esta perspectiva resulta clave para pensar cómo la descentralización técnica se convierte en una condición estructural del poder contemporáneo.

En conjunto, estos autores aportan herramientas para pensar el poder en la era digital y comprender la continuidad entre la vigilancia disciplinaria y la vigilancia algorítmica. Sus planteamientos permiten abordar el fenómeno desde distintos niveles, sin perder de vista la coherencia histórica del proceso analizado. La convergencia de estas perspectivas hace

posible un análisis que vincula arquitectura, técnica, afectos y subjetividad en un mismo horizonte histórico. Este cruce conceptual permite situar la experiencia digital contemporánea como el resultado de una serie de transformaciones acumulativas, más que como una ruptura radical con el pasado. Desde este marco, el poder aparece como una racionalidad que se adapta, se reconfigura y se despliega a través de nuevas formas técnicas sin abandonar sus lógicas fundamentales.

La metodología adoptada es de carácter teórico-crítico y genealógico. Este enfoque parte de la reconstrucción histórica de conceptos, dispositivos y racionalidades, atendiendo a sus condiciones de emergencia y a sus transformaciones a lo largo del tiempo. El trabajo no recurre a análisis empíricos ni a modelos estadísticos, sino a una interpretación conceptual y exegética de textos filosóficos, técnicos y culturales. La lectura de estos materiales se orienta a identificar las lógicas de poder que los atraviesan y los supuestos que organizan su funcionamiento. Este enfoque privilegia la relación entre las transformaciones tecnológicas y los modos de subjetivación, y permite pensar la mutación del poder más allá del funcionamiento técnico de los algoritmos. La atención no se coloca en la eficacia instrumental de las tecnologías, sino en las racionalidades que las sostienen y en los efectos simbólicos que producen.

Delimitar el estudio implica reconocer que la tesis no describe comportamientos de usuarios ni pretende medir efectos psicológicos; su interés se centra en la estructura de poder que organiza la experiencia digital. El análisis no se orienta a la observación directa de prácticas individuales, sino a la comprensión de las condiciones que hacen posibles dichas prácticas. Esta delimitación no es una limitación metodológica en sentido negativo, sino una elección teórica orientada a mantener la coherencia del análisis. Al acotar el objeto de estudio, se busca preservar la consistencia del enfoque genealógico y evitar desplazamientos hacia terrenos que responderían a otras preguntas y a otros marcos metodológicos.

El desarrollo de la tesis sigue un orden escalonado que articula los distintos niveles de la genealogía. Este orden no responde a una simple secuencia expositiva, sino a una estrategia analítica que busca mostrar la continuidad histórica del fenómeno estudiado, avanzando desde las condiciones técnicas de posibilidad hacia sus efectos en la producción de

subjetividad. De este modo, el recorrido parte de los fundamentos materiales para avanzar, gradualmente, hacia sus implicaciones políticas y simbólicas.

El primer capítulo examina el origen militar y técnico de Internet. En este apartado se reconstruye el contexto histórico que dio lugar al surgimiento de la red, atendiendo a las decisiones técnicas que marcaron su diseño inicial. El análisis se centra en mostrar cómo estas decisiones no fueron neutrales, sino que respondieron a necesidades estratégicas específicas del contexto de la Guerra Fría. Analiza la transición de ARPANET a la Web 3.0 y muestra cómo la descentralización, la trazabilidad y la redundancia técnica de la red instauraron una forma incipiente de vigilancia distribuida que no ha dejado de expandirse. Este recorrido permite comprender que ciertas lógicas inscritas en la arquitectura temprana de la red permanecen activas, aunque bajo formas técnicas cada vez más complejas. Este capítulo establece las bases materiales y estructurales sobre las cuales se desarrollan las transformaciones posteriores del poder digital.

El segundo capítulo presenta el análisis del *panoptismo* y la *disciplina* en Foucault, mostrando cómo el poder moderno produce cuerpos dóciles y subjetividades normalizadas mediante la vigilancia jerárquica, la organización del tiempo y del espacio, la sanción normalizadora y el examen. Este análisis permite situar el panoptismo no solo como un modelo arquitectónico específico, sino como una lógica general de funcionamiento del poder disciplinario. Este recorrido teórico permite comprender el pasaje del edificio panóptico a un diagrama de poder que trasciende su forma arquitectónica. En este sentido, el capítulo muestra cómo el panoptismo opera como una matriz conceptual capaz de aplicarse a múltiples instituciones y prácticas sociales.

El capítulo se concentra en desentrañar los mecanismos mediante los cuales la visibilidad se convierte en una técnica central de gobierno. La atención se coloca en la manera en que la mirada organiza conductas, produce efectos de normalización y establece relaciones de poder asimétricas. Este desarrollo resulta fundamental para preparar el terreno conceptual que permitirá, en los capítulos posteriores, pensar las mutaciones contemporáneas de la vigilancia más allá del espacio disciplinario clásico.

El tercer capítulo estudia la mutación del poder en la era digital y, a partir del caso de TikTok, examina cómo la vigilancia se estetiza, se interioriza y se vuelve afectiva,

produciendo una subjetividad adolescente marcada por la exposición constante, la búsqueda de reconocimiento y la dependencia del rendimiento emocional. El capítulo se centra en analizar cómo estas dinámicas se articulan en plataformas digitales diseñadas para incentivar la visibilidad, la interacción continua y la respuesta afectiva inmediata. Este análisis se sitúa en continuidad con los capítulos anteriores, mostrando cómo las lógicas disciplinarias se reconfiguran en un entorno algorítmico y participativo. La vigilancia deja de presentarse como una imposición externa y adopta formas que se integran en prácticas cotidianas aparentemente voluntarias.

El caso de TikTok funciona como un espacio privilegiado para observar estas transformaciones en un grupo etario particularmente sensible a los dispositivos de visibilidad y reconocimiento. La elección de este caso permite examinar con mayor claridad la relación entre arquitectura técnica, afectividad y procesos de construcción identitaria. De este modo, el capítulo articula el análisis estructural del poder con la experiencia subjetiva de los usuarios adolescentes en el entorno digital.

Todo este recorrido permite sostener que la historia de Internet no puede separarse de la historia del poder. Esta relación se manifiesta en la persistencia de mecanismos que, aunque transformados, continúan organizando las formas de observación y control. Lejos de tratarse de una afirmación retórica, esta continuidad se revela al observar la persistencia de ciertas lógicas de visibilidad a lo largo del tiempo. Dichas lógicas atraviesan distintos momentos históricos y se adaptan a contextos técnicos diversos sin perder su eficacia política. Desde la torre de Bentham hasta el *algoritmo* de TikTok, la mirada que vigila ha mutado, pero nunca ha desaparecido. Su transformación no implica una pérdida de intensidad, sino una reconfiguración que la hace más difusa, más cotidiana y difícil de identificar como forma de poder.

Se ha desplazado de formas arquitectónicas localizables hacia estructuras técnicas difusas, integradas en la vida cotidiana. Se ha vuelto inmanente, participativa y luminosa. La vigilancia ya no se impone como una amenaza externa, sino que se presenta como una condición normalizada de la experiencia digital. Pensar críticamente la digitalización exige reconocer que la transparencia se ha convertido en un mandato cultural que organiza las

formas de ser, de aparecer y de existir. Este mandato no solo regula conductas, sino que moldea expectativas, afectos y modos de relación con uno mismo y con los otros.

En este sentido, la filosofía tiene la tarea urgente de pensar las sombras: de recuperar la negatividad, el secreto, la interioridad y la pausa como espacios de resistencia frente a la saturación de luz. Pensar las sombras no implica negar la técnica, sino interrogar los límites de su expansión totalizante. Solo desde esos intersticios será posible imaginar otras formas de libertad en la era algorítmica.

El desafío contemporáneo no consiste únicamente en comprender cómo funcionan las plataformas, sino en interrogar los modos de existencia que producen. El análisis de la técnica se vuelve insuficiente si no se acompaña de una reflexión sobre sus efectos en la vida subjetiva. La identidad adolescente —configurada hoy en entornos digitales acelerados— es un campo donde estas tensiones se hacen visibles con mayor intensidad. En ella convergen de manera especialmente clara la exposición permanente, la búsqueda de reconocimiento y la regulación afectiva.

La pregunta que se abre, y que acompañará el cierre de esta investigación, es si es posible habitar el mundo digital sin quedar completamente determinado por él. Esta interrogante no apunta a una respuesta definitiva, sino a mantener abierto un espacio crítico frente a la naturalización del control. Responderla no implica nostalgia por un pasado sin pantallas, sino la búsqueda filosófica de una forma de vida que preserve la interioridad, la alteridad y la libertad en un régimen cada vez más luminoso.

Capítulo I

Los primeros hilos: de ARPANET hacia la red global

Introducción

Cuando hoy hablamos de Internet, solemos imaginarlo como un espacio de libertad, comunicación instantánea y acceso ilimitado al conocimiento. Pero conviene detenernos y preguntarnos cuál fue su origen real y qué lógica dio forma a sus primeros hilos. Aquello que hoy habitamos bajo la apariencia de conectividad abierta nació, en realidad, en el corazón de la máquina de guerra estadounidense. No fue un proyecto ingenuo ni accidental: ARPANET, la red antecesora de Internet, fue concebida en 1969 bajo el financiamiento del Departamento de Defensa de los Estados Unidos con un objetivo preciso: sobrevivir al colapso, resistir la destrucción, garantizar la comunicación incluso en medio de una guerra nuclear. En sus cables y nodos late el pulso de la Guerra Fría y la paranoia de un imperio que buscaba permanecer conectado aun en la devastación.

La pregunta que guía este capítulo es provocadora: ¿cómo esos orígenes técnicos y militares de ARPANET prefiguraron la estructura de vigilancia y control que caracteriza a las redes digitales actuales? No se trata de un simple repaso histórico, sino de interrogar la lógica política que quedó inscrita en la arquitectura de la red. Porque aquello que hoy nos parece un “mundo abierto de posibilidades” porta, en su ADN, una vocación de vigilancia, una estrategia de control que desde el inicio no dependió de un ojo central, sino de la potencia de una vigilancia distribuida, silenciosa y permanente.

Este capítulo avanzará en tres movimientos. Primero, se reconstruye la génesis bélica de ARPANET, mostrando cómo la conmutación de paquetes y la descentralización técnica respondieron no solo a la eficiencia comunicativa, sino también a la necesidad de crear una red resistente al colapso. Aquí es clave entender que la descentralización, lejos de significar autonomía, supuso el inicio de una vigilancia más sofisticada: una vigilancia sin centro visible, pero con capacidad de absorberlo todo.

En un segundo momento, se sigue la transición de la red hacia el ámbito académico y civil, cuando universidades y centros de investigación adoptaron sus protocolos, ampliando el alcance de lo que parecía un recurso técnico hacia un nuevo modo de socialización del conocimiento. Pero lo decisivo no es solo el acceso: es cómo esa apertura fue acompañada de estrategias de control invisibles, de protocolos que normaban los flujos y organizaban lo pensable, lo decible y lo compartible.

Finalmente, se abre el diálogo con autores contemporáneos que han reflexionado sobre esta evolución. Desde la metáfora del “cerebro global” de Kevin Kelly hasta las advertencias críticas de Alberto Constante, Ismene Ithaí Bras Ruiz y otros, mostraré cómo la red devino una atmósfera cultural envolvente, un medio que no solo transmite información, sino que produce subjetividades, modela deseos y redefine los marcos de la experiencia humana. Aquí surge la tensión que me interesa subrayar: la misma red que se nos presenta como espacio de libertad es, al mismo tiempo, una maquinaria de captura y vigilancia.

El lector notará que esta introducción no busca neutralidad: interroga, provoca, invita a repensar lo que damos por obvio. Si Internet se nos vende como el territorio de la comunicación y la autonomía, este capítulo mostrará que su origen revela lo contrario: una arquitectura pensada para vigilar y sobrevivir, una telaraña que, desde el inicio, combina la promesa de conexión con el peso del control.

Así se establece el puente hacia los capítulos siguientes. Lo que aquí se expone como arquitectura técnica se reinterpretará, en el Capítulo II, bajo la noción de *panoptismo* de Foucault: una mirada que no solo observa, sino que forma y *disciplina*. Y más adelante, en el Capítulo III, se analizará cómo esas mismas lógicas se reconfiguran en la era digital, donde el panóptico se transforma en *algoritmo* y la *disciplina* en autoexplotación transparente.

En suma, este primer capítulo se propone dejar en claro lo siguiente: Internet no es un espacio neutral, sino una arquitectura de poder que lleva en sus fibras la marca de la vigilancia. Comprender su origen es condición para entender su presente. La pregunta que nos acompañará, entonces, no es si estamos vigilados, sino cómo —y con qué consecuencias— la vigilancia se volvió la condición misma de nuestra existencia digital.

En este marco, resulta imprescindible regresar a los orígenes, a ese laboratorio bélico y académico que, bajo el nombre de ARPANET, inauguró no solo una red de comunicación sino también un paradigma de control. Al examinar cómo un proyecto pensado para resistir la guerra devino en la arquitectura técnica de la conectividad global, podremos comprender que la historia de lo que hoy llamamos Internet no comienza con la promesa de libertad, sino con el diseño de una vigilancia distribuida. Ese será el punto de partida del presente capítulo.

1.1. Los primeros hilos de la red: ARPANET, técnicas de guerra, comunidades académicas en expansión y la globalización

En 1969, nace ARPANET en los Estados Unidos, financiada por el Departamento de Defensa, y es un antecedente de Internet, tal como lo conocemos hoy. Surgió como un proyecto a largo plazo cuyo objetivo sería investigar y descubrir nuevas formas de comunicación que pudieran ser utilizadas para el ámbito militar. El Departamento de Defensa de los Estados Unidos fue la entidad que financió el proyecto, su objetivo fue poner en marcha una red de comunicación capaz de resistir la guerra: fue diseñada para llevar información, incluso cuando una o varias líneas físicas de comunicación fueran destruidas. Su infraestructura, diseñada en forma de mallado y compuesta por nodos centrales y nodos finales, era suficientemente robusta y confiable para no saturarse: el modo de ser operativo entre nodos permitía el rápido despacho de tráfico cuando un nodo fallaba y, además, garantizaba el conocimiento de otros usuarios en la red.

ARPANET inaugura la vigilancia desterritorializada. No solo responde a una necesidad técnica, sino que encarna el espíritu de supervivencia de cualquier guerra atroz: era capaz de sobrevivir ataques, resistir destrucciones masivas y reorganizarse desde fragmentos. Tal robustez operativa, instituye un nuevo tipo de vigilancia: distribuida, persistente y entrenada para operar incluso en escenarios de colapso.

Históricamente, se asume que Internet surgió de estrategias bélicas y de investigación militar. Estados Unidos destaca por su poder económico y profundo conocimiento para la guerra. No es casualidad que ARPANET, como tecnología antecesora de la comunicación

global, naciera para acrecentar y legislar vías pensadas para el desarrollo global del monopolio nacional. En términos de gobernanza y poder, EE. UU. padeció el estallido de la Guerra de Vietnam (1955-1975). Tal golpe supuso para su administración una afrenta económica, así que, durante las décadas siguientes, se valieron de la hiperconexión para espiar y obtener información.

En 1962, Joseph Carl Robnett Licklider fue de los primeros en imaginar la "Red Galáctica". Él deseaba instituir conexiones computacionales proyectadas hacia la globalidad. Su innovadora propuesta utilizó la conmutación de paquetes: técnica que fragmentaba la información para transmitirla, así quedaba segura la comunicación, podía persistir si parte de la red fallaba o era destruida. Desde su concepción, ARPANET, en tanto invención del monopolio norteamericano, y por su condición vulnerable ante los acontecimientos que padecieron vía satélite frente a la Guerra de Vietnam, EE. UU, no solo buscaba idear respuestas técnicas, sino embrionar controles descentralizados de batalla, resistentes al colapso e invisibles, pero cableados vía internet.

¿Hasta qué punto las redes que hoy habitamos conservan este principio originario? ¿Cuánto de esa telaraña inicial sigue vigente, disfrazada bajo nuevas formas de conectividad, transparencia y aparente libertad? Como hemos visto, aquello que comenzó como entramados tecnológicos, para resistir la destrucción, terminó tejiendo una red capaz de observar, clasificar y gestionar nuestras vidas cotidianas. Este es solo el primer hilo de una trama que, como veremos, no ha dejado de extenderse. Para observar y analizar tal desarrollo, resulta fundamental mencionar cómo ARPANET da pie, por sus orígenes, a la expansión académica de saberes epistemológicos institucionalizados.

Después de su implementación bélica, ARPANET logró reconfigurar los modos de interacción humana a partir de su incorporación a las universidades: esta red emergente no solo permitió el intercambio de datos y recursos, también impulsó la colaboración académica, fomentando un cambio cultural profundo, hasta evolucionar a lo que hoy llamamos Internet.

Universidades y Centros de Investigación pertenecientes a grandes centros educativos como UCLA, Stanford, UC Santa Barbara y la Universidad de Utah incorporaron el sistema de nodos de ARPANET, hasta la adopción del protocolo TCP/IP (Protocolo de Control de

Transmisión/Protocolo de Internet) en 1983.¹ Este protocolo permitía regularizar la información que se compartía al interior de las instancias escolares. Poco a poco, las universidades mencionadas y sus centros de investigación disfrutaron de las vastas posibilidades para compartir recursos por escrito o datos: ganaban tiempo, tenían mayor alcance entre pares y, además, descubrieron que no tenían que desplazarse de un lugar a otro para llevar la información. Tal asunto, rápidamente encendió el entusiasmo y la adopción de esta red en el ámbito académico, así que la implementación comunicacional de ARPANET no fue solo una red de cables o computadoras, fue un puente entre mentes. Esta capacidad de intercambiar conocimiento y compartir recursos de manera eficiente resonó profundamente en la comunidad académica y adquirió la herramienta como indispensable para la creación y la socialización de ideas.

La adopción del protocolo TCP/IP no fue solo un avance técnico, permitió que diferentes redes hablaran un mismo idioma, transformándola en una red más abierta y accesible. A medida que la comunidad científica y académica comenzó a darse cuenta del inmenso valor de ARPANET, el gobierno de los Estados Unidos, a través de la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzada de Defensa (DARPA), redimensionó la importancia del proyecto e incrementó el apoyo económico para su financiamiento.

Expandir los fines militares no era cosa menor para EE. UU. Aunque la red se extendió al interior de las Universidades, y ARPANET se puso al servicio del conocimiento, continuaron acrecentando sus estrategias de espionaje. Se empeñaron en mejorar sus tradicionales formas de vigilancia, esas que ya habían desarrollado, para convertirse en los estrategias eficaces y agresivos de la historia. Lograron mandar mensajes cifrados, dichos mensajes eran indescifrables, nadie podría atacar a todas las computadoras para informar sobre su existencia, con lo que no saldrían a la luz desde otras comunicaciones que logran ser interceptadas.

Sus esfuerzos bélicos fueron implementados tras una gran inversión. No cumplieron únicamente el objetivo de ser un medio seguro para transmitir datos, sino que se convirtieron en un instrumento que proporcionara una gran cantidad de información a los servicios de

¹ TCP/IP es el "lenguaje" que utilizan los dispositivos para comunicarse en redes, y es fundamental para el funcionamiento de Internet y otras redes de computadoras.

inteligencia del país. El objetivo era que, con la implantación de esta red, el gobierno y los servicios de inteligencia del país pudieran espiar: lograron, al fin, aquello que buscaron durante tanto tiempo.

De hecho, fue precisamente una estrategia de inteligencia electrónica la que motivó el nacimiento de la red. Los encargados de los servicios de inteligencia estaban mermados por la falta de un sistema adecuado para hacer frente a una nueva forma de guerra que se desarrollaría en un mundo virtual a escala mundial. A través de ARPANET, la gente no solo intercambiaba información y recursos, también empezaba a entrelazar sus pensamientos y conocimientos de manera más cercana y significativa. En 1973, finalmente, ARPANET estableció sus primeras conexiones internacionales con Noruega y el Reino Unido, marcando así, un hito en la globalización de las redes de comunicación. Esta interconectividad temprana sentó las bases de lo que posteriormente se convertiría en una red global.

Desde lo dicho es posible acercarse hacia los contornos del *panoptismo digital*: distintas redes —antes incompatibles— lograron comunicarse entre sí, habilitando un flujo de datos constante, escalable y descentralizado. Fue en 1989 que Tim Berners-Lee propuso la creación de la World Wide Web (WWW), una plataforma que permitiría a los usuarios acceder a documentos interconectados a través de hipervínculos. Este avance revolucionó la manera en que los humanos interactúan con la información y dio paso a la era digital tal como la conocemos hoy. De aquí surge la idea de un "cerebro global," una metáfora que refleja cómo estas redes están conectando a millones de personas y computadoras en una vasta red de interdependencia; cuyo funcionamiento recuerda al de las redes neuronales del cerebro humano: cada nodo de la red aporta al flujo constante de información, creando un tejido colectivo de conocimientos, experiencias y datos. Este "cerebro global" era más que metafórico, fue perfeccionando para tomar forma, ahí en donde el conocimiento se almacena, procesa o comparte de manera distribuida y colaborativa para generar una inteligencia colectiva que va más allá de las capacidades de cualquier individuo.

En continuidad con lo dicho, ARPANET fue el primer paso hacia la creación de la metáfora "cerebro global"², transformando cómo nos conectamos y colaboramos. En lugar de ser simples receptores de información, las personas se convirtieron en participantes activos de una red dinámica, donde cada contribución individual se mezcla. Este avance no solo cambió cómo compartimos conocimiento, también remodeló nuestra forma de ver el mundo y de vernos a nosotros mismos, conectándonos en una red invisible de ideas y emociones que continúa expandiéndose.

Sin duda, como hemos visto, ARPANET nos llevó hacia nuevas fases de evolución que, en esencia, reflejan nuestro deseo innato y humano para aprender, entender y colaborar. Este desarrollo no solo transformó nuestra forma de comunicarnos, además nos hizo replantearnos qué significa conocer, ser y estar conectados en un mundo cada vez más digital y compartido. A medida que la infraestructura evolucionaba, comenzó a gestarse una inteligencia sin restricciones espaciales ni temporales: un sistema cognitivo distribuido, una red de información interconectada similar al funcionamiento del cerebro humano. Esta forma de inteligencia distribuida no está centralizada en una sola entidad, sino que surge de la colaboración entre millones de usuarios que contribuyen activamente al flujo de información. Es por ello que el crítico de la cultura digital Kevin Kelly, en su libro *Out of Control* (1994), describió las conexiones de Internet como un organismo cibernético en evolución, donde cada nodo de conexión funciona como una célula dentro de un sistema vivo. Según Kelly, “la maravilla del ‘pensamiento de colmena’ es que nadie está al mando, y sin embargo una mano invisible gobierna, una mano que emerge de miembros muy torpes. La maravilla es que más es diferente” (Kelly, 1994, p. 14). En otras palabras, la inteligencia emerge de la multiplicación de nodos y su constante interacción.

Kevin Kelly (1994) argumenta que la red no solo almacena información, también aprende y se adapta a través de los patrones de uso de sus usuarios, lo que sugiere que estamos

² Cabe aclarar, que aunque existen tratamientos conceptuales de corte sociológico sobre la idea de una globalidad interconectada en autores como Marshall McLuhan (1964), con su noción de la “aldeas globales”, y Manuel Castells (1996), quien desarrolla la teoría de la sociedad red, el enfoque de la presente tesis se sustenta en los abordajes sobre *panoptismo* que conceptualmente propuso el filósofo Michel Foucault en *Vigilar y castigar* (1975).

construyendo una forma de inteligencia artificial. De hecho, observa que “la colmena posee mucho más de lo que ninguna de sus partes posee. Una partícula del cerebro de una abeja funciona con una memoria de seis días; la colmena como un todo opera con una memoria de tres meses, el doble de lo que vive una abeja promedio” (p. 14). Este tipo de inteligencia, aunque distribuida, conserva una capacidad colectiva de aprendizaje y memoria.

Kevin Kelly (1994) advierte que esta forma de inteligencia no requiere un centro rector ni un ojo vigilante en lo alto: cada nodo, al interactuar, participa de un sistema que registra, ordena y reconfigura los vínculos, sin que los individuos sean plenamente conscientes del sistema en el que participan. Así como un enjambre de abejas ninguna abeja sabe lo que hace el conjunto, en la red digital cada usuario actúa localmente, pero contribuye a un sistema global de inteligencia y organización. Como él mismo lo expresa: “no hay nada que encontrar en una colmena que no esté sumergido en una abeja. Y, sin embargo, puedes buscar en una abeja para siempre con ciclotrón y fluoroscopio, y nunca encontrarás la colmena”. (p. 15)

Esta descentralización técnica, lejos de reducir el control, lo refuerza: en lugar de depender de una figura única que vigile, la vigilancia se distribuye por toda la red, sostenida en la trazabilidad constante y la automatización de los intercambios. De hecho, Kelly sugiere que “las complejidades de nivel superior no pueden ser inferidas a partir de las existencias de nivel inferior. Nada —ni computadora ni mente, ni matemáticas, física o filosofía— puede desentrañar el patrón emergente disuelto en las partes sin realmente ejecutarlo”. (Kelly, 1994, p. 15)

La arquitectura original de ARPANET y su posterior expansión hacia un sistema nervioso planetario, permite así comprender que el poder digital contemporáneo no opera únicamente desde instituciones visibles, sino desde la propia estructura de la conectividad. Esto exige una nueva forma de análisis filosófico del control, uno que considere los procesos técnicos de organización del mundo como matrices del poder. El capítulo ha delineado, entonces, la configuración material y lógica de esa red que, sin proponérselo, instauró una forma de vigilancia difusa, operativa y continua, cuyo alcance se desplegará en los siguientes apartados

La lectura de Kevin Kelly (1994) representa solo uno de los tantos esfuerzos que como sociedad académica hemos emprendido para repensar nuestros entornos hiperconectados; resulta evidente que esta red ha dado lugar a una inteligencia artificial emergente, orgánica y distribuida, que reestructura el vínculo entre los sujetos y la información. Como un enjambre, Internet aprende, recuerda y organiza sin necesidad de una conciencia centralizada. Esta forma de inteligencia no solo transforma la producción del conocimiento, sino que también redefine la vigilancia como un fenómeno estructural, inmanente a la técnica misma. Más allá de las posibilidades que permiten pensar a propósito de la inteligencia artificial sugerida por Kevin Kelly, el interés problemático de la investigación radica en entender estos avances en términos de vigilancia: ¿Por qué somos observados, manipulados desde Internet? ¿Cómo esto afecta a la configuración de nuestra sensibilidad?

Lo desarrollado hasta aquí permite comprender que la evolución de ARPANET hacia una red global no fue un proceso meramente técnico, sino una transformación estratégica que reorganizó los modos de comunicación, control e intercambio a escala planetaria. Lejos de ser una red neutral, su arquitectura distribuida inauguró formas de vigilancia que no requieren un centro visible, sino que se sostienen en la lógica misma de la conectividad. La descentralización, en lugar de disolver el poder, lo refuerza: cada nodo, cada interacción, cada trazo digital, contribuye a un sistema de registro, análisis y reconfiguración continua. Como advierte el propio Kelly: “¿Qué está contenido en un ser humano que no emergerá hasta que estemos todos interconectados por cables y política? Las cosas más inesperadas surgirán en esta súper mente biónica tipo colmena” (Kelly, 1994, p. 18).

El siguiente apartado profundizará en estas transformaciones desde una perspectiva filosófica, recuperando las reflexiones de Alberto Constante en torno a la *World Wide Web*. Su análisis permitirá dar un giro hacia las implicaciones críticas de habitar en red, así como trazar nuevas coordenadas críticas para pensar el poder digital desde su inscripción en lo humano.

1.2 El crecimiento y el habitar de la telaraña: de la World Wide Web al pensamiento crítico sobre la vigilancia

En este apartado el objetivo es establecer un marco teórico preliminar que permita analizar las formas actuales de vigilancia, en concreto, hacia el espacio digital, al que llegaremos. Tal como se analizó en el apartado anterior, la conformación de ARPANET fundó las bases que sostienen Internet como entramado de comunicación global desterritorializada; el recorrido histórico de su fundación nos permitió entender cómo fue que aparecieron las lógicas técnicas que no solo articularon la comunicación, sino que también configuran formas específicas de guerra y vigilancia.

El pensamiento del filósofo Alberto Constante³ permitirá problematizar el paso de una red pensada como herramienta de acceso al conocimiento a una telaraña que sostiene una lógica de control invisible pero efectiva. Lejos de considerar a la Web como una simple interfaz técnica, este apartado buscará mostrar cómo su desarrollo, expansión y apropiación cultural pusieron de manifiesto las bases para nuevas formas de inscripción del poder, anticipando la lógica algorítmica que caracteriza al entorno digital actual.

Desde esta perspectiva se analizará también el surgimiento de plataformas y servicios web como una fase evolutiva decisiva en la consolidación del poder digital. Estos espacios no solo amplificaron las posibilidades comunicativas, sino que intensificaron la vigilancia bajo el velo de la conectividad y la participación. La Web, como nueva forma de habitar lo común, no representa simplemente una evolución técnica: constituye una mutación estructural que redefine la manera en que el poder opera, se distribuye y se oculta.

La consolidación de las conexiones internacionales entre nodos —como las establecidas entre ARPANET y los centros de investigación en Noruega y el Reino Unido—

³ Alberto Constante López (PhD, UNAM; formación doctoral adicional en Bellaterra y París VIII) es investigador senior en filosofía en la Universidad Autónoma de México (UNAM) y miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), nivel II. Su trabajo destaca por los cruces analíticos entre filosofía contemporánea, ontología política y espectro digital. Ha impartido seminarios sobre la inteligencia artificial, subjetividad y redes digitales, como la *La Deep Web*, futuro de la subjetividad (2016), y ha coordinado o escrito obras como *La filosofía y las redes sociales* (2003), *Las redes sociales: una manera de pensar el mundo* (2013) y *La Deep Web, futuro de la subjetividad* (2019.)

marcó un punto de inflexión en la expansión global de la red. Como se señaló en el apartado desarrollado sobre ARPANET, destaca cómo en 1989, el ingeniero Tim Berners-Lee, desde el Consejo Europeo para la Investigación Nuclear (CERN), propuso un sistema de *hipertexto* orientado a facilitar la distribución y el entrecruce de documentos científicos. Su objetivo era claro: más allá de la guerra, crear un entorno digital que permitiera a los investigadores acceder a la información sin depender de una ubicación geográfica específica, interconectando servidores a través de enlaces navegables.

Poco a poco, a medida que el flujo de datos traspasaba fronteras, surgía la necesidad de optimizar el acceso a la información, de estructurarla y compartirla con mayor agilidad, ya no exclusivamente entre comunidades científicas dispersas, y más hacia públicos genéricos. En ese sentido, la creación del *hipertexto* no es menor, será la herramienta que posibilita que la web sea accesible para todas las personas.

El *hipertexto* puede definirse como una estructura de organización de información que permite enlazar fragmentos de texto, imágenes o datos mediante nodos interconectados, facilitando así una lectura no lineal. Entre sus propiedades más destacadas se encuentran la interactividad, la modularidad, y la posibilidad de navegación entre diferentes ventanas, archivos o fuentes, sin un orden fijo ni jerárquico. Esta invención, atribuida en parte a los desarrollos del filósofo, sociólogo y pionero de la informática estadounidense Theodor Holm Nelson y, posteriormente, formalizada por Tim Berners Lee con la creación de HTML, es la que hoy nos permite saltar entre pantallas, acceder a repositorios digitales, y desplazarnos de un sitio a otro mediante hipervínculos.

No obstante, esta estructura también ha generado problemáticas relevantes: si bien potencia el acceso a la información, puede conducir a una fragmentación del conocimiento, donde la lectura se torna dispersa y superficial, y donde la lógica de los enlaces sustituye, en ocasiones, la reflexión pausada por el impulso de navegar sin rumbo. Aun así, el *hipertexto* sigue siendo la piedra angular de la experiencia digital contemporánea, y su invención marcó un punto de inflexión en la manera en que habitamos, accedemos y damos sentido a la información en la red.

El viraje hacia el Internet que conocemos hoy continuó acrecentándose con fuerza, cuando en 1990, Tim Berners-Lee introdujo el World Wide Web, el HTML y los primeros

navegadores web. Sus invenciones revolucionaron de manera definitiva los procesos de acceso a la información. Gracias a él, en los años 90, se desató una intensa competencia entre los navegadores Netscape Navigator e Internet Explorer, con Microsoft logrando dominar el mercado al integrar su navegador en su sistema operativo: cualquier usuario con el sistema operativo adecuado podía permanecer en línea y compartir información.

Uno de los aportes más significativos al pensamiento filosófico contemporáneo sobre internet proviene de Alberto Constante, investigador mexicano y miembro del Sistema Nacional de Investigadores (nivel II), quien ha explorado los cruces entre tecnología, subjetividad y condiciones políticas de existencia. Constante coordinó el volumen colectivo *World Wide Web y la formulación de la subjetividad* (2015), obra que reúne distintas aproximaciones críticas al entorno digital desde las humanidades. Dentro de ese compendio, el propio Constante aporta un ensayo que plantea que la red no debe comprenderse únicamente como una herramienta de información o comunicación, sino como un entorno simbólico y material que condiciona los modos de aparición del sujeto y redefine las coordenadas del quehacer humano.

Desde esta perspectiva, afirma que “Internet y la Web son algo que flota en el aire: conocimiento de todos, aún de los que están lejos de usarlos o de que el uso que hacen de ellas sea mínimo, constituyen el modelo de los avances tecnológicos con los que nos miramos y a través de los cuales vemos el mundo que nos rodea; de hecho, ellos instauran uno de los puntos cardinales del nuevo paradigma del quehacer humano, la representación vívida de la posmodernidad o, más aún, de la hiperposmodernidad” (Constante, 2015, pp. 9-10). Esta imagen sugiere que la red digital opera como una nueva atmósfera cultural: envolvente, omnipresente y constitutiva del modo en que se configura la experiencia contemporánea.

La genealogía que traza el autor abarca desde los orígenes técnicos de ARPANET hasta la consolidación de la llamada “web social”. En ese trayecto, subraya cómo la estandarización técnica del protocolo IP y la expansión hacia territorios antes inalcanzables transformaron la red en una infraestructura global que va más allá del acceso a datos. Como sostiene: “Internet se expande hacia lugares que, hasta el momento, eran inalcanzables... lo que se alcanzó fue el paso de la web de los datos estáticos a la información transaccional que permitió la compra-venta de productos y servicios, así como la prestación de servicios” (Constante, 2015, p. 10).

Finalmente, su lectura culmina en una crítica incisiva sobre el presente digital, en el que cada sujeto, al conectarse, se transforma en nodo activo de información: “Apenas intuimos que en cuanto nos conectamos a Internet en automático nos hemos convertido en medios de comunicación en potencia, en puntos de geolocalización, en centros difusores de palabras, actitudes, sensaciones, deseos, valores... en marco referencial de gustos, sueños y deseos que se codifican para tratar de satisfacer ese imaginario siempre insatisfecho” (Constante, 2015, p. 11). Así, la red no solo conecta, sino que captura, modela e interpreta los signos vitales del deseo y el comportamiento humano.

El texto *World Wide Web y la formulación de la subjetividad* (2015) coordinado por Alberto Constante está centrado en indagar desde la filosofía contemporánea cómo aunque la World Wide Web posee su propio desarrollo, estrechamente vinculada a los desarrollos previos de la conmutación de datos y las redes militares. En palabras de Ramón Chaverry, en su artículo *Hacia el hombre-algoritmo*:

La red, World Wide Web, aunque reciente, tiene su propia historia. A pesar de que la conmutación de computadoras, primera red, ejecutada por Lawrence Robert (creador de ARPANET –Advanced Research Projects Agency Network–) data de 1965, consideramos que su influencia se sintió en nuestras vidas recientemente, a partir del momento en que se popularizó y se hizo accesible. Es esta masificación la que nos interesa, es a partir de ese punto que podemos señalar tres momentos representativos para su conformación actual (Chaverry, 2015, p. 37).

El interés filosófico, por tanto, no se centra exclusivamente en los aspectos técnicos de su origen, sino en el momento en que dicha red se convierte en una experiencia cotidiana, colectiva y estructurante. La masificación de la Web implicó un cambio profundo: dejó de ser una herramienta restringida al ámbito científico-académico y pasó a constituirse como un entorno habitable para millones de usuarios, introduciendo nuevas formas de relacionarse con el conocimiento, el tiempo, y progresivamente, con el control.

En su fase inicial, como indica Ramón Chaverry, “la primera red masificada, creada por Tim Berners-Lee bajo el lenguaje HTML (lenguaje de marcas de hipertexto), era en principio un gran depósito de documentos, una herramienta que nos permitía el acceso a la información más diversa” (Chaverry, 2015, pp. 37–38). La circulación de información en

esta etapa era predominantemente unidireccional: del productor al lector, sin canales de retroalimentación significativos. El crecimiento, pese al hipertexto fue gradual. Aunque el intercambio de información era posible, no se trataba aún de una red social ni de un espacio de interacción, sino de una vasta biblioteca descentralizada con limitaciones tanto técnicas como estructurales. Chaverry insiste: “La información que circulaba no se conformaba, como ahora, con un diálogo interactivo [...] por lo que su función era netamente informativa” (Chaverry, 2015, p. 38). Además, la falta de criterios de búsqueda precisos, así como la baja capacidad de procesamiento de las computadoras de la época, hacían de la navegación una experiencia limitada, muy diferente a la que tenemos actualmente.

Aunque la masificación de la Web ya estaba en marcha, su presencia no fue de inmediato dominante ni omnipresente. Así también lo advierte Ramón Chaverry, su irrupción inicial no se integró de forma inmediata en la vida cotidiana de los sujetos:

En virtud de su novedad su uso era aún limitado, no formaba parte de la vida ni las personas tenían acceso a ella fácilmente; en otras palabras, no había marcado la subjetividad de manera tan determinante y profunda, su presencia aún estaba cargada de diversos miedos y expectativas (Chaverry, 2015, p. 33).

¿Cómo se transforma una herramienta en el entorno? ¿Y en qué momento lo funcional se vuelve inevitable, absorbente, constitutivo? Estas preguntas guían la transición entre una Web primigenia y su expansión hacia casi todos los dominios de la vida. Lo que en un principio fue pensado como una red de acceso informativo comenzó a infiltrarse en la esfera del deseo, el entretenimiento y la intimidad. Para el sujeto contemporáneo, la distinción entre espacios de trabajo y esferas de placer se diluye progresivamente:

La World Wide Web comenzó ocupando el lugar del trabajo para invadir en pocos años los espacios del placer. La computadora portátil –laptop o notebook– masificada a mediados de la década de 1990 y a principios del segundo milenio hizo posible conectarse desde cualquier parte del mundo, volviéndose habitual en los ámbitos más diversos (Chaverry, 2015, p. 33).

El surgimiento de los ordenadores personales marcó una inflexión en la historia del desarrollo tecnológico. Mientras que en sus inicios los equipos de cómputo eran grandes

estructuras confinadas a espacios militares, universitarios o corporativos, con el paso de las décadas comenzaron a reducir su tamaño, su costo y su complejidad operativa. Esta transición, que va desde los *mainframes*⁴ hasta las laptops y notebooks, no fue meramente técnica: inauguró una nueva forma de relación entre el ser humano y las máquinas de procesamiento de información.

El ordenador, en tanto herramienta técnica individualizada, pasó de ser un instrumento externo para convertirse en una extensión del cuerpo y la mente. El ideal de ubicuidad comenzó a perfilarse cuando las computadoras se volvieron portátiles, permitiendo que las personas llevaran consigo no solo archivos o herramientas de trabajo, sino todo un entorno simbólico de vida: fotografías, ideas, correspondencia, gustos, huellas.

La revolución tecnológica encabezada por empresas como Apple- particularmente bajo la visión de Steve Jobs- no se limitó a innovación en el *hardware*. Lo que estaba en juego era la inserción de los artefactos tecnológicos en la cotidianidad afectiva, cultural y económica de millones de personas. La computadora dejó de ser una máquina de especialistas para convertirse en un objeto de deseo, en símbolo de estatus, de creatividad, de movilidad. La portabilidad fue acompañada de una conectividad sin precedentes. Con el auge del Wi-Fi, la digitalización móvil y la sincronización en la nube, los ordenadores personales se integraron a un ecosistema de conexión permanente sin fronteras.

Esta transformación técnica generó impactos económicos masivos: los ingresos por concepto de tecnología digital se dispararon, los capitales vinculados a la industria informática y de software alcanzaron cifras astronómicas, y con ellos, el poder de decisión sobre flujos de información se concentró en pocas manos. Pero, más allá de las cifras, lo decisivo es el cambio en la estructura misma del poder.

La conectividad se vuelve ubicua y, con ella, la posibilidad de ser observado, rastreado o cuantificado en cualquier lugar y en cualquier momento. Ya no se trata únicamente de utilizar herramientas computacionales: se trata de habitar un entorno técnico que redefine las formas de vida, los marcos de referencia y las dinámicas relacionales. Esta expansión técnica

⁴ ordenador central, es una computadora de gran capacidad y alto rendimiento diseñada para procesar grandes cantidades de datos y realizar tareas complejas en tiempo real. Son utilizados por grandes organizaciones para aplicaciones empresariales, bases de datos y transacciones financieras, entre otras.

y simbólica da lugar a una mutación estructural del poder. El espacio digital ya no se presenta como un recurso externo al sujeto, sino como un entorno que modela sus vínculos, sus elección y su percepción de la realidad.

Así, la expansión técnica no solo transforma el entorno, sino que se infiltra en la estructura psíquica y social de los sujetos. La subjetividad contemporánea emerge en diálogo con estas condiciones históricas, mediada por tecnologías que, en lugar de simplemente extender nuestras capacidades, también canalizan nuestros deseos, jerarquizan nuestras interacciones y condicionan nuestras formas de comprender el mundo.

Esta expansión técnica y simbólica da lugar a una mutación estructural del poder. El espacio digital ya no se presenta como un recurso externo al sujeto, sino como un entorno que modela sus vínculos, sus elecciones y su percepción de la realidad. En este contexto, la doctora en filosofía Ismene Ithaí Bras Ruiz, en su artículo *Paradojas de la Sociedad de la Información y el Conocimiento: Tres falsas promesas del uso de la red*, publicado también en el libro *World Wide Web y la formación de la subjetividad* (coordinado por Alberto Constante), comenta que:

En relativamente muy poco tiempo la Web pareciera haberse convertido en el gran *Leviatán* que todo lo devora o el *Big Brother* que todo lo ve y escucha. La pregunta es entonces qué hemos hecho como sociedad que le hemos entregado el poder a una entidad que es controlada por todos y nadie a la vez. Cómo es que los mecanismos de poder virtuales y digitales van más allá de las representaciones simbólicas tradicionales estableciéndose como la nueva entidad con más poder. Cómo es que en sociedades posmodernas el uso excesivo de Internet nos da una sensación de encierro y libertad, colectividad e individualismo, soledad y acompañamiento, seguridad e inseguridad, ignorancia y conocimiento. (Bras, 2015, p. 93)

Este fragmento da cuenta del carácter paradójico del poder digital contemporáneo: un poder que no se impone visiblemente desde fuera, sino que se infiltra en la vida cotidiana, en la intimidad, en la subjetividad, instaurando nuevas lógicas de control bajo la apariencia de libertad.

La aparente libertad que tenemos como usuarios no siempre está informada. Aunque interactuamos con interfaces que nos ofrecen la ilusión de autonomía, nuestras decisiones están profundamente condicionadas por arquitecturas técnicas y económicas que respondan a intereses específicos. Los hilos que estructuran la historia del uso y nacimiento de la web- a partir de la incursión de los ordenadores en el mercado capitalista- no son neutros ni espontáneos. por el contrario, están tejidos por lógicas de producción y consumo que han moldeado la experiencia digital desde sus orígenes. Esto tiene implicaciones profundas en la configuración de la subjetividad: lo que parece ser una elección libre es muchas veces una conducta guiada, lo que asumimos como espontáneo puede ser el resultado de mecanismos invisibles de orientación algorítmica, segmentación de públicos y diseño persuasivo.

La Web por sí misma no revela nada que como sociedad no estemos dispuestos a integrar a nuestras vidas: todas las articulaciones que observamos son producto del deseo de poseer no necesariamente nuevos discursos o prácticas, sino de devorarnos a nosotros mismos en un mismo entorno. Desplazamos el poder de los discursos políticos y científicos, de la tolerancia, las relaciones interpersonales (laborales, académicas, amorosas, familiares), de los productos sociales, a un ambiente controlado por una mano invisible. Lo que revela nuestro uso como sociedad de Internet es nuestra capacidad de reducirnos física y simbólicamente. Nuestra vida entera está en la Web. (Bras, 2015, p. 93)

En el desarrollo del presente argumento de la tesis, será fundamental la problematización de la figura del *Big Brother* a la que refiere Ismene Ithaí Bras Ruiz, pero por ahora, es importante dejar claro cómo el crecimiento acelerado de la Web no se limitó a una mejora técnica, sino que supuso una transformación en la forma en que los sujetos se vinculan, producen y son observados. Lo que comenzó como una red predominantemente informativa dio paso, a partir de 2005, a una arquitectura más participativa. No obstante, para comprender plenamente esta evolución, es necesario reconstruir el origen de dicha transformación: la etapa conocida como Web 1.0. (1991)

En su primera fase, la Web funcionaba como un repositorio estático de información. Los contenidos eran producidos por emisores fijos —instituciones, gobiernos, empresas o

individuos especializados— y consumidos por usuarios pasivos, sin posibilidad real de retroalimentación o diálogo. Las páginas eran estáticas, el diseño limitado y la navegación lenta. De nuevo es pertinente lo mencionado por Ramón Chaverry (2015) lo describe con precisión al señalar que “la primera red masificada [...] era en principio un gran depósito de documentos [...] la información fluía en una sola dirección [...] por lo que su función era netamente informativa” (pp. 37–38). Esta etapa temprana ya mostraba una lógica de acceso controlado, aunque la vigilancia todavía era incipiente. La limitación no era solo técnica: era también epistémica, pues lo que se podía consultar estaba determinado por criterios arbitrarios y desorganizados de los primeros buscadores.

La voracidad de tránsito tecnológico desde lo estático, lento y limitar posibilidades unidireccionales, es radical con el tránsito hacia la Web 2.0, consolidado alrededor de 2005. Esto marcó un punto de inflexión. ¿Por qué, de manera vertiginosa, las tecnologías digitales lograron dar un salto gigante entre invenciones? A diferencia de otros avances históricos— como la transformación de la rueda de piedra a la llanta moderna, o del telégrafo al teléfono—, el desarrollo de la Web no solo respondió a la invención de nuevas herramientas, sino a la convergencia de múltiples campos: informática, telecomunicaciones, programación, y sobre todo, a una aceleración inédita del mercado.

Las condiciones técnicas de la digitalización permitieron que el cambio no dependiera de la infraestructura física, sino del procesamiento de datos, la miniaturización de componentes y la expansión global de redes de conexión. Pero fue el mercado capitalista quien dio el empuje definitivo: supo adaptarse, reconfigurar sus estrategias y convertir cada innovación en una oportunidad de consumo masivo. Las plataformas dejaron de ser meros medios de acceso a la información para convertirse en espacios diseñados para captar atención, monetizar hábitos, y moldear el comportamiento de los usuarios en tiempo real.

Así, la velocidad no fue solamente una propiedad técnica, sino una necesidad económica: cuanto más rápido se transformaba el entorno digital, mayores eran las ganancias y el control sobre las nuevas formas de interacción humana.

En esta nueva fase, el usuario dejó de ser un receptor pasivo para convertirse en generador y colaborador en la producción y estructuración del contenido digital. Esta etapa consolidó el diseño centrado en el usuario (User-Centered System Design), estableciendo

entornos interactivos donde los datos ya no eran solo consultados, sino compartidos, comentados y analizados en comunidad. Según Chaverri (2015), “la segunda red, aparecida en el 2005 y conocida como la red 2.0, tenía un diseño centrado en el usuario [...] donde los usuarios podían colaborar entre sí generando contenido y creando comunidades virtuales” (p. 38). Este rediseño no fue ingenuo. Si bien amplificó las posibilidades de participación, también potenció la capacidad de vigilancia, pues cada acción realizada por los usuarios — cada clic, cada comentario, cada publicación— quedaba registrada y disponible para su procesamiento. La Web 2.0 no solo permitió una mayor circulación de información, sino también una acumulación sistemática de datos personales, favoreciendo la emergencia de grandes plataformas que, desde entonces, configuran las condiciones del decir y del hacer digital. “La Web 2.0 abrió un horizonte virgen para la creación de nuevas necesidades [...] y penetró en diversos campos de conocimiento elaborando nuevas tecnologías de educación” (Chaverri, 2015, p. 38), pero también consolidó la lógica del seguimiento, el rastreo y la predicción del comportamiento.

Tal como se señaló, la masificación de las laptops (computadoras portátiles) y los primeros teléfonos móviles marcó una diferencia crucial en el acceso a la conectividad: permitieron llevar consigo el acceso a la red, aunque de forma limitada. Los primeros celulares comerciales aparecieron en 1983, con el lanzamiento del Motorola DynaTAC 8000X, aunque eran costosos, pesados y de uso restringido. A lo largo de los años 90, estos dispositivos se volvieron más accesibles y entraron en circulación masiva a mediados de esa década, al reducir su tamaño y mejorar su portabilidad.

En sus inicios, la experiencia telefónica era muy distinta: el identificador de llamadas (*caller ID*) comenzó a implementarse en Estados Unidos en 1987, pero su adopción masiva se dio a mediados de los años 90 en varios países, incluyendo México. Antes de ello, no se sabía quién estaba del otro lado de la línea al recibir una llamada. Además, durante gran parte del siglo XX, las conexiones eran establecidas manualmente por operadoras telefónicas que enlazaban las líneas a través de tableros físicos. En México, una vez establecida la llamada, el interlocutor solía decir “¿Bueno?” como una forma de confirmar que la señal era clara y que el mensaje podía ser escuchado correctamente. Esta práctica, originada en la necesidad

técnica de verificar la conexión, se mantuvo como una convención cultural incluso después de la automatización.

La mensajería de texto (SMS) fue introducida en 1992 y se popularizó rápidamente hacia fines de los noventa. La navegación móvil básica, por su parte, comenzó a ser posible con el sistema WAP (*Wireless Application Protocol*), lanzado en 1999, aunque con funciones muy limitadas. El acceso inalámbrico a Internet mediante Wi-Fi surgió comercialmente en 1997, pero no fue hasta inicios de los 2000 que empezó a formar parte de las herramientas móviles.

Finalmente, los teléfonos inteligentes (*smartphones*) comenzaron su verdadera expansión en 2007, con el lanzamiento del primer iPhone, el cual integraba pantalla táctil, navegación web completa y acceso a aplicaciones desde una tienda digital. A partir de ese momento, los teléfonos dejaron de ser simples aparatos de comunicación para convertirse en centros de control personal conectados de forma permanente a la red.

La aparición de los teléfonos inteligentes y el mercado de aplicaciones profundizó este proceso. El acceso ubicuo y permanente a la red estableció nuevas formas de habitabilidad digital, donde la Web dejó de ser una herramienta y comenzó a operar como entorno totalizante. “La aparición de los teléfonos inteligentes generó un nuevo mercado de aplicaciones [...]. Fueron sobre todo las plataformas de intercambio de información como redes sociales y comunidades virtuales [...] las principales protagonistas de esa cosecha de movimientos revolucionarios de la década pasada” (Chaverry, 2015, p. 38). Si en sus inicios la red podría parecer un espacio potencialmente liberador, con la consolidación de estas plataformas se tornó cada vez más difícil distinguir entre interacción y exposición, entre comunidad y control.

Más que iluminar un desarrollo lineal de las invenciones, es importante destacar que, además del acelerado tránsito entre la Web 1.0 y la Web 2.0, el paso hacia la Web 3.0 supuso una profundización en la estructura algorítmica que organiza el entorno digital contemporáneo. No se trata solo de una evolución técnica, sino de una transformación en la lógica misma que rige el funcionamiento de la red. La progresiva automatización de procesos y la centralidad de los datos han dado lugar a nuevas dinámicas que pronto serán analizadas en el siguiente apartado.

El paso hacia la Web 3.0 profundizó aún más esta lógica. Basada en el perfeccionamiento de *algoritmos* semánticos, la Web actual no solo responde a lo que el usuario solicita, sino que anticipa lo que desea, lo que teme, lo que probablemente hará.

En el trasfondo de cada búsqueda, recomendación o desplazamiento en el entorno digital, opera una estructura lógica no siempre visible: el *algoritmo*. Aunque en su definición más básica un *algoritmo* es una serie de instrucciones diseñadas para resolver un problema, en el ámbito de las redes digitales contemporáneas ha adquirido una dimensión mucho más compleja, próxima a una lógica de automatización del juicio. Los *algoritmos* no solo clasifican datos, también priorizan, filtran, descartan e intensifican la visibilidad de ciertos contenidos por encima de otros, estableciendo jerarquías informativas que inciden directamente en la experiencia subjetiva de los usuarios.

En este sentido, el *algoritmo* se comporta como un operador de poder silencioso: no impone, pero orienta; no prohíbe, pero dirige. Ordena y dispone flujos de información, afectando el modo en que las personas acceden al conocimiento, interactúan entre sí y se perciben a sí mismas.

Así, el *algoritmo* se inscribe en una lógica gubernamental: clasifica conductas, anticipa decisiones y moldea los márgenes de lo posible. El sujeto digital se ve entonces interpelado por un sistema que aprende de sus elecciones, pero que también retroalimenta sus deseos a partir de patrones previamente identificados. Esta circularidad configura una paradoja: cuanto más personalizado parece el entorno digital, más predeterminado se vuelve.

Continúa Ramón Chaverri (2015) que, para entender esta etapa, “es necesario reconstruir brevemente las características de la 2.0 [...] particularmente es necesario reconocer el papel de Google como promotor de esta red” (Chaverri, 2015, p. 40). La compañía no se limitó a organizar el contenido: estableció nuevas formas de percepción. “Google se ha especializado en conocer mejor que nadie qué es lo que uno quiere [...] el trabajo de Google, además de generar *algoritmos*, es elaborar perfiles de consumidores” (Constante, 2015, p. 41). La Web dejó así de ser un espacio abierto a la diversidad y se convirtió en un espejo que filtra, recorta y reproduce lo que el *algoritmo* considera relevante.

En este entorno hiperpersonalizado, la vigilancia ya no opera como simple observación, sino como predicción y modelado del deseo. Cada interacción es absorbida y devuelta como experiencia optimizada, pero también como condicionamiento invisible, como construcción de realidades filtradas y consensos automáticos. “Google no es gratuito [...] para Google somos un producto. [...] En otras palabras, si antes la red era el acceso al mundo, hoy es un obturador del mismo, una falsa ilusión de estar conectados cuando en realidad estamos sumergidos en una burbuja mercadológica” (Chaverry, 2015, p. 42). La Web 3.0 se presenta, así como el nuevo rostro del poder: ubicuo, invisible, personalizado.

Esta estructura, sin embargo, no opera sola. Como recuerda la Dra. en Antropología Sandra L. López Varela (2015) en su artículo *La experiencia del espacio histórico a partir de la World Wide Web: los ideales institucionales frente a la memoria social*: “Internet y la World Wide Web no operan solos para cambiar las estructuras sociales o la subjetividad humana bajo una lógica propia y determinista. Los grandes consorcios controlan la estructura tecnológica que almacena la información y [...] incitan a los usuarios a producir nuevos contenidos” (p. 78). La vigilancia digital ya no depende de un ojo exterior que observa desde las alturas, sino de un entorno que organiza la experiencia, estructura las posibilidades del decir, y limita los márgenes de disenso bajo la apariencia de libertad.

Este recorrido evidencia que la evolución de la World Wide Web no solo ha sido técnica o funcional, sino estructural en términos de poder y vigilancia. Lo que comenzó como una red de acceso informativo (Web 1.0) amplió sus posibilidades hasta convertirse en una red participativa (Web 2.0) y, finalmente, en una red semántica, predictiva y personalizada (Web 3.0), en la que el control ya no se percibe como imposición externa, sino como parte de la experiencia digital cotidiana.

Esta transformación ha dado lugar a una forma de poder que se sostiene en la trazabilidad del comportamiento, en la recolección masiva de datos y en la organización de la experiencia según *algoritmos* que delimitan la percepción misma de la realidad. La red, en este sentido, no se limita a mediar la comunicación, sino que reconfigura el espacio social, simbólico y subjetivo, bajo una lógica de eficiencia, conveniencia y exposición permanente.

Constante (2015) advierte esta mutación al señalar que:

Internet ha evolucionado desde la etapa de ARPANET al momento en el que se llevó a cabo la explosión de los sitios web publicitarios. [...] En la fase en la que actualmente nos encontramos, es la llamada web ‘social’ o de ‘experiencia’, en la que empresas como Facebook, Twitter y Groupon se han hecho inmensamente famosas y rentables por permitir a las personas comunicarse, conectarse y compartir información personal (p. 11).

Este nuevo entorno no solo genera relaciones digitales: genera estructuras de poder que, en su eficacia, ya no requieren violencia ni censura explícita. Lo que se normaliza es la exposición constante, la cuantificación del deseo, la captura del yo en tiempo real.

El recorrido trazado en este apartado ha permitido establecer que el crecimiento de la infraestructura digital, desde sus orígenes técnicos hasta su consolidación como red reticular y omnipresente, no puede ser comprendido exclusivamente como un fenómeno comunicacional o tecnológico. Por el contrario, la World Wide Web se configura como una arquitectura de poder que transforma las condiciones mismas de visibilidad, relación y control en la vida contemporánea.

El análisis mostró que las estructuras técnicas que habilitan la conectividad y el intercambio de información también funcionan como dispositivos que ordenan, normalizan y orientan comportamientos. Lo que parecía ser una simple red de acceso se revela como una trama que organiza no solo los contenidos, sino las formas de estar, de percibir y de actuar.

Este apartado tuvo como objetivo problematizar esa transformación silenciosa y mostrar cómo una tecnología creada para compartir conocimiento deviene entorno estructural que modela la subjetividad. Se ha buscado mostrar que la vigilancia no es un efecto secundario del entorno digital, sino una de sus condiciones constitutivas.

Este marco permite ahora avanzar hacia una discusión teórica más precisa sobre las formas contemporáneas de control. En el siguiente capítulo se introducirán las herramientas conceptuales necesarias para comprender cómo la red digital ha dado lugar a nuevas modalidades de poder, orientadas ya no solo a la observación, sino al modelado anticipado del comportamiento.

Sostener que el funcionamiento de ARPANET nació para garantizar la resistencia frente al colapso y, poco a poco, derivó en una arquitectura capaz de producir una visibilidad total, silenciosa y automatizada, exige desarrollar un nuevo nivel de análisis: uno que no se limita al aspecto técnico o histórico, sino que requiere una problematización filosófica. En este contexto, la pregunta central que guía esta tesis se reconfigura: ¿estamos realmente ante un “cerebro global” orientado a la cooperación y la expansión del conocimiento, o más bien frente a una maquinaria estructural de vigilancia donde la libertad y el control coexisten en una tensión constante?

Aunque esta interrogante no busca resolverse de forma inmediata, funciona como guía para los siguientes capítulos, donde se explorará cómo la arquitectura digital condiciona nuestras prácticas, identidades y concepción de la libertad. En resumen, la historia de ARPANET no solo representa el surgimiento de una tecnología revolucionaria, sino también el inicio de una lógica de vigilancia estructural que ha sido refinada y adaptada con el tiempo. A través del análisis histórico y filosófico de sus fundamentos técnicos, se ha mostrado cómo esta red, concebida inicialmente con fines estratégicos, sentó las bases de un modelo de control distribuido que anticipa el *panoptismo digital* contemporáneo.

Es fundamental destacar que este abordaje crítico sobre Internet como estructura de vigilancia no implica negar los aportes positivos del entorno digital. La red ha posibilitado la colaboración científica, el aprendizaje colectivo y el acceso a la información. Sin embargo, como toda tecnología, su diseño encarna también una ideología: detrás de la conectividad, subyacen formas de organización del poder que deben ser examinadas con detenimiento. Si bien el relato dominante sobre Internet tiende a vincularla con el ideal de conocimiento e interconexión global, este capítulo ha demostrado que su arquitectura también posibilita una forma de vigilancia difusa, automatizada y profundamente estructurante de la subjetividad.

Este recorrido ha permitido mostrar cómo la descentralización técnica, lejos de garantizar libertad, puede encubrir nuevas formas de vigilancia más sofisticadas y normalizadas. Así, la arquitectura digital surgida de ARPANET no solo transformó los modos de comunicación, sino que instituyó una lógica de control distribuido cuyas consecuencias persisten hasta el presente.

En este sentido, el siguiente capítulo propone una primera aproximación al concepto de *panoptismo*, abordado desde su formulación original por el filósofo Foucault. Esta delimitación conceptual buscará mostrar cómo la infraestructura digital contemporánea no solo responde a lógicas de comunicación, sino que también configura regímenes de poder que afectan directamente la subjetividad.

Desde una perspectiva filosófica, esta dinámica remite al modelo panóptico descrito por Foucault en *Vigilar y castigar* (1975): un tipo de poder que opera a través de la posibilidad constante de ser observado que genera un control interno sobre la conducta. Sin embargo, en el capitalismo de vigilancia, esta mirada ya no es explícita ni tangible; es un sistema automatizado de recopilación y análisis que actúa desde la opacidad. Aquí, el *panoptismo* se digitaliza: los usuarios no solo son observados, sino que sus datos se convierten en materia prima para predecir y modificar su comportamiento. La vigilancia ya no se basa en el castigo, sino en la optimización, en una forma de control que opera bajo la apariencia de personalización y conveniencia.

Tras haber explorado los fundamentos técnicos y estratégicos de la red digital contemporánea, el análisis filosófico de la vigilancia exige ahora un desplazamiento conceptual. A partir de este punto, se examinará la transformación de Internet en su dimensión más simbólica y estructural: la World Wide Web. Esta no será abordada únicamente como una arquitectura de enlaces, sino como un entorno en el que se articulan nuevas formas de circulación del saber, del poder y de la vigilancia.

En este marco, la vigilancia digital no aparece como una excepción o una amenaza futura, sino como una condición estructural de la contemporaneidad. Organizada desde arquitecturas técnicas que no solo regulan lo visible, sino que definen lo pensable, lo decible y lo vivible, la libertad se experimenta hoy como una ambigüedad: aparentemente autónoma, pero profundamente condicionada. En este contexto, las subjetividades posibles ya no emergen desde la imposición directa, sino desde una lógica de seducción algorítmica. Nos vinculamos no por coerción, sino por la promesa constante de conexión, visibilidad y pertenencia dentro de una telaraña digital que opera con los hilos del deseo.

El sujeto, en consecuencia, pierde su integridad moderna y se convierte en una entidad modular, perfilada por fragmentos de datos y construida a partir de su exposición digital. Las

identidades se estabilizan artificialmente mediante tecnologías de control que sustituyen la coerción visible por la optimización silenciosa.

En conclusión, este capítulo ha mostrado cómo la arquitectura técnica de Internet no es neutral: en ella se inscriben lógicas de gobierno que configuran no solo la experiencia de navegación, sino las posibilidades mismas de ser, de decir y de actuar. La “telaraña” digital, lejos de ser una simple metáfora, designa con precisión la estructura envolvente de los dispositivos contemporáneos. Este marco analítico se retomará y profundizará en los capítulos siguientes, especialmente en lo que respecta a su impacto sobre la construcción de la identidad en el entorno de las plataformas sociales.

El recorrido desarrollado en este capítulo permite afirmar que la historia técnica de Internet no puede comprenderse como una simple narración de avances comunicativos, sino como la genealogía de una nueva forma de poder. Desde la arquitectura bélica de ARPANET hasta la configuración reticular de la World Wide Web y las plataformas de la llamada web social, se ha mostrado que la red se edifica desde el inicio como un entramado capaz de resistir el colapso, redistribuir la información y, al mismo tiempo, organizar la vigilancia de manera silenciosa y distribuida. La descentralización, lejos de ser garantía de libertad, se revela como el mecanismo que refuerza un control sin centro visible, sostenido en la trazabilidad de todos los flujos.

En primer lugar, la reconstrucción de los orígenes militares de ARPANET permitió comprender que la red nace como respuesta a un escenario de guerra: un sistema diseñado para mantener la comunicación incluso bajo la amenaza de destrucción. La conmutación de paquetes, la redundancia de nodos y la estructura mallada responden tanto a una exigencia estratégica como a una lógica de supervivencia. Desde ahí se perfila una vigilancia desterritorializada: ya no se trata de un punto único que observa, sino de una red capaz de reorganizarse desde fragmentos, registrar circulaciones y garantizar que ningún intercambio quede completamente fuera de alcance.

En segundo lugar, el paso de ARPANET al ámbito académico y científico mostró que la apertura del acceso al conocimiento estuvo acompañada desde el inicio por formas de regulación de los flujos. La adopción del protocolo TCP/IP y la masificación del uso universitario transformaron la red en un puente entre mentes, pero también en una

infraestructura que normaba qué se comparte, cómo se comparte y bajo qué caminos de circulación. La metáfora del “cerebro global” de Kevin Kelly contribuyó a pensar esta expansión como la emergencia de una inteligencia distribuida: una colmena cognitiva en la que ningún nodo controla el conjunto, pero en la que la suma de interacciones genera una memoria y una capacidad de aprendizaje que excede a cada individuo. Esta imagen permite comprender que la red no solo almacena información, sino que aprende, adapta y reconfigura vínculos, convirtiéndose en una instancia que organiza la experiencia sin necesidad de un centro de mando explícito.

En tercer lugar, el análisis del crecimiento de la World Wide Web, apoyado en las reflexiones de Alberto Constante, Ramón Chaverri, Ismene Ithaí Bras Ruiz y Sandra L. López Varela, evidenció que la Web se ha consolidado como una atmósfera cultural envolvente. Lo que comenzó como un “gran depósito de documentos” (la Web 1.0) devino posteriormente en una red participativa centrada en el usuario (Web 2.0) y, finalmente, en una arquitectura algorítmica semántica y predictiva (Web 3.0). Este tránsito permitió mostrar cómo la red pasó de ser herramienta de consulta informativa a entorno habitable, donde trabajo, ocio, afectos, memoria y deseo quedan entrelazados. La portabilidad de los dispositivos, la conexión permanente y la centralidad de las plataformas transformaron la computadora y el teléfono en extensiones del cuerpo, al tiempo que la vida cotidiana comenzó a ser registrada, cuantificada y reutilizada como dato.

Desde este horizonte, la Web aparece —como advierte Constante— no solo como infraestructura tecnológica, sino como uno de los puntos cardinales del quehacer humano en la hiperposmodernidad. Al mismo tiempo, la lectura de Bras y López Varela permite problematizar la cara oscura de esta expansión: la red se convierte en un “gran *Leviatán*” o “Big Brother” paradójico, que ofrece simultáneamente sensaciones de libertad y encierro, colectividad e individualismo, seguridad e incertidumbre. Las promesas de acceso, participación e interconexión se sostienen sobre estructuras técnicas y económicas que orientan silenciosamente el comportamiento, moldean expectativas y capturan la subjetividad.

En este marco, el *algoritmo* se vuelve una figura clave. Más allá de su definición técnica, en este capítulo se ha mostrado cómo el *algoritmo* opera como una lógica de

gobierno: clasifica, prioriza, filtra y anticipa, configurando burbujas de sentido donde la experiencia del mundo queda mediada por criterios opacos. El entorno digital se personaliza mientras se reduce, se vuelve aparentemente afinado a los gustos del usuario mientras estrecha los márgenes de lo que se ve y de lo que se considera relevante. La promesa de un “cerebro global” colaborativo convive así con la emergencia de una maquinaria estructural de vigilancia, en la que cada acción deja una huella susceptible de ser registrada, analizada y explotada.

El hilo que recorre este capítulo puede sintetizarse del siguiente modo: la misma telaraña que facilitó la expansión del conocimiento y la colaboración planetaria instauró también una arquitectura de poder basada en la trazabilidad, la anticipación y la captura de la vida. La historia de ARPANET y la evolución de la Web evidencian que la vigilancia no es un efecto accidental del entorno digital, sino una de sus condiciones constitutivas. La red organiza la comunicación, pero simultáneamente organiza la visibilidad: define qué aparece, qué se intensifica y qué queda relegado, afectando los modos de percibir, de relacionarse y de comprender la realidad.

Esta constatación abre una serie de preguntas filosóficas que exceden el mero diagnóstico técnico. ¿Cómo pensar la libertad en un entorno donde la conectividad es condición de existencia, pero también de control? ¿Qué significa cuidar de sí cuando gran parte de la memoria, las decisiones y la gestión de la vida cotidiana se delegan en sistemas automatizados? ¿Hasta qué punto el ideal de un “cerebro global” cooperativo encubre una lógica de gobierno que transforma al sujeto en nodo, perfil y dato, antes que en ciudadano o persona? Estas interrogantes sugieren que el análisis de la red exige algo más que celebraciones tecnófilas o condenas simplistas: requiere un marco crítico capaz de pensar el vínculo entre técnica, poder y subjetividad.

Precisamente por ello, el capítulo siguiente se desplaza hacia la reflexión filosófica del *panoptismo* en Foucault. Si aquí se ha trazado la configuración histórica y técnica de una vigilancia distribuida, el Capítulo II buscará dotar de herramientas conceptuales para comprender cómo este entramado digital puede leerse como una reconfiguración del poder disciplinario. El paso de la torre panóptica al entramado algorítmico obliga a preguntarse de

qué manera la posibilidad constante de ser observado se traduce hoy en autoorganización, autoexposición y adaptación voluntaria a las lógicas de la red.

En síntesis, este primer capítulo ha mostrado que la historia de Internet es también la historia de una telaraña de poder que envuelve las formas contemporáneas de habitar el mundo. Reconocer que la arquitectura digital no es neutral, sino que inscribe modos específicos de gobierno de la vida, no implica negar las potencias emancipadoras de la red, pero sí exige someterlas a examen. Esta problematización será la base para, en los capítulos posteriores, interrogar cómo estas lógicas de vigilancia y control se encarnan en las prácticas, identidades y experiencias de los sujetos que habitan las plataformas digitales.

Capítulo II

Panoptismo y anatomía del poder disciplinario en M. Foucault: la producción de subjetividades

Introducción

Este capítulo tiene como objetivo establecer el marco teórico central de la presente investigación, a partir del análisis del concepto de *panoptismo* desarrollado por Michel Foucault en su obra *Vigilar y castigar* (1975). Tal objetivo se desarrollará bajo la consideración de que la noción de *panoptismo* constituye una herramienta fundamental para comprender los mecanismos contemporáneos de vigilancia, control y producción de subjetividades en contextos digitales.

En un primer momento se abordará el modelo arquitectónico original del panóptico, concebido por Jeremy Bentham a finales del siglo XVIII, con el fin de mostrar cómo este diseño introduce una forma de control basada en la visibilidad arquitectónica y la vigilancia permanente. A diferencia de Foucault, quien parte de la *disciplina* para llegar al *panoptismo*, esta investigación invierte el recorrido: inicia con el panóptico como figura originaria de la visibilidad y avanza hacia el análisis del poder disciplinario, con el fin de destacar cómo aquella intuición arquitectónica se convierte en matriz para comprender tecnologías sociales más amplias.

Desde esta base, se expondrá la manera en que Foucault resignifica el modelo benthamiano, expandiéndolo más allá de su estructura física y pensándolo como una tecnología política capaz de operar en múltiples instituciones modernas, tales como la prisión, la escuela, la fábrica o el hospital. En este tránsito, se mostrará que el *panoptismo* no solo organiza espacios, sino que produce subjetividades al instalar una mirada que se interioriza y normaliza conductas.

El capítulo se estructura en dos momentos: primero, el análisis del panóptico como modelo arquitectónico y diagrama de visibilidad; después, la presentación de las tres técnicas foucaultianas que articulan el poder disciplinario —la vigilancia jerárquica, la sanción normalizadora y el examen— como medios que consolidan un régimen de control minucioso

y constante. A través de ellas se evidenciará que la *disciplina* no se limita a castigar desde fuera, sino que produce cuerpos útiles, registros y clasificaciones, instaurando nuevas formas de subjetividad.

Cabe preguntarse entonces: ¿qué relación guarda este marco teórico con lo desarrollado en el capítulo anterior sobre ARPANET y los orígenes de Internet? Si en el capítulo anterior vimos cómo las redes técnicas y militares diseñaron modos de interconexión y control a distancia, aquí nos preguntamos: ¿qué condiciones filosóficas y políticas hicieron posible que esa vigilancia se pensara primero en términos de cuerpos y espacios?

Finalmente, se presentará una reflexión sobre la vigencia del concepto de *panoptismo* en la actualidad, planteando la hipótesis de que, si bien los mecanismos de control han mutado en sus formas y soportes, muchas de sus lógicas operan todavía bajo los principios establecidos por Foucault. Este desarrollo teórico no solo permitirá, en los capítulos posteriores, analizar la manera en que tales dinámicas son reconfiguradas por plataformas digitales y sistemas algorítmicos, sino también comprender cómo los sujetos se constituyen hoy en el cruce entre vigilancia, saber y poder.

2.1 El panóptico como paradigma: de la prisión de Bentham a la teoría de M. Foucault

Antes de que la vigilancia se digitalizara en su dimensión algorítmica, fue imaginada como arquitectura. Tal como se mostró en el capítulo anterior, el surgimiento de ARPANET, concebida inicialmente como herramienta bélica, instauró una forma de vigilancia distribuida que permitía rastrear y asegurar ubicaciones estratégicas en todo momento. Esa primera red no solo conectaba máquinas, además instauró un paradigma de control que, desde el inicio, vinculó la comunicación con la observación y la supervisión.

A continuación, veremos que, a finales del siglo XVIII, Jeremy Bentham concibió un edificio carcelario que permitía observar a múltiples individuos desde un único punto central, sin que estos pudieran saber cuándo estaban siendo vistos. Esta estructura, llamada panóptico, no solo transformó el diseño penitenciario, sino que introdujo un principio organizador del

poder que superaría los muros de la prisión. En este apartado se analiza la propuesta original de Bentham, sus implicaciones filosóficas y su relevancia como antecedente clave del pensamiento sobre la vigilancia. Su diseño no solo ilustra una forma de control físico, además prefigura una lógica de inspección simbólica que siglos después resonará en el análisis foucaultiano del poder moderno.

Para la presente tesis, la importancia del modelo de Bentham es fundamental porque inaugura un modo de pensar el poder a través del espacio. Como veremos, no se trata de una mera metáfora que siglos después inspirará a Foucault, el panóptico constituye un proyecto arquitectónico concreto, concebido para ser construido y aplicado en cárceles, fábricas, hospitales o escuelas. Precisamente por su carácter tangible, el panóptico no puede reducirse a una analogía, pues en su diseño se encuentra ya operando una concepción política de la vigilancia de corte práctico y eficaz: el control de muchos por medio de la mirada de uno solo.

El alcance del panóptico diseñado por Jeremy Bentham radica en que funciona en dos niveles al mismo tiempo. Por un lado, es un mecanismo de control físico, que ordena los cuerpos en un espacio visible y trazable. Por otro lado, es un mecanismo simbólico, porque introduce la incertidumbre permanente de ser observado, produciendo así una forma de autocontrol psicológico que vuelve difusa la presencia continua del vigilante.

Como he anunciado, la propuesta de Bentham marca un antecedente decisivo: muestra cómo la arquitectura puede convertirse en un mecanismo de gobierno, y cómo el poder se encarna en los detalles materiales de la organización del espacio. Cuando a finales del siglo XVIII, el jurista y filósofo utilitarista Jeremy Bentham propuso un modelo arquitectónico destinado a reformar el funcionamiento de las cárceles, el edificio en cuestión debía permitir, con el menor esfuerzo y el máximo control, la vigilancia constante de todos los prisioneros. Pero lo que nació como una propuesta de eficiencia carcelaria terminó convirtiéndose en un símbolo universal del poder moderno. El panóptico, más que una estructura, es la manifestación temprana de un sistema de control que no funciona por fuerza bruta, al contrario, opera desde la gestión estratégica de la *mirada*. La mirada constituye un papel fundamental para la estructura panóptica y es uno de los anclajes que se abordarán en este capítulo.

Con la intención de comprender el surgimiento del modelo panóptico propuesto por Jeremy Bentham, no basta con examinar su estructura arquitectónica, ni su eficiencia funcional, es necesario situarlo en el marco histórico y filosófico de su época. Para ello es útil un breve análisis sobre el siglo XVIII, llamado el “siglo de las luces”. Este siglo se caracterizó por la confianza en que la razón era la luz que podía guiar a la humanidad. Si desde la filosofía queremos hablar en términos de racionalidad, resulta especialmente importante el ensayo de Immanuel Kant *¿Qué es la Ilustración?* (2004), donde el autor sostiene que “los pensadores de aquella época estaban convencidos de poder acabar con las tinieblas del oscurantismo y entendieron que su misión consistía en alumbrar el género humano con la luz del pensamiento racional” (p. 9). Este proyecto ilustrado buscaba reordenar las sombras del desorden y del desconocimiento mediante la razón y sobre todo abogaba por el pensamiento propio. Pensar por cuenta propia significa buscar dentro de uno mismo (o sea, en la propia razón) el criterio supremo de la verdad; y la máxima de pensar siempre por sí mismo es lo que mejor define a la Ilustración (Kant, 2004).

En este periodo, la racionalidad ilustrada se erigió como principio rector de todos los ámbitos de la vida, desde la ciencia hasta la política, desde la medicina hasta la moral. Su fuerte vocación de clasificar, medir y ordenar se aplicó al conocimiento y al control social. Al comprender que el proyecto Ilustrado determina los saberes y procedimientos, el carácter del panóptico adquiere mayor relevancia. Su diseño no es una anomalía creativa, sino que funge como la cristalización arquitectónica de ideales determinados: transparencia, visibilidad constante y trazabilidad individual. Cada sujeto debía ser observable, localizable y, por tanto, corregible.

Cuando las maneras de pensar cambiaron con la Ilustración, los individuos experimentaron, obtuvieron, etc.... el camino hacia la emancipación política, pero también padecieron los excesos propios del inicio de la libertad. El paso de la obediencia ciega hacia la autonomía trajo consigo no solo promesas de dignidad y derechos, sino también incertidumbres y desórdenes que antes estaban contenidos por la tradición o la autoridad absoluta. En efecto, la libertad abrió horizontes inéditos, pero al mismo tiempo desnudó la fragilidad humana frente a sus propias pasiones. A más libertad, surgía una necesidad mayor de control: cuanto más amplio es el margen de acción individual, más urgente parece

establecer límites que eviten que ese ejercicio se convierta en anarquía o en violencia de los unos contra los otros.

Es útil resaltar que, desde el contexto anterior, la libertad entra en tensión. Por ello, resulta fundamental comprender que la Ilustración no solo exaltó la razón: también trajo consigo la emergencia de un nuevo tipo de poder, uno que no se ejercía mediante la violencia espectacular del suplicio público, sino a través de mecanismos más sutiles y continuos. Esto desemboca en una pregunta importante: ¿por qué la vigilancia se convierte en una necesidad en este contexto? Veamos de qué depende.

Kant advierte que “desgraciadamente, [...] el pueblo no cifra su máxima dicha en la libertad, sino en sus fines naturales, los cuales según él se concretan en tres aspectos: gozar de buena salud, tener a salvo nuestro dinero y superar de algún modo el temor a la muerte” (Kant, 2004, p. 17). El individuo, así, no siempre usa la libertad conforme a la razón, sino que, desde su libre albedrío y sus zonas oscuras, puede actuar en contra de las leyes humanas. De esta manera, se opone a las máximas que, según Kant, deberían guiar la conducta: “prescripciones tomadas de la razón [...] vivir honestamente, no cometer injusticias, mostrarse moderado en el goce y paciente en la enfermedad, ateniéndose sobre todo a la espontaneidad de la Naturaleza; [...] algo que, sin embargo, no le interesa en absoluto al pueblo por representar un esfuerzo personal” (Kant, 2004, p. 17).

Además de la tensión entre la libertad y el uso indebido de la misma señalada por Kant, el Estado se vio en la necesidad de abrir la creación de instituciones destinadas a contener y corregir las conductas que amenazan el orden social. La cárcel se convirtió así en un espacio no solo de castigo, sino también como un mecanismo para disciplinar, reformar o reintegrar. Y es aquí donde Bentham interviene: si para Kant la libertad debía convivir con el autocontrol racional, para Bentham ese principio podría materializarse en piedra, hierro y vidrio, diseñando un edificio que inducía la vigilancia permanente sin necesidad de fuerza constante: el panóptico. La prisión panóptica sustituye el suplicio público por la observación ininterrumpida; el castigo corporal por la *disciplina* interiorizada. El cuerpo ya no es desgarrado, sino domesticado para producir obediencia.

Es en este contexto, donde el miedo ya no viene de la divinidad y sí por un orden impuesto desde el poderío del Estado, es que Jeremy Bentham, a finales del siglo XVIII, propone un modelo arquitectónico que sintetiza en su forma la lógica del control y la vigilancia: el panóptico. Concebido inicialmente como una prisión eficiente, este diseño respondía al ideal ilustrado de orden y racionalidad, pero también anticipaba una nueva forma de poder: un control que se ejerce no solo sobre el cuerpo, sino sobre la conducta, la mente y la voluntad del individuo.

Desde su texto *El Panóptico* (1979), Bentham describe este edificio como una casa de penitencia pensada no solo para encerrar a los delincuentes, sino para transformarlos moralmente. Su función era doble: proteger a la sociedad y reformar al individuo, como él mismo escribe:

¿Qué debe ser una prisión? Es una mansión en que se priva a ciertos individuos de la libertad de que han abusado, con el fin de prevenir nuevos delitos y contener a los otros con el tenor del ejemplo, y es además una casa de corrección en que se debe tratar de reformar las costumbres de las personas reclusas. (Bentham, 1979, p. 35)

Esta visión no es menor: el castigo ya no se limita a penalizar el cuerpo, como en la Edad Media, sino que comienza a orientarse a la reforma de la conducta, al control de las costumbres, a la vigilancia del alma. La cárcel se convierte así en un laboratorio moral: un espacio en donde el sujeto es observado, corregido y devuelto al orden social “mejorado”. Sin embargo, la clave del panóptico no está solo en su objetivo, sino en su forma. Bentham detalla minuciosamente, cómo debe construirse el edificio:

Un edificio circular, mejor dicho, dos edificios encajados uno en otro. [...] Una torre ocupa el centro, y esta es la habitación de los inspectores [...] rodeada de una celosía transparente que permite al inspector registrar todas las celdillas sin que le vean [...] con una mirada ve la tercera parte de sus presos, y moviéndose en un pequeño espacio puede verlos a todos en un minuto. (Bentham, 1979, p. 36)

En la cita anterior aparece el núcleo del modelo: una visibilidad global, unidireccional, silenciosa y constante. El recluso nunca sabe cuándo está siendo observado, pero vive bajo

la sospecha permanente de estarlo. Esta incertidumbre genera un efecto psicológico devastador: el sujeto se autocontrola, porque la posibilidad de la vigilancia basta para disciplinar su conducta.

Lo fundamental del modelo arquitectónico descrito, es el funcionamiento de una mirada que no necesita la presencia física para operar. Bentham lo expresa casi como si hablara de una entidad mística: “El todo de este edificio es como una colmena [...] Invisible, el inspector reina como un espíritu, pero en caso de necesidad, puede este espíritu dar inmediatamente la prueba de su presencia real” (Bentham, 1979, pp. 36–37). Aquí vemos cómo la figura del vigilante se desmaterializa: no necesita castigar, ni intervenir. Su simple posibilidad basta para generar obediencia. El poder se vuelve espectral, pero funcional. Lo que reina no es el guardia, sino la arquitectura misma, que produce un tipo de subjetividad controlada. Además, Bentham subraya que esta forma de inspección es de nuevo género, es decir, no actúa sobre los sentidos, sino sobre la imaginación. En sus palabras: “La inspección [...] obra más sobre la imaginación que sobre los sentidos, y pone a centenares de hombres en la dependencia de uno solo” (Bentham, 1979, p. 35).

La eficiencia y la economía del modelo también eran centrales para Bentham: él imaginaba un sistema donde incluso los magistrados y jueces pudieran ejercer sus funciones sin esfuerzo: “el principio panóptico facilita mucho además el desempeño de la obligación de los inspectores de un orden superior, de los magistrados y de los jueces” (Bentham, 1979, p. 38). Esto es fundamental porque, como veremos, el panóptico no es solo vigilancia, es gestión del orden social.

El panóptico, en su modo de ser, no requiere violencia ni intervención directa, se sostiene por su arquitectura racional y su lógica emocional: miedo, sospecha, vigilancia interiorizada. Incluso los detalles materiales del edificio revelan esta lógica: “el suelo de las celdas, si es de piedra o de ladrillo, debe estar cubierto con una capa de yeso, para que, no teniendo intersticios, no encubra inmundicias ni principios de enfermedades” (Bentham, 1979, p. 43). Este afán de limpieza y transparencia no es solo higiénico, sino simbólico: el panóptico quiere eliminar cualquier elemento que obstaculice la visibilidad. Lo que importa no es solo ver, sino que cada elemento pueda ser visto, sin interrupción, sin grietas, sin zonas de sombra.

Bentham resumió la potencia de su creación con una frase que no deja lugar a dudas: “Esta casa de penitencia podría llamarse *panóptico*, para expresar con una sola palabra su utilidad esencial, que es la facultad de ver con una mirada todo cuanto se hace en ella” (Bentham, 1979, p. 37). Propone es una utopía de la vigilancia, donde el ojo central se vuelve absoluto, silencioso y total. Esta máquina de *ver* funda un nuevo modelo de poder que siglos después, como veremos, será reinterpretado por Foucault de manera decisiva para la filosofía. Su lectura del panóptico no se limita a la arquitectura material, sino que indaga en su estructura conceptual como mecanismo de poder, de este modo lo sitúa en el contexto problemático de las formas de gobernabilidad y de los modos en que los sujetos son producidos y controlados.

Para las trayectorias argumentales propuestas desde la introducción de este capítulo, es fundamental comprender cómo que lo que en un principio fue concebido como una propuesta arquitectónica para las cárceles, termina revelándose en tanto modelo teórico filosófico para pensar el modo en el que opera el control. Al afirmar que Bentham logra condensar en su *panóptico* una forma de poder que no necesita recurrir a la violencia directa, porque le basta con organizar la mirada, nos encontramos ante un fenómeno inédito de vigilancia que determina la manera de existir de la sensibilidad contemporánea.

Como he anunciado, el filósofo Foucault analiza el *panoptismo* más allá del modelo arquitectónico para plantear una tecnología política del poder que configura subjetividades y produce cuerpos dóciles. Es con él que esta figura alcanzará toda su potencia filosófica. Bentham, muy bien planteó, imaginó y construyó un modelo que nos muestra cómo el sujeto vigilado se transforma, no porque se le obligue, sino porque se le observa o se le puede observar. Esta economía de la *visibilidad*, y esta estrategia de control que actúa sobre la imaginación y no sobre el cuerpo, constituye una innovación radical en la gestión del comportamiento humano. Sin embargo, para comprender la expansión y mutación de este principio más allá de su forma arquitectónica, Foucault comprendió que será necesario ir más allá de Bentham.

Lejos de tratarse únicamente de un diseño penitenciario, Foucault interpretó el panóptico como una utopía paradójica, una especie de sueño racionalizado de dominación. Foucault advierte que esta figura arquitectónica, concebida por Jeremy Bentham, ha sido

percibida con frecuencia como una “curiosa pequeña utopía”, incluso como una fantasía inquietante: “el sueño de una perversidad, algo así como si Bentham hubiese sido el Fourier de una sociedad policial, cuyo falanstero hubiera adoptado la forma del panóptico” (Foucault, 2002, p. 207). Esta comparación no es menor, al aludir a Charles Fourier, pensador utópico del siglo XIX que diseñó comunidades ideales llamadas *falansterios*, Foucault enfatiza el carácter visionario —pero también inquietante— del proyecto *benthamiano*. En lugar de una utopía de armonía, el panóptico aparece como la utopía de una vigilancia total, racionalizada y distribuida.

Sería injusto reducir la formulación foucaultiana a limitaciones anecdóticas o históricas, mucho menos al exotismo de una propuesta arquitectónica. En esa “curiosa pequeña utopía”, señalada por Foucault, habita algo mucho más profundo: “la fórmula abstracta de una tecnología muy real, la de los individuos” (2002, p. 207). En ese sentido, el *panoptismo* no es entonces únicamente una estructura física, sino un diagrama, es decir, una lógica de funcionamiento del poder que puede ser desplazada, replicada y adaptada a distintos contextos institucionales. Lo verdaderamente inquietante del panóptico no es su presencia visible, sino su eficacia invisible: la capacidad de producir sujetos, de modelar conductas, de instaurar una normatividad sin necesidad de coacción directa.

De acuerdo con lo anterior resulta posible sostener que Foucault no lee el *panóptico* como una mera curiosidad del siglo XVIII, sino que es la prefiguración de un modelo generalizable de gobierno de los cuerpos y las almas. ¿Cómo se convierte un dispositivo arquitectónico en una tecnología del yo? ¿En qué momento deja de ser una propuesta utópica para convertirse en una maquinaria ontológica? Estas preguntas permiten abrir la discusión hacia la función productiva del poder en la modernidad, tal como lo veremos en capítulos posteriores: ya no como represión, sino como formación de subjetividades. El panóptico, en este sentido, no solo organiza espacios, sino que configura sujetos vigilados, normalizados y autocontrolados.

Para comprender la apertura hacia los espacios del poder gubernamental, es fundamental comprender que el modelo panóptico expresa una lógica que recorre también la distribución de hospitales, escuelas, cuarteles y fábricas: estos espacios de la ciudadanía logran hacer del espacio un instrumento de gobierno. Para ello, el control no se impone desde

fuera, sino que se instala en la forma misma del entorno. Así, el ojo central ya no necesita moverse: basta con su posibilidad. El detalle de la *mirada* y su funcionamiento para mantener el orden es crucial para Foucault porque para él desde ahí nos encontramos ante la forma más depurada del poder. No estamos ante una técnica brutal, sino ante una tecnología simbólica de dominación: el control ya no se impone desde fuera, sino que se aloja en la mente del vigilado. De ahí que el panóptico no sea solo un edificio, sino un esquema de poder que internaliza la mirada, convirtiéndola en principio regulador de la conducta.

Como ya se señaló con anterioridad a mediados del siglo XVIII, Jeremy Bentham imaginó un edificio cuya arquitectura permitía observar a todos sin ser visto. Esa estructura circular, pensada para cárceles, se llamó *panóptico*. Pero para Foucault, dos siglos después, ese diseño no sería solo una propuesta carcelaria: sería la clave para comprender cómo opera el poder en la modernidad.

En *Vigilar y castigar* (1975), Foucault retoma el modelo *panóptico* como un símbolo paradigmático de interiorización que implica “máquina para disociar el ver/ser visto” (Foucault, 2002, p. 186). Su análisis plantea la figura de la torre central como el espacio que observa al interior de las celdas periféricas:

En el anillo periférico se ubican las celdas, cada una con dos ventanas: una da hacia el interior, frente a la torre, y la otra hacia el exterior, permitiendo que la luz atraviese la celda de un lado a otro. De esta manera, se puede ver desde la torre, de frente, a los pequeños cautivos encerrados en las celdas. (...) Un solo vigilante situado en la torre central puede observar, desde esa posición, a todos los prisioneros, pero sin que éstos sepan si están siendo observados en un momento determinado. La certeza de ser observado es sustituida por la posibilidad permanente de serlo (Foucault, 2002, p. 205-206).

Tal como explica Foucault en la cita anterior, los espacios de encierro, pero visibles, los cuerpos están expuestos y se saben expuestos, por lo tanto, actúan como cualquiera que es visto constantemente. Es esa posibilidad de ser observado sin freno lo que convierte a la vigilancia, según Foucault, en un mecanismo eficaz y económico, pero sobre todo en una herramienta de análisis crítico filosófico.

Cuando la lectura foucaultiana transformó el panóptico de Bentham, el filósofo Foucault emprendió una manera inédita de plantear el problema del *poder*. Su postura, se desarrolla en lo que denomina un “diagrama de poder”: no se trata ya de un espacio físico, sino de una forma abstracta y transferible de ejercer el poder. Líneas arriba mencioné que el *panoptismo* se transfiere a las lógicas del poder gubernamental pues, según Foucault, este modelo puede ser aplicado no solo a las cárceles, sino a una variedad de instituciones: escuelas, hospitales, fábricas, cuarteles. Es decir, cualquier institución que distribuya cuerpos en el espacio, que los someta a reglas, y que los vigile para normalizar su conducta: “el *panoptismo* es el principio general de una nueva anatomía política cuyo objeto y fin no son los delincuentes, sino los individuos. Se trata de una nueva ‘microfísica’ del poder” (Foucault, 1975, p. 192).

El giro de perspectiva que permitió a Foucault desarrollar una de sus ideas centrales, considera que el poder disciplinario no es opresivo en el sentido tradicional, sino productivo. No solo reprime, sino que produce cuerpos dóciles, conductas útiles y sujetos funcionales. El individuo ya no es solamente vigilado: es construido por la vigilancia. En este sentido, el *panoptismo* representa una mutación del poder soberano. Ya no se trata de castigar con violencia, sino de observar con constancia. Se abandona la espectacularidad del suplicio público y se instala una lógica de normalización, corrección y evaluación silenciosa. La mirada panóptica no grita, pero determina y determina porque se vuelve *disciplinar*.

2.2 Del panóptico a la microfísica: el arte de las distribuciones y la construcción de los cuerpos dóciles

En el apartado anterior se mostró cómo el panóptico de Bentham constituye una figura arquitectónica que materializa la lógica de la vigilancia total. Sin embargo, Foucault advierte que el valor del *panoptismo* no radica en el edificio mismo, sino en el principio que lo sostiene: la posibilidad de transformar la visibilidad en un mecanismo de poder constante, automático y anónimo. El interés ya no está en la prisión como institución aislada, sino en la forma en que este modelo inaugura un régimen disciplinario capaz de extenderse a toda la sociedad.

Este apartado se centrará, por lo tanto, en el tránsito de la vigilancia institucional a las técnicas generales de *disciplina*. Se examinarán los modos en que el poder disciplinario organiza el espacio, regula el tiempo, administra los procesos de formación y combina las fuerzas individuales en engranajes colectivos. Con ello, se mostrará cómo la *disciplina* convierte a los cuerpos en piezas útiles y dóciles, desplazando el castigo espectacular hacia un control cotidiano, minucioso y productivo.

Cuando Foucault (2002) señala que “el *panoptismo* es la fórmula general de una dominación caracterizada por la vigilancia interiorizada” (p. 211), sus palabras adquieren importancia porque realiza desplazamientos conceptuales a propósito del *panoptismo* que implican que no es la mirada en sí misma la que constriñe al sujeto, sino el entramado de reglas, normas y rutinas que dicha mirada posibilita. De este modo, la *disciplina* aparece como un mecanismo mucho más eficaz que el suplicio público, porque opera de manera silenciosa y constante en la vida cotidiana. Foucault describe cómo, en el espacio panóptico, “la vigilancia se hace permanente en sus efectos, incluso si es discontinua en su acción; que la perfección del poder tiende a volver inútil la actualidad de su ejercicio” (2002, p. 206). Vemos cómo la vigilancia se convierte en una condición para la *disciplina*.

La *disciplina* aparece como un mecanismo mucho más eficaz que el suplicio público, porque opera de manera silenciosa y constante en la vida cotidiana. Foucault describe cómo, en el espacio panóptico, “la vigilancia se hace permanente en sus efectos, incluso si es discontinua en su acción; que la perfección del poder tiende a volver inútil la actualidad de su ejercicio” (2002, p. 206). Así, la vigilancia se convierte en una condición para la *disciplina*, pero es esta última la que termina moldeando los comportamientos y las subjetividades. Foucault lo explica con una imagen poderosa: “la *disciplina* organiza un espacio analítico” (Foucault, 2002, p. 131). Para él, el espacio se vuelve celular, segmentado, jerarquizado y cada cuerpo ocupa un lugar, cada movimiento es observado, cada gesto es evaluado, pero no por un poder visible y centralizado, sino por una red dispersa de mecanismos que operan desde el anonimato.

Entonces, retomando lo abordado, lo que se pone en juego no es únicamente la visibilidad de los cuerpos, sino el proceso de domesticación que surge de saberse potencialmente vigilados. Como advierte Foucault, no importa tanto si hay alguien mirando

en cada instante, sino que los sujetos interiorizan la lógica de la inspección y actúan como si siempre fueran observados: “la certeza de ser observado es sustituida por la posibilidad permanente de serlo” (2002, p. 206). Para profundizar en el análisis de la comprensión de este tránsito del castigo público a la *disciplina* anónima, es que se revela la eficacia de un poder que ya no necesita manifestarse de manera espectacular, porque ha logrado instalarse en la conducta cotidiana de los individuos. Es fundamental resaltar esto porque la *disciplina* toma lugar, más que la vigilancia misma, y esta *disciplina* es la que produce sujetos domesticados, obedientes y normalizados; esto no mediante la violencia visible de la autoridad, sino a través de un control interiorizado que opera sin rostro y sin interrupción.

Cuando Foucault revela que el panóptico no es una invención excéntrica del siglo XVIII, sino el modelo a partir del cual se redefinen los vínculos entre saber, poder y subjetividad, pone de manifiesto que esa facultad de ver con una mirada todo cuanto se hace no se limita al recinto penitenciario y entonces, el efecto social es decisivo. La *disciplina*, en palabras de Foucault, actúa como un corset que ciñe y modela la subjetividad, más allá de la cárcel, doméstica a los cuerpos para que produzcan obediencia. Se sustituye el castigo corporal por la interiorización de la norma, y el terror del suplicio por la auto-vigilancia que atraviesa al individuo en su vida diaria. (2002, p. 126)

Para que el individuo esté atravesado en su vida diaria por la vigilancia, uno de los mecanismos más significativos que posibilitan el ordenamiento y la vigilancia de los cuerpos es la organización del espacio. Por lo tanto, Foucault (2002) desarrolla aún más su argumento, trasciende el modelo penitenciario para ir hacia otros ordenamientos.

A partir de aquí, el foco ya no es la mirada como tal, sino el régimen de *disciplina* que aquella inaugura. Se trata de una tecnología capilar que se interioriza y organiza los cuerpos con precisión minuciosa. Entre sus mecanismos, nos detendremos primero en la distribución espacial (arte de las distribuciones) y, en los apartados siguientes, en el control de la actividad, la organización de las génesis y la composición de fuerzas. En todos los casos, Foucault (2002) muestra cómo escuelas, fábricas, cuarteles y hospitales se convierten en emplazamientos funcionales donde vigilancia y *disciplina* se trenzan para producir rendimiento.

En el ámbito militar, el giro es especialmente nítido: el soldado del siglo XVIII deja de ser portador de honor para convertirse en un cuerpo fabricado. “De una pasta informe, de un cuerpo inepto, se ha hecho la máquina que se necesitaba” (Foucault, 2002, p. 124). El adiestramiento corrige gestos, ajusta posturas y genera hábitos automáticos que vuelven al soldado perpetuamente disponible. La *disciplina*, en este sentido, despoja al individuo de sus rasgos originales y lo reviste de una identidad funcional; y, al interiorizarse, ya no requiere vigilancia directa: el cuerpo se autocontrola por la fuerza del hábito y la organización del espacio. Surge así una anatomía política donde docilidad y utilidad se conjugan en beneficio de un orden social y económico. El soldado entrenado, el obrero repetitivo, el alumno clasificado y el enfermo registrado no son ejemplos dispersos, sino efectos convergentes de una misma tecnología que transforma la vida cotidiana en un engranaje de control y rendimiento. En otras palabras, detrás de estos ejemplos se perfila un mismo desplazamiento: el descubrimiento del cuerpo como el nuevo objeto privilegiado del poder.

Este proceso se inscribe en un movimiento más amplio: el descubrimiento del cuerpo como objeto y blanco de poder. Foucault (2002) señala:

Ha habido, en el curso de la edad clásica, todo un descubrimiento del cuerpo como objeto y blanco de poder. Podrían encontrarse fácilmente signos de esta gran atención dedicada entonces al cuerpo, al cuerpo que se manipula, al que se da forma, que se educa, que obedece, que responde, que se vuelve hábil o cuyas fuerzas se multiplican (p. 125).

Así, lo que en el ámbito militar aparecía como adiestramiento sistemático, en un plano más general se traduce en una concepción del *cuerpo* como materia moldeable y controlable. Con este giro, el cuerpo ya no se concibe como soporte natural de fuerza u honor, sino como materia maleable y controlable. La *disciplina* lo educa, lo moldea y lo adiestra para extraer de él la máxima utilidad. La *docilidad* se vuelve aquí una noción clave: Es dócil un cuerpo que puede ser sometido, que puede ser utilizado, que puede ser transformado y perfeccionado” (Foucault, 2002, p. 125). De este modo, la noción de docilidad articula la paradoja central: el cuerpo se somete precisamente porque puede ser utilizado.

Un cuerpo disciplinado no es simplemente obediente sino susceptible de ser trabajado y optimizado. De ahí el vínculo entre docilidad y utilidad: el cuerpo es dócil porque puede ser dirigido, y útil porque su rendimiento puede explotarse en beneficio de un orden económico y político. La *disciplina* se convierte así en una tecnología que “explora, desarticula y recompone” (Foucault, 2002, p. 127) al cuerpo humano. Ahora bien, esta docilidad no opera de manera abstracta: se materializa en controles meticulosos sobre el detalle corporal. Lo que Foucault quiere destacar es la minuciosidad con que el poder disciplinario interviene en el cuerpo.

En sus palabras: “El cuerpo queda prendido en el interior de poderes muy ceñidos, que le imponen coacciones, interdicciones u obligaciones. En primer lugar, la escala del control: no se trata el cuerpo en masa, como si fuera una unidad indisociable, sino de trabajarlo en sus partes, de asegurar presas al nivel mismo de la mecánica: movimientos, gestos, actitudes, rapidez; un poder infinitesimal sobre el cuerpo activo” (Foucault, 2002, p. 125). Aquí Foucault deja claro que lo novedoso de la *disciplina* no está en castigar globalmente, sino en capturar lo diminuto: cada músculo, cada gesto, cada segundo se convierte en objeto de regulación. El poder actúa en lo microscópico, allí donde antes no se veía nada político.

Sigue diciendo: “En segundo lugar, el objeto del control: no los elementos significantes de la conducta o del lenguaje corporal, sino la economía, la eficacia de los movimientos, su organización interna; la coacción sobre las fuerzas más que sobre los signos. La única ceremonia que importa es la del ejercicio” (Foucault, 2002, p. 126). Esto significa que la *disciplina* ya no se interesa en lo que los gestos “dicen” o “simbolizan”, sino en su eficiencia material. Lo que importa no es el significado de una postura, sino cuánta energía rinde, cuánta eficacia produce. Por eso el ejercicio se convierte en la ceremonia fundamental: porque permite repetir, ajustar y perfeccionar al cuerpo hasta volverlo una máquina útil.

Finalmente, concluye: “Y finalmente, la modalidad: una coerción ininterrumpida, constante, que vela sobre los procesos de la actividad más que sobre sus resultados, y se ejerce según una codificación que retícula el tiempo, el espacio y los movimientos con la mayor precisión. A estos métodos [...] es a lo que se puede llamar las ‘disciplinas’” (Foucault, 2002, p. 126). Aquí se ve el sello de la *microfísica del poder*: un control que no cesa, que no espera un resultado espectacular, sino que se mantiene sobre los procesos mismos. No

interesa solo el qué, sino el cómo; no solo el producto, sino la manera en que cada gesto, cada minuto y cada espacio se regulan en detalle.

Con esta lectura, Foucault subraya que la *disciplina* inaugura un control inédito: ya no domina al cuerpo en conjunto, sino que interviene en los detalles mínimos de su funcionamiento. Se trata de una *microfísica del poder*, que sustituye los castigos espectaculares por la regulación constante de gestos y movimientos.

Esta atención al detalle no se agota en la vigilancia visual, como sucedía en la arquitectura panóptica, sino que encuentra su forma más efectiva en la práctica repetida. Lo decisivo no es el gesto simbólico, sino la eficacia material de la actividad. Como afirma Foucault, “la única ceremonia que importa es la del ejercicio” (2002, p. 126). En la repetición vigilada del ejercicio, el cuerpo se convierte en útil y dócil a la vez: se controla el tiempo, se articulan los espacios y se regulan los movimientos. La *disciplina* transforma la fuerza vital en rendimiento económico y obediencia política. De ahí que el ejercicio, más que un simple método pedagógico o militar, se configure como la piedra angular de la anatomía política moderna.

Estas técnicas se consolidaron entre los siglos XVII y XVIII como fórmulas generales de dominación, diferentes de la esclavitud o el vasallaje. Su novedad radica en instaurar un auténtico arte del cuerpo humano: no imponer una sujeción más pesada, sino lograr que el cuerpo sea simultáneamente más obediente y útil. La invención de esta anatomía política no fue obra de un único acontecimiento, sino el resultado de múltiples procesos menores y dispersos que, poco a poco, se infiltraron en colegios, hospitales, talleres y cuarteles (Foucault, 2002, p. 127). En este marco, lo que define a la *disciplina* no es tanto la magnitud de su alcance como la precisión de sus intervenciones: un poder que se vuelve eficaz precisamente porque trabaja sobre lo infinitesimal de la vida cotidiana. Podría decirse que en esta atención obsesiva al detalle se encuentra el núcleo de la *disciplina* moderna: lo pequeño se convierte en lo decisivo.

En palabras de Foucault, “la *disciplina* es una anatomía política del detalle” (2002, p. 128). ¿Qué significa que el poder se juegue en lo ínfimo? Que ya no basta con vigilar desde lo alto ni castigar de manera espectacular: ahora lo decisivo está en reglamentos, inspecciones

y correcciones minuciosas. Lo que antes pasaba inadvertido (un gesto, un retraso, una palabra fuera de lugar) deviene terreno fértil para la eficacia del poder. Incluso las prácticas aparentemente banales, acumuladas y sistematizadas, transformaron los regímenes de castigo y dieron origen al hombre moderno (Foucault, 2002, pp. 129–130). En consecuencia, este dominio sobre los detalles no permanece en abstracto, sino que cristaliza en un conjunto de técnicas específicas que organizan los cuerpos y los espacios.

Foucault identifica varias de estas técnicas disciplinarias, que irán apareciendo de manera sistemática: la distribución espacial, el control de la actividad, la organización de las génesis y la composición de fuerzas. La *disciplina* procede, en primer lugar, a la distribución de los individuos en el espacio. Este paso no es accesorio: ordenar donde y como se ubican los cuerpos es ya una forma de poder. No se trata solo de vigilar desde fuera, sino de disponer los cuerpos en emplazamientos que hagan posible su control. Así surge el principio de clausura, primera modalidad concreta de esta lógica, que delimita un espacio, lo cierra y lo convierte en un entorno controlado. Así surge el principio de clausura: colegios modelados como conventos, cuarteles contruidos para fijar a tropas inestables y fábricas diseñadas como fortalezas donde los obreros entran y salen bajo un régimen estricto de llaves y campanas. En todos los casos, la finalidad es idéntica: garantizar orden y seguridad, regular entradas y salidas, prevenir fugas y disciplinar una fuerza de trabajo potencialmente obediente. Como lo muestra la ordenanza de 1719, “el conjunto estará cercado y cerrado por una muralla de diez pies de altura (...) para mantener las tropas en el orden y la *disciplina* y para que el oficial se halle en situación de responder de ellas” (Foucault, 2002, p. 146). No obstante, la clausura por sí sola resulta insuficiente. Si el encierro fija un perímetro, aún queda la tarea de organizar lo que sucede dentro.

La *disciplina* inventa una organización más minuciosa y precisa: la localización individual. A cada cuerpo le corresponde un lugar, y en cada lugar debe hallarse un cuerpo. De este modo, se evita la dispersión, la aglomeración y el vagabundeo, instaurando un espacio controlado hasta en lo mínimo. Por eso, como señala Foucault, el espacio de las disciplinas es siempre, en el fondo, celular (2002, p. 147). La celda conventual se convierte así en modelo universal: incluso en dormitorios colectivos, los cuerpos son aislados y vigilados como unidades discretas. La localización, en este sentido, no es solo un recurso

arquitectónico, sino una técnica de individualización: hace visibles, registrables y, por lo tanto, gobernables a los cuerpos.

Este principio anatomo político se despliega con claridad en los hospitales y puertos militares, donde la *disciplina* busca curar y vigilar al mismo tiempo. ¿Qué mejor ejemplo que aquellos espacios donde la vida y la muerte dependen del control de flujos? La arquitectura se convierte allí en un filtro: controla mercancías, detiene deserciones y regula los flujos humanos. Como advierte Foucault, el hospital ha de ser un filtro que localice y seleccione (2002, p. 148). El espacio terapéutico se articula con el espacio administrativo y político, individualizando enfermos, registros, camas y movimientos. Lo que revelan estos ejemplos es que la *disciplina*, lejos de limitarse a un ámbito particular, demuestra su plasticidad: puede adaptarse al contexto militar, médico, educativo o productivo, siempre bajo el mismo principio de localizar, registrar e individualizar.

La misma lógica se extiende a las fábricas del siglo XVIII, pues no basta con encerrar a los obreros: deben ser distribuidos en serie, alineados en mesas, bancos o talleres que permitan una doble visibilidad —general e individual— sobre su rendimiento. Estas disposiciones en serie, explica Foucault, forman un cuadriculado permanente en el que se aclaran las confusiones (2002, p. 149). La *disciplina* divide los procesos de producción y, al mismo tiempo, individualiza la fuerza de trabajo, convirtiendo cada obrero en una unidad legible y comparable. La eficacia de este cuadriculado no se limita a la economía: la misma lógica de distribución y visibilidad penetra en otros espacios de formación social, como la escuela.

En la escuela, la vieja organización jesuita, marcada por rivalidades colectivas, da paso a una homogeneidad espacial en la que cada alumno ocupa un sitio fijo bajo la mirada del maestro. “El rango, en el siglo XVIII, comienza a definir la gran forma de distribución de los individuos en el orden escolar” (Foucault, 2002, p. 150). Este rango determina posiciones, clasificaciones y jerarquías, instaurando una economía del aprendizaje donde tiempo y espacio funcionan como engranajes de una misma máquina. Esta clasificación no se limitaba al rendimiento intelectual: también intervenían factores morales y sociales, como la limpieza personal, la aplicación cotidiana e incluso la condición familiar, que definían la posición del alumno en el aula. La disposición espacial (pupitres alineados, lugares fijos, rangos visibles)

se convertía en una máquina que traducía el mérito o la falta en jerarquía tangible. El espacio escolar se volvía un cuadro vivo, organizando la vida cotidiana en gestos, conductas y posiciones.

La escuela, entonces, no solo formaba intelectos: produce cuerpos clasificados, jerarquizados y disponibles para ser comparados. Ese mismo principio de ordenar lo múltiple en cuadros visibles se expandirá más allá del aula. Ahora bien, este principio cuadrangular no se restringía al ámbito pedagógico o militar; a finales del siglo XVIII, se convirtió en un problema transversal para la ciencia, la economía y la política. Los naturalistas clasificaban plantas y animales, los médicos distribuían a los enfermos según sus síntomas, los economistas organizaban mercancías y flujos monetarios, y los ejércitos aprendían a ordenar sus fuerzas en formaciones tácticas simples y repetibles. En todos los casos, el cuadro operaba como técnica de saber y mecanismo de poder: hacía visible lo múltiple, lo comparaba y lo disponía de manera que pudiera ser gobernado. Lo decisivo aquí es que el cuadro no es solo una herramienta descriptiva, sino un dispositivo que traduce lo diverso en algo legible y gobernable, articulando el saber con el poder en la escala más concreta.

De este modo, el arte de las distribuciones culmina mostrando cómo el espacio disciplinario se convierte en una máquina de visibilidad y control, capaz de transformar lo confuso en lo legible y lo múltiple en lo gobernable. En síntesis, la primera operación de la *disciplina* consiste en hacer que las multitudes sean comparables y gobernables. Pero este orden espacial no agota las formas del poder disciplinario. A continuación, será necesario observar cómo la misma minuciosidad se extiende al tiempo y a la actividad, regulando ritmos, gestos y repeticiones.

Si el espacio había sido el primer terreno de la *disciplina*, la minuciosidad del poder no se detiene allí: se extiende también al tiempo. El arte de las distribuciones mostró cómo los cuerpos fueron fijados en lugares, aislados y clasificados dentro de un espacio cuadrangular que los volvía legibles y gobernables. Sin embargo, disponer los cuerpos en el espacio resulta insuficiente si sus movimientos y sus ritmos permanecen indeterminados. La *disciplina* no se conforma con ordenar dónde se ubican los individuos, sino que exige también decidir qué hacen, cuándo lo hacen y cómo lo hacen.

En este punto, la lógica disciplinaria se orienta hacia la regulación de la actividad misma. Cada instante se vuelve significativo, cada gesto puede ser calculado, cada repetición adquiere un valor productivo. Lo que antes se dejaba al azar o a la costumbre (el paso de un soldado, el rezo de un monje, el trabajo de un aprendiz) se convierte en objeto de análisis y de programación. Foucault denomina a este conjunto de técnicas como los *medios del buen encauzamiento*, con los que la *disciplina* logra un control más fino que el simple encierro: ya no basta con tener cuerpos dóciles, hay que hacerlos útiles mediante la regulación de su tiempo.

Esta segunda operación disciplinaria se desplegará en varios niveles: el horario que distribuye las horas y organiza la jornada, el programa que fragmenta y normaliza cada acto, la organización de las génesis que encadena los aprendizajes y, finalmente, la composición de fuerzas que combina los cuerpos en un rendimiento colectivo. De este modo, la *disciplina* transforma la cronología en un engranaje de poder tan preciso como la cuadrícula espacial.

Entre los múltiples escenarios donde la *disciplina* comenzó a apoderarse del tiempo, los monasterios ocuparon un lugar privilegiado. No es casual que Foucault los señale como el punto de partida: durante siglos, las órdenes religiosas no solo se preocuparon por la salvación espiritual, sino que desarrollaron un arte riguroso de la regularidad. La vida monástica ofrecía un modelo perfecto de encuadramiento temporal, donde cada hora estaba marcada, cada actividad era repetida y cada instante encontraba un uso prescrito.

Desde las comunidades monásticas, donde se forjaron los modelos más estrictos de regularidad, se heredó un arte de organizar las horas. Foucault recuerda que durante siglos las órdenes religiosas fueron maestras de *disciplina*: especialistas del tiempo, técnicos del ritmo y de las actividades regulares (2002, p. 154). Esta herencia se trasladó sin dificultad a colegios, talleres, hospitales y fábricas, donde el día se estructuraba en ciclos de repeticiones, oraciones, campanadas y señales. El tiempo laboral comenzó a medirse con creciente minuciosidad: primero en horas, luego en fracciones más breves, hasta llegar a los segundos. Pero más allá de la precisión, lo decisivo era que cada instante resultará útil: prohibición de juegos, charlas, vino o cualquier distracción. La *disciplina* exigía un tiempo íntegramente aplicado al trabajo, sin impurezas ni pausas. Los monasterios legaron así un primer modelo

de control temporal: el día como secuencia ordenada, sin vacíos ni tiempos muertos, que más tarde fue adoptado por instituciones civiles y productivas.

Con el siglo XVIII aparece, sin embargo, un cambio más radical. Ya no se trata solo de regular el marco temporal de las actividades, sino que se diseña un verdadero programa del acto mismo. Así lo explica Foucault: “Lo que define la ordenanza de 1766 no es un simple empleo del tiempo, sino un programa que asegura la elaboración del propio acto y controla desde dentro su desarrollo y sus fases” (2002, p. 156). El cuerpo ya no se limita a seguir el ritmo de un tambor o de un reloj; cada gesto se descompone en fases, cada movimiento adquiere dirección, amplitud y duración exactas. El tiempo ya no solo ordena desde afuera, sino que penetra en el cuerpo, sosteniendo sus operaciones desde adentro y convirtiéndolo en objeto de un análisis anatómico-cronológico.

Este programa del acto conduce a una exigencia todavía más estricta: que cada movimiento esté en perfecta correlación con el cuerpo que lo ejecuta. No basta con prescribir secuencias externas; la *disciplina* demanda que el cuerpo entero se convierta en soporte del menor gesto, integrando postura, dirección y ritmo en un mismo código. De ahí surge la exigencia de correlacionar cuerpo y gesto. No basta con imponer una serie de movimientos externos: se busca que todo el cuerpo se convierta en soporte del menor acto, sin dejar nada ocioso. Foucault lo resume con contundencia: un cuerpo bien disciplinado constituye el contexto operatorio del menor gesto (2002, p. 156). Así, incluso el acto de escribir requiere una postura rigurosa de pies, brazos y espalda, mostrando que hasta los gestos más sencillos se inscriben en un código corporal integral. Incluso actos aparentemente sencillos, como escribir, requieren ahora una disposición integral: pies firmes, espalda recta, brazos en ángulo preciso. El gesto ya no se entiende como acción aislada, sino como resultado de un dispositivo corporal total.

Una vez que el cuerpo se sincroniza con el gesto, la *disciplina* avanza un paso más: integra el cuerpo y los objetos de trabajo en una misma lógica funcional. Ya no se trata de ejecutar una acción con libertad artesanal, sino de ajustarse a una sintaxis rigurosa que coordina los gestos corporales con los instrumentos. Foucault describe este proceso como la “constitución de un complejo cuerpo-arma, cuerpo-instrumento y cuerpo-máquina” (2002, p.

157). La fuerza ya proviene del individuo aislado, sino de la cadena que une músculos y herramientas en un engranaje común, donde eficacia y obediencia se confunden.

Este perfeccionamiento alcanza su punto más alto cuando se exige una utilización exhaustiva del tiempo. No basta con evitar la ociosidad: ahora se busca extraer de cada instante la mayor cantidad posible de fuerzas. Se trata, dice Foucault, de “obtener de cada momento más instantes disponibles y, de cada instante, más fuerzas útiles” (2002, p. 158). En instituciones como la escuela de enseñanza mutua o en las fábricas, todo se organiza para que el tiempo esté saturado de operaciones, aceleradas por señales, voces de mando y ritmos colectivos. La rapidez se convierte en virtud, la eficiencia en un imperativo y el tiempo en una materia que debe ser exprimida hasta su límite.

Este afán de rentabilizar cada segundo modifica incluso la manera de concebir el cuerpo. Ya no se lo entiende únicamente como una máquina sometida a movimientos externos, sino también como un organismo vivo, portador de fuerzas y duraciones propias. Es el cuerpo natural el que se vuelve objeto de *disciplina*, con sus resistencias, límites y exigencias funcionales. Por eso, concluye Foucault, el poder disciplinario tiene como correlato una individualidad no solo analítica y celular, sino también natural y orgánica (2002, p. 160). La *disciplina*, así, no solo cuadrícula espacios ni secuencia gestos, sino que se apropia de la vitalidad misma, convirtiendo a la biología en materia de poder.

Si el control de la actividad mostró cómo la *disciplina* se adueña del tiempo presente (minuto a minuto, gesto por gesto), el paso siguiente es proyectar esa lógica hacia el futuro. La *disciplina* no solo regula la acción puntual, también organiza una duración acumulada, una génesis progresiva. No basta con vigilar cada movimiento; es necesario producir trayectorias, trazar series de aprendizaje y capitalizar la vida entera en un proceso de formación gradual. En este punto se despliega lo que Foucault denomina la organización de la génesis.

En el siglo XVII, la *disciplina* comienza a estructurar el tiempo como un capital. El ejemplo de la manufactura de los Gobelinos resulta ilustrativo: los niños becados pasaban años de aprendizaje bajo la tutela de maestros, combinando trabajo servil y formación técnica. Como observa Foucault, la forma de la servidumbre iba acompañada de una

transferencia de conocimiento (2002, p. 161). Aquí lo decisivo es que la *disciplina* no solo se ocupa de moldear gestos, sino de administrar biografías enteras: la vida del aprendiz queda organizada como inversión, donde cada año de docilidad se traduce en competencias útiles para el taller y, por extensión, para la economía del Estado.

De estas experiencias surge una pregunta decisiva: ¿cómo capitalizar el tiempo de los individuos, acumularlo en sus cuerpos, en sus fuerzas y en sus capacidades, de modo que sea susceptible de utilización y de control? (Foucault, 2002, p. 161). Esta pregunta marca el núcleo de las génesis disciplinaria: el poder no se limita a vigilar conductas aisladas, sino que transforma la duración de la existencia en un recurso administrable. La respuesta se halla en un conjunto de procedimientos que hacen del tiempo un recurso administrable, divisible y explotable, sometiendo la duración de la vida a una lógica de utilidad y vigilancia permanentes.

La instrucción militar del siglo XVIII ofrece un modelo claro. Frente a la formación global y analógica del pasado, se introduce una pedagogía fragmentaria: cada etapa debe ser aislada, dominada y superada antes de pasar a la siguiente. Así lo señala Foucault al citar un reglamento: “Uno de los principales errores es enseñar a un soldado toda la instrucción a la vez” (2002, p. 162). En lugar de ejercicios que imitan al combate real, se prefiere un adiestramiento elemental: posiciones de los dedos, movimientos de brazos, pasos breves. El poder disciplinario convierte la instrucción en una cadena de aprendizajes mínimos, concatenados en un orden creciente de dificultad. La guerra deja de ser un horizonte global para convertirse en una serie de micro ejercicios que producen un soldado calculable y disponible.

2.3 Gestos, normas para la clasificación del cuerpo subjetivo

Este principio de segmentación no se limita al ejército: se traslada pronto al ámbito pedagógico. Cada nivel de enseñanza debe dividirse en grados y secciones, jerarquizando minuciosamente los progresos. Como sintetiza Foucault, “cada grado en la combinatoria de los elementos debe inscribirse en el interior de una gran serie temporal” (2002, p. 164). Aquí lo central es que el tiempo de formación deja de ser un rito de paso global (entrar niño y salir adulto), para volverse un proceso analítico, graduado y constantemente evaluado. La

disciplina inventa, así, la seriación moderna del aprendizaje, donde cada avance es registrado, comparado y clasificado. En esta seriación, el poder encuentra la posibilidad de controlar el aprendizaje, diferenciar capacidades y ordenar a los individuos en jerarquías visibles.

¿No resulta paradójico que lo que entendemos como educación, asociada a libertad y emancipación, adopte la misma lógica que un cuartel? La escuela, que en apariencia forma ciudadanos autónomos, termina funcionando como laboratorio de clasificación y jerarquización. Aquí se hace visible la paradoja de la modernidad: la promesa de ilustración y progreso descansa en técnicas de control que vigilan y segmentan.

De este modo, las disciplinas producen un tiempo lineal, acumulativo, orientado hacia un término definido. No se trata ya de un tiempo iniciático —global y sancionado por una única prueba—, sino de un tiempo evolutivo, compuesto por series, pruebas y ramificaciones. De ahí que Foucault afirme: “progreso de las sociedades, génesis de los individuos, estos dos grandes ‘descubrimientos’ del siglo XVIII son quizá correlativos de las nuevas técnicas de poder” (2002, p. 165). El progreso aparece como forma histórica colectiva, mientras que la génesis se convierte en la modalidad temporal de los individuos sometidos a *disciplina*. Lo que antes era un rito de paso, se convierte ahora en un proceso interminable: la vida entera organizada como serie de aprendizajes, pruebas y clasificaciones.

En este punto puede plantearse una cuestión filosófica mayor: ¿qué significa vivir en un tiempo que nunca concluye, en una trayectoria infinita de evaluaciones? A diferencia de los ritos antiguos, que cerraban ciclos y otorgaban sentido, la *disciplina* moderna convierte la vida en una secuencia interminable de pruebas. Esta temporalidad lineal, acumulativa y sin fin, ¿no es acaso el germen de la ansiedad contemporánea por “rendir”, “progresar” y “mejorar” sin cesar? Aquí la *disciplina* se muestra no solo como poder externo, sino como lógica que estructura nuestra experiencia del tiempo y de nosotros mismos.

En el corazón de esta lógica disciplinaria se encuentra una técnica que condensa todo su funcionamiento: el ejercicio repetitivo. Consiste en imponer a los cuerpos tareas repetitivas y graduadas, que permiten tanto la acumulación de destrezas como la evaluación constante del *sujeto*. El ejercicio es, en este sentido, el laboratorio donde se conjugan simultáneamente docilidad y utilidad: cada repetición pule al cuerpo, asegura la vigilancia y

garantiza un rendimiento creciente. Como advierte Foucault, “el ejercicio, convertido en elemento en una tecnología política del cuerpo y de la duración, no culmina en un más allá; pero tiende a una sujeción que no ha acabado jamás de completarse” (2002, p. 166). Heredero de prácticas religiosas y ascéticas, el ejercicio se transforma en el medio secular por el cual el poder administra el tiempo humano, convirtiéndolo en una trayectoria infinita de docilidad y perfeccionamiento. Esta lógica de repetición indefinida abre la puerta a contrastes críticos con otras filosofías modernas. En contraste, otras tradiciones filosóficas —como aquella que encarna Nietzsche con su exaltación de la fuerza vital, el desborde dionisiaco y la afirmación del exceso— proponen una lógica contraria: no la contención y la medida, sino la expansión y el riesgo. Allí donde Nietzsche lee en el ejercicio ascético la negación de la vida, Foucault identifica en él el dispositivo político que domestica la existencia para volverla calculable. El contraste no es anecdótico: muestra que el disciplinamiento moderno no solo administra cuerpos, sino que neutraliza cualquier posibilidad de desborde, espontaneidad o exceso, rasgos que otras filosofías considerarían como fuentes de creación y potencia.

En este punto cabe preguntarse: ¿qué significa que la *disciplina* ya no busque un fin último, sino una sujeción sin término, un perfeccionamiento indefinido? La respuesta sugiere que el poder disciplinario no se satisface con moldear, sino que necesita mantener abierto un horizonte permanente de control. Aquí puede trazarse un paralelo crítico con Marx: así como el capital nunca se satisface y exige acumulación sin fin, la *disciplina* produce cuerpos atrapados en una lógica de perfeccionamiento indefinido. En ambos casos, el horizonte no es un fin alcanzable, sino la reproducción misma del proceso. El sujeto disciplinado, igual que el trabajador alienado, nunca está “completo”: siempre debe ejercitarse, rendir, obedecer. De esta manera, La *disciplina* se convierte en una pedagogía de la incompletud permanente.

Ahora bien, el poder disciplinario no se agota en la producción de *cuerpos dóciles* y útiles de manera aislada. Una vez que cada individuo ha sido adiestrado mediante ejercicios, el paso siguiente es integrarlos en un engranaje colectivo. El objetivo ya no es solamente fabricar sujetos obedientes, sino organizar fuerzas múltiples de modo que, combinadas, generen una potencia superior a la suma de sus partes. Si la organización de la génesis mostró cómo la *disciplina* capitaliza el tiempo en cada individuo, la composición de las fuerzas revela un objetivo aún más ambicioso: ya no se trata de formar cuerpos dóciles de manera

aislada, sino de combinarlos en una maquinaria colectiva. La *disciplina* busca un arte de la táctica capaz de multiplicar las fuerzas individuales mediante su disposición calculada.

La primera ruptura aparece con el abandono del modelo clásico de la tropa concebida como masa. Foucault (2002) lo expresa con contundencia: “comencemos por destruir el viejo prejuicio según el cual se creía aumentar la fuerza de una tropa aumentando su profundidad. Todas las leyes físicas sobre el movimiento se vuelven quimeras cuando se las quiere adaptar a la táctica” (p. 167). Durante siglos, la infantería se había imaginado como un bloque compacto: un muro humano armado de picas y mosquetes, distribuido según la antigüedad o la valentía de los soldados. Con la introducción del fusil —más rápido y preciso— este modelo se desmorona. El soldado deja de ser parte de una masa indiferenciada y se convierte en una unidad móvil cuya eficacia depende de su relación con los demás. La masa inmóvil cede su lugar a una geometría de segmentos divisibles, donde la unidad básica ya no es el batallón, sino el soldado articulado en relación con los demás.

Esta reorganización de la fuerza militar anuncia una lógica más amplia: lo decisivo ya no es la masa compacta, sino la cooperación calculada. Por eso, el cambio técnico y militar tiene su correlato en el terreno productivo. Foucault recuerda la lógica de la cooperación descrita por Karl Marx en *El Capital*, donde afirma que “la fuerza productiva específica de la jornada laboral combinada es una fuerza productiva social de trabajo, o fuerza del trabajo social. Surge de la cooperación misma” (Marx, 1867/2027, p. xx; citado en Foucault, 2002, p. 168). Con esta referencia, Foucault enlaza el análisis disciplinario con la teoría marxista de la cooperación: el excedente no proviene de la destreza individual, sino de la disposición conjunta de múltiples cuerpos en un aparato colectivo que multiplica su potencia.

Este vínculo con Marx abre otra pregunta: ¿es posible pensar que la *disciplina*, más allá de servir al Estado, ya estaba inscrita en la lógica de la producción capitalista? El soldado articulado como segmento, el obrero insertado en la fábrica, el alumno clasificado en la escuela: todos forman parte de una misma economía política del cuerpo. La *disciplina* no es solo pedagogía o técnica militar, sino engranaje económico, inseparable del modo de producción que busca eficiencia, rendimiento y docilidad.

En este contexto, el cuerpo deja de definirse por el honor o la valentía personal y pasa a concebirse como un fragmento funcional, calculado en relación con el espacio que ocupa y el intervalo que cubre. Su valor reside en la exactitud de su lugar dentro de la maquinaria disciplinaria. Por eso, señala Foucault, “el cuerpo se constituye como pieza de una máquina multisegmentaria” (2002, p. 169). El soldado disciplinado, igual que el obrero en la fábrica, no se mide por su iniciativa o coraje, sino por su capacidad de encajar en el engranaje común. Entrenado primero en solitario, luego en pares, más tarde en grupos, hasta articularse en el engranaje colectivo.

Aquí podría resonar Nietzsche como contrapunto: mientras la *disciplina* convierte la vida en ejercicio repetitivo y funcional, Nietzsche había celebrado la fuerza creadora, el exceso, lo que desborda. El contraste ilumina el punto: el poder disciplinario no tolera lo desbordante, sino que administra lo vital hasta volverlo previsible. ¿Qué se pierde en este proceso? Tal vez la espontaneidad, el azar, la afirmación vital.

Pero la *disciplina* no se limita a ordenar cuerpos: también busca ordenar tiempos. El objetivo es correlacionar cronologías diversas para que cada momento vital resulte productivo: niños, adultos y ancianos pueden insertarse en la cadena militar o laboral de acuerdo con sus capacidades. Las fábricas recurren a menores y a viejos por su bajo costo y por habilidades elementales, mientras que la enseñanza mutua convierte cada instante en ocasión de aprendizaje. De este modo, “todo el tiempo de todos los alumnos ha quedado ocupado ya sea en enseñar, ya sea en ser enseñado” (Foucault, 2002, p. 170). Lo que está en juego es una lógica de saturación total: ningún cuerpo, edad e intervalo queda fuera de la máquina disciplinaria.

En suma, la *disciplina* no solo distribuye cuerpos en el espacio, organiza sus actividades en el tiempo o regula su génesis progresiva, sino que además compone sus fuerzas en una maquinaria común. De esta racionalidad emerge un auténtico arte de la táctica: una técnica que multiplica las energías individuales mediante su combinación calculada, convirtiendo a los cuerpos en engranajes de un aparato colectivo que siempre excede la suma de sus partes. Aquí se revela el núcleo del poder disciplinario: no la violencia visible ni la obediencia pasiva, sino la *producción activa* de sujetos y tiempos que, ensamblados, forman un dispositivo de poder eficiente y permanente.

Aquí concluye el recorrido de la primera parte de este capítulo, dedicada a los cuerpos dóciles. Hemos visto, en primer lugar, que el arte de las distribuciones transforma el espacio en un orden cuadriculado de celdas, rangos y emplazamientos que fijan y controlan a los individuos. En segundo lugar, que el control de la actividad prolonga esta lógica sobre el tiempo, de modo que cada instante queda capturado y convertido en ocasión productiva. En tercer lugar, que la organización de la génesis proyecta esa minuciosidad hacia el futuro, estructurando trayectorias graduadas de aprendizaje y formación. Y, finalmente, que la composición de las fuerzas articula todos estos elementos en una táctica colectiva, donde la eficacia social resulta de la disposición calculada de cuerpos que ya no valen por sí mismos, sino por el lugar que ocupan en el engranaje.

Sin embargo, este análisis aún deja pendiente un aspecto decisivo: los instrumentos concretos que hacen funcionar la *disciplina* en la práctica cotidiana. De este modo, la *disciplina* se revela en cuatro operaciones fundamentales: distribuir, controlar, organizar y combinar. Cuerpos dóciles que, en su espacialidad, temporalidad, génesis y fuerza colectiva, quedan reducidos a piezas de una máquina política y económica. Lo que emerge no es solo una técnica de vigilancia, sino una verdadera anatomía política: un saber-poder capaz de fabricar sujetos útiles, obedientes y disponibles.

Estas operaciones, aunque originadas en instituciones del siglo XVII y XVIII, no han quedado sepultadas en el pasado. Sus huellas siguen presentes en los reglamentos escolares, en la organización de fábricas, en las rutinas hospitalarias y, de modo más amplio, en la racionalidad política que todavía regula la vida social. Reconocerlo obliga a preguntarse si no seguimos habitando, bajo otras formas, la misma gramática disciplinaria que describió Foucault. Pero aquí conviene preguntarse: ¿hasta qué punto estas operaciones describen únicamente prácticas del siglo XVIII, y en qué medida constituyen todavía hoy la gramática básica de nuestras instituciones?

Llegados a este punto, no es necesario seguir abundando en las múltiples variaciones de estas operaciones, pues el recorrido ya ha mostrado con amplitud cómo la *disciplina* produce cuerpos dóciles y engranajes colectivos. En lugar de abrumar con más ejemplos, el paso siguiente será observar con detenimiento los instrumentos esenciales que materializan esta lógica: la vigilancia jerárquica y la sanción normalizadora. El siguiente apartado examina

estas estas prácticas, no como meras aplicaciones, sino cómo el núcleo mismo de la *disciplina*, pues constituyen el punto donde poder y subjetividad se encuentran de manera más visible. Este cierre permite condensar lo dicho hasta ahora y, al mismo tiempo, abre la puerta a una cuestión más amplia: si estas técnicas que nacieron en cuarteles, escuelas y hospitales todavía sostienen la vida social contemporánea, ¿qué ocurre cuando su lógica se desplaza al espacio digital? ¿Acaso no asistimos a una continuidad donde las mismas operaciones —vigilar, normalizar, examinar— reaparecen bajo nuevas formas que ya no trabajan solo sobre los cuerpos, sino también sobre la atención, los datos y la identidad? Este cierre no solo permite condensar lo dicho, sino que también prepara la transición hacia los capítulos siguientes, donde será necesario interrogar si estas técnicas —nacidas en el siglo XVIII— encuentran en las redes sociales y en la economía digital su versión más sofisticada.

2.4 Sanción normalizadora y vigilancia jerárquica: técnicas de coacción subjetiva

Hasta el tercer apartado anterior, hemos visto cómo la *disciplina* distribuye, controla, organiza y combina cuerpos hasta convertirlos en engranajes dóciles de una máquina social. Sin embargo, este andamiaje no se sostiene únicamente en la arquitectura de espacios ni en la organización de tiempos: necesita de técnicas específicas que operen de manera constante sobre los individuos. La *disciplina* no es solo un marco abstracto, sino un conjunto de procedimientos minuciosos que aseguran que la docilidad se produzca, se repita y se mantenga en el tiempo.

Es en este punto donde emergen los instrumentos fundamentales del poder disciplinario: la vigilancia jerárquica, la sanción normalizadora y el examen. Cada uno de ellos encarna una forma concreta de traducir la lógica disciplinaria en prácticas cotidianas: observar sin descanso, corregir lo ínfimo, clasificar lo diverso. Así, el poder se infiltra en los gestos más pequeños y en las conductas más rutinarias, instaurando un régimen en el que ver, comparar y registrar se convierten en operaciones esenciales para gobernar la vida.

De este modo, la reflexión se desplaza: de la anatomía de los cuerpos dóciles a los medios que los hacen posibles. La pregunta que ahora se abre es clara: ¿qué significa que la *disciplina* haya logrado organizar la vida social no tanto por la fuerza del castigo, sino por la

eficacia de estos mecanismos técnicos que actúan de manera invisible, continua y aparentemente inocua?

El tránsito es decisivo. Si hasta aquí hemos visto cómo el poder disciplinario organiza cuerpos, tiempos y fuerzas, el siguiente paso exige descender al nivel de las prácticas que sostienen esa maquinaria. La *disciplina* no funciona por abstracción sino a través de una trama de instrumentos concretos que operan día tras día, fijando, corrigiendo y orientando conductas.

El paso siguiente es atender los instrumentos concretos que permiten que dicho engranaje funcione día tras día, es decir, los medios del buen encauzamiento. En los albores del siglo XVII, Walhausen hablaba de la recta *disciplina* como un arte del buen encauzamiento (Foucault, 2002, p. 175). La fórmula condensa la esencia de lo que distingue al poder disciplinario. A diferencia de las soberanías espectaculares, que se desplegaban en la violencia visible de los suplicios, la *disciplina* actúa de manera calculada y persistente. Su finalidad no es encadenar para inmovilizar, sino enderezar y multiplicar las fuerzas para volverlas útiles. Así, las multitudes confusas y móviles se descomponen en células, identidades y segmentos organizados. Como advierte Foucault, la *disciplina* “fabrica individuos” (2002, p. 175), volviéndolos simultáneamente objetos de conocimiento e instrumentos de poder. No se trata de un poder grandilocuente, sostenido por rituales solemnes, sino de una microfísica constante, que se ejerce en la modestia de técnicas humildes: inspección jerárquica, sanción normalizadora y, sobre todo, el examen. Lo decisivo aquí es que la *disciplina* no se sostiene en un gran gesto único, sino en la reiteración de procedimientos mínimos que, acumulados, logran transformar instituciones enteras.

El ejercicio de la *disciplina*, por lo tanto, descansa en un juego de miradas. Como escribe Foucault, se trata de “pequeñas técnicas de las vigilancias múltiples... unas miradas que deben ver sin ser vistas; un arte oscuro de la luz y de lo visible” (2002, p. 176). Mientras la ciencia óptica exploraba los astros y la física de la luz, en paralelo se fraguaba un saber menor que regulaba cuerpos y conductas, fundando la eficacia invisible del poder disciplinario.

¿No es revelador que, al mismo tiempo que se cartografiaba el cosmos, se estaba también cartografiando la conducta cotidiana de los individuos? Aquí radica la diferencia con lo expuesto en los apartados anteriores: ya no se trata solo de la organización del espacio o de la jerarquía institucional, sino de mostrar cómo la vigilancia se internaliza en los sujetos. Este apartado no repite lo anterior, sino que lo desplaza: pasa de describir arquitecturas visibles de control a examinar el modo en que las miradas múltiples penetran en la vida cotidiana, operando sobre lo más mínimo y subjetivo.

El ejemplo más ilustrativo de esta lógica se encuentra en el campamento militar, concebido como una ciudad artificial levantada con rapidez y pensada como un auténtico diagrama de visibilidad. El campamento militar fue el modelo más acabado de esta lógica: una ciudad artificial, erigida con rapidez, que funcionaba como un diagrama de visibilidad. “El campamento es el diagrama de un poder que actúa por el efecto de una visibilidad general” (Foucault, 2002, p. 177). Cada tienda y pasillo respondía a un cálculo minucioso: “en la plaza de armas, se tiran cinco líneas... todas las tiendas de campaña están a dos pies unas de otras... la puerta mira hacia las mismas compañías” (Foucault, 2002, p. 177). No se trataba únicamente de un orden geométrico, sino de un tejido de miradas entrecruzadas que garantizaban control permanente. Este modelo, aunque militar en su origen, pronto se convirtió en un paradigma de organización para fábricas, escuelas y hospitales: espacios donde la visibilidad jerárquica sustituyó a la coacción directa y volvió legibles a las multitudes.

Pero, más allá de lo geométrico, ¿qué relación guarda este modelo con el ejercicio de castigar? El campamento militar no solo organiza espacios: aplanar las diferencias, normaliza las conductas y vuelve iguales a quienes lo habitan. En él, los cuerpos y las voluntades son integrados en una misma trama de control, donde la *disciplina* se impone como coacción política. De ahí que este modelo, aunque militar en su origen, pronto se convirtiera en paradigma de fábricas, escuelas y hospitales: espacios donde la visibilidad jerárquica sustituyó a la violencia directa y volvió legibles —y por lo tanto gobernables— a las multitudes.

Este principio de visibilidad no quedó restringido al ámbito castrense, sino que se proyectó sobre la arquitectura civil. El hospital, por ejemplo, dejó de ser un simple refugio

de miserables para convertirse en un operador médico: “es, en su materialidad misma, un operador terapéutico” (Foucault, 2002, p. 178). La separación de los enfermos, la ventilación calculada y la circulación del aire eran técnicas arquitectónicas que buscaban al mismo tiempo curar y vigilar, produciendo un espacio sanitario atravesado por la *disciplina*.

La escuela militar siguió el mismo patrón. Los aposentos fueron diseñados como celdas alineadas, con pasillos acristalados que permitían una observación continua: “acristalara ‘la separación de cada aposento del lado del corredor desde la altura de antepecho hasta uno o dos pies del techo’...” (Foucault, 2002, p. 178). Incluso las letrinas fueron construidas con medias puertas “para que el vigilante... pudiera distinguir la cabeza y las piernas de los alumnos” (Foucault, 2002, p. 178). En los comedores, los inspectores se sentaban en un estrado elevado desde el cual podían abarcar con la mirada la totalidad de las mesas. Cada detalle arquitectónico estaba al servicio de la visibilidad, de modo que la vida cotidiana de los alumnos quedaba sometida a una observación constante.

Lo decisivo de estos ejemplos es que muestran cómo la vigilancia jerárquica no opera únicamente como una mirada vertical desde lo alto, sino como una red de observación inscrita en la propia arquitectura. No es casual que Foucault lo resuma como “una maquinaria de control que ha funcionado como un microscopio de la conducta” (2002, p. 178). Hospitales, escuelas, cuarteles y fábricas se convirtieron en lentes sociales capaces de penetrar hasta los gestos más mínimos, volviendo visible lo invisible y legible lo inasible.

El ideal de este orden era claro: “El aparato disciplinario perfecto permitiría a una sola mirada verlo todo permanentemente... ojo perfecto al cual nada se sustrae” (Foucault, 2002, p. 179). Arquitectos como Ledoux imaginaron edificios circulares en los que un punto central concentrara funciones de mando, registro y castigo. En la práctica, sin embargo, la *disciplina* adoptó con mayor frecuencia el modelo piramidal: “lo bastante completa para formar un sistema sin solución de continuidad... y, sin embargo, lo bastante discreta” (Foucault, 2002, p. 179). Con ello, el poder disciplinario oscilaba entre el ideal utópico de una transparencia total y su traducción pragmática en redes escalonadas de control. Como se explicó en el capítulo I, esta formulación encuentra su expresión paradigmática en el modelo del panóptico. Aquí lo retomo no para repetir su funcionamiento arquitectónico, sino para subrayar cómo sus principios —visibilidad, centralidad, distribución de la mirada— tuvieron

resonancias en múltiples espacios. Aquí se muestra cómo estas lógicas de control se trasladaron más allá de la prisión, hacia instituciones como la escuela, el hospital y la fábrica, preparando así el terreno para comprender su vigencia en contextos contemporáneos.

La fábrica moderna ilustra bien esta adaptación. La vigilancia dejó de ser externa o eventual para convertirse en una función permanente del proceso productivo. Los patronos reconocían la necesidad de agentes cuyo papel fuera “vigilar a los obreros, inspeccionar todos los trabajos... que no haya un solo céntimo gastado inútilmente, y que no haya un solo momento del día perdido” (Foucault, 2002, p. 180). La mirada disciplinaria se incorporó así al corazón de la economía, convirtiéndose en una técnica de rentabilidad tanto como de control.

Ya lo he señalado antes al hablar del examen, de la escuela, las fábricas, los cuarteles y de la coacción vinculada a la vigilancia, pero aquí conviene retomarlo para subrayar otra dimensión: la multiplicidad de control que se genera cuando todos vigilan a todos. No se trata solo de la mirada institucional del maestro o del patrón, sino de la red de pequeñas miradas horizontales que, al modo de una comunidad de “chismosos”, convierte a cada individuo en inspector potencial de los otros. Esta lógica produce un efecto claro: la vigilancia ya no depende de un ojo central, sino de la sospecha recíproca que atraviesa la vida cotidiana. En este entramado, la coacción adquiere una nueva forma, pues no solo se ejerce desde arriba, sino también desde los costados; y lo decisivo es que la finalidad sigue siendo la misma: castigar a quien se aparta del orden normativo del espacio.

La escuela elemental siguió la misma lógica. Ante la imposibilidad de que un maestro controlara a decenas de alumnos, se organizó una jerarquía de funciones: “intendentes, observadores, instructores, repetidores, recitadores de oraciones, visitadores” (Foucault, 2002, p. 181). Estos estudiantes-oficiales no solo ayudaban en tareas materiales, sino que constituían un sistema de observación recíproca que convirtió la vigilancia en parte inherente de la pedagogía. La vigilancia, entonces, no se limitaba a una figura centralizada: se multiplicaba en redes de control horizontal y vertical, mostrando que la *disciplina* funcionaba tanto por la mirada del maestro como por la de los propios compañeros.

De este modo, la vigilancia jerárquica no depende de la omnipotencia de un soberano visible, sino de un tejido continuo de relaciones. Como escribe Foucault, se trata de “vigilantes perpetuamente vigilados” (2002, p. 182). Es un poder “múltiple, automático y anónimo”, “absolutamente indiscreto, ya que está por doquier y siempre alerta... y absolutamente ‘discreto’, ya que funciona permanentemente y en silencio” (Foucault, 2002, p. 182). En apariencia menos “corporal”, en realidad es un poder “más sabiamente físico”, sostenido en leyes de óptica y mecánica que gobiernan los cuerpos sin necesidad de violencia espectacular.

En síntesis, la vigilancia jerárquica constituye la primera de las técnicas del buen encauzamiento. Su eficacia no reside en la fuerza del castigo, sino en la organización de miradas distribuidas que convierten cada espacio en un dispositivo de control. Desde el campamento militar hasta la fábrica y la escuela, pasando por hospitales y cuarteles, se revela una misma lógica: lo visible se vuelve legible, y lo legible se vuelve gobernable. La *disciplina* triunfa, no porque un soberano vigile desde lo alto, sino porque todos los cuerpos se hallan expuestos a una mirada que puede surgir en cualquier momento.

Aquí surge una pregunta inevitable: ¿qué sucede cuando esa mirada ya no proviene solo de la autoridad, sino también de los propios compañeros? ¿Qué pasa cuando cada alumno, obrero o soldado se convierte en vigilante del otro? La sospecha recíproca funciona como un mecanismo de control tan eficaz como la vigilancia institucional, porque instala el miedo al señalamiento colectivo. En ese punto la *disciplina* deja de ser un asunto de arquitecturas o jerarquías, y se convierte en una práctica social: todos observan, todos juzgan, todos corrigen. ¿No es esa la clave para entender por qué la vigilancia se vuelve inescapable?

Si la *vigilancia jerárquica* organizaba los cuerpos y los espacios mediante la visibilidad, la *disciplina* dispone de un segundo instrumento fundamental: la sanción normalizadora. Su lógica no apunta a castigar delitos graves, como ocurría en el derecho penal clásico, sino a instaurar una micropenalidad constante que regula las conductas más ínfimas de la vida cotidiana. Lo que está en juego no es la represión espectacular de un crimen, sino la corrección minuciosa de faltas menores: retrasos, descuidos, gestos impertinentes o palabras fuera de lugar. Así, todo comportamiento se vuelve susceptible de corrección.

Lo decisivo de la *vigilancia jerárquica* es que desplaza la función punitiva hacia el detalle, haciendo del castigo una presencia difusa y cotidiana. En el orfanato del caballero Paulet, esta lógica adquiriría la forma de un ritual solemne:

Encontramos a todos los alumnos en orden de batalla, en un alineamiento, una inmovilidad y un silencio absolutos [...] se oye a los testigos; se deliberó, y una vez de acuerdo, el teniente coronel mayor dio cuenta en voz alta del número de los culpables, de la índole de los delitos y de los castigos impuestos (Foucault, 2002, p. 183).

La *sanción* se convertía así en un espectáculo meticuloso, donde los alumnos eran al mismo tiempo actores y espectadores de su propia corrección. Sin embargo, la micropenalidad disciplinaria no necesita de grandes rituales para funcionar. En la escuela, la fábrica o el cuartel, se castigaba el tiempo mal empleado, la falta de aplicación, la incorrección en los gestos, la indisciplina verbal o la indecencia corporal. Como señalaba un reglamento de las Escuelas Cristianas, “con la palabra castigo, debe comprenderse todo lo que es capaz de hacer sentir a los niños la falta que han cometido... cierta frialdad, cierta indiferencia, una pregunta, una humillación, una destitución de puesto” (Foucault, 2002, p. 183). En este marco, incluso los gestos más leves del maestro (un silencio, una mirada, una breve ironía) podían adquirir fuerza sancionadora.

Ahora bien, ¿qué significa todo esto cuando lo miro desde mi presente? Lo que Foucault describe como “frialdad”, “indiferencia” o “humillación” no se agota en el aula o el cuartel del siglo XVIII; son formas mínimas de castigo que siguen vigentes bajo otros nombres. Hoy pueden aparecer en un reporte de Recursos Humanos, en un acta administrativa, o incluso en una “funa” pública en redes sociales. En todos los casos la lógica es la misma: exponer, señalar y corregir al individuo mediante un castigo que no es espectacular, pero sí devastador para su subjetividad. Foucault, sin pretenderlo, nos dio herramientas filosóficas para pensar estos mecanismos de sanción que atraviesan instituciones modernas —desde oficinas de derechos humanos hasta plataformas digitales— y que muestran cómo el poder opera también a través de lo ínfimo.

Este guiño contemporáneo no hace sino reforzar lo que Foucault expone a continuación: lo característico de esta penalidad es que no se orienta al crimen ni a la transgresión excepcional, sino a la desviación respecto de una norma previamente fijada. La *disciplina* no castiga el acto extraordinario, sino la diferencia mínima que marca un desajuste con el estándar esperado. El soldado faltaba cuando no alcanzaba el nivel de instrucción esperado: “tratar con todo el rigor posible al soldado que no había aprendido a manejar correctamente su fusil” (Foucault, 2002, p. 184). De igual modo, el alumno que fracasaba en sus ejercicios era públicamente situado en el “banco de los ignorantes”, quedando marcado por su incapacidad. En este sentido, el castigo disciplinario supone siempre una doble referencia: jurídica, porque aplica un reglamento escrito, y natural, porque mide la duración de un aprendizaje o la eficacia de un gesto como si fueran parámetros objetivos.

En este contexto, la sanción no busca infligir dolor, sino corregir a través de la repetición. Foucault lo ilustra con las palabras de La Salle: los trabajos impuestos como castigo (*pensum*) son, de todas las penitencias, lo más honesto para un maestro, lo más ventajoso y lo más agradable para los padres; permiten obtener, de las faltas mismas de los niños, medios para hacerlos progresar al corregir sus defectos (2002, p. 185). La corrección aparece entonces como una pedagogía de la insistencia: castigar es, ante todo, ejercitar.

Por ello, la *disciplina* no se limita a *castigar*: combina sanciones y recompensas en una economía precisa de la conducta. La corrección negativa y el estímulo positivo funcionan como dos caras de la misma estrategia, siempre bajo un cálculo meticuloso. Los manuales insistían en que el maestro debía recompensar más de lo que castigaba, pero siempre bajo un cálculo riguroso. En las Escuelas cristianas se diseñó un sistema minucioso de puntos y privilegios: “a un escolar, por ejemplo, se le habrá impuesto como castigo la copia de cuatro o seis preguntas del catecismo; podrá librarse de esta penitencia mediante algunos puntos de privilegios... el maestro asignará el número necesario para cada pregunta” (Foucault, 2002, p. 186). La penalidad se convierte así en un mecanismo de administración de la conducta, cifrada en una contabilidad de méritos y deudas: cada acción se traduce en crédito o déficit moral, como si la vida cotidiana pudiera ser reducida a una economía de puntos. En algunas instituciones, como la Escuela Militar, este principio se radicalizó al clasificar públicamente

a los alumnos en rangos visibles que combinaban privilegios y castigos, garantizando así la presión permanente hacia la normalización (Foucault, 2002, pp. 186–187).

En suma, el arte de castigar en el régimen disciplinario despliega operaciones precisas: comparar, diferenciar, jerarquizar, homogeneizar y excluir. Como concluye Foucault: “La penalidad perfecta que atraviesa todos los puntos, y controla todos los instantes de las instituciones disciplinarias, compara, diferencia, jerarquiza, homogeniza, excluye. En una palabra, normaliza” (2002, pp. 188–189). En este sentido, el castigo no es un residuo externo al sistema, sino el procedimiento mediante el cual se producen sujetos normalizados: la sanción deja de ser excepcional para convertirse en la regla que organiza la vida diaria.

Ahora bien, ¿cuál es el dispositivo que condensa en un solo gesto esta vigilancia y penalidad normalizadora? Ese instrumento es el examen. El examen ilustra cómo la *disciplina* pasó de prácticas ocasionales a un régimen constante de observación. En hospitales y escuelas, dejó de validar conocimientos para convertirse en una técnica productiva que generaba saber y disciplinaba conductas al mismo tiempo. No se trataba de confirmar aprendizajes, sino de instaurar un flujo permanente de información: los individuos eran observados, clasificados y convertidos en archivo. Con ello, el poder disciplinario se ejercía de un modo invisible pero eficaz: ya no era el soberano quien debía mostrarse, sino el súbdito quien debía exhibirse sin cesar para garantizar su obediencia. Aquí se revela un giro radical: el examen no solo vigila, también escribe, fija lo singular y lo compara con series colectivas, inaugurando un poder de archivo que correlaciona lo individual con lo poblacional (Foucault, 2002, pp. 191–194).

De este modo, el examen abrió una doble posibilidad: constituyó al individuo como objeto singular de observación y, al mismo tiempo, lo insertó en sistemas comparativos que estimaban desviaciones y fijaban normas. De ahí surge una mutación decisiva: lo que parecía un simple expediente administrativo devino en un dispositivo de saber-poder capaz de producir una ciencia del individuo. Cada persona pasó a ser un “caso”, observado y descrito, donde la vida común adquirió legibilidad política y administrativa. Este proceso marca lo que Foucault llama la inversión de la individualización: en lugar de que el poder se concentre en el soberano, ahora recae con mayor intensidad en los sujetos más vulnerables —el niño, el enfermo, el loco, el delincuente—. Como advierte Foucault, “el poder produce; produce

realidad; produce ámbitos de objetos y rituales de verdad” (2002, p. 198). En esta convergencia de mirada, archivo y norma, la individualidad deja de ser un dato natural para convertirse en una construcción política.

El recorrido de este capítulo mostró que la *disciplina* es un dispositivo complejo cuya eficacia radica en articular espacio, tiempo, cuerpo y saber bajo una misma lógica de poder. En la primera parte vimos cómo los cuerpos dóciles se producen mediante la distribución espacial, el control de la actividad, la organización de la génesis y la composición de las fuerzas: operaciones que transforman al individuo en pieza funcional de un engranaje donde obediencia y utilidad se codeterminan.

En la segunda parte, dedicada a los medios del buen encauzamiento, quedó claro que el poder disciplinario no se agota en el adiestramiento físico: se sostiene en técnicas minuciosas —vigilancia jerárquica, sanción normalizadora y examen— que distribuyen miradas, instauran una micropenalidad de lo ínfimo e imponen un régimen continuo de visibilidad en el que los individuos son simultáneamente objeto de saber y blanco de poder. El examen, en particular, aparece como la técnica paradigmática: condensa vigilancia y sanción, produce archivos, convierte a cada sujeto en “caso” y posibilita el surgimiento de ciencias humanas ancladas en prácticas disciplinarias. La inversión de la individualización —de héroes y soberanos hacia niños, enfermos, locos y delincuentes— muestra que la *disciplina* no solo domestica: produce.

En suma, la *disciplina* no es un apéndice del poder soberano ni un mecanismo auxiliar del Estado moderno, sino una modalidad específica de poder inscrita en las instituciones cotidianas. Su eficacia consiste en transformar la individualidad en objeto y efecto de control. Así, el poder se hace más discreto, pero también más eficaz, menos espectacular pero más constante, menos brutal pero más penetrante: el horizonte de la sociedad disciplinaria. En este sentido, la *disciplina* debe entenderse como una tecnología productiva: fábrica cuerpos útiles y dóciles, genera registros y clasificaciones e instituye realidad. Con ello establece un modo de subjetividad donde lo normal y lo anormal, lo medible y lo corregible se convierten en criterios fundamentales para organizar la vida social.

El panoptismo aparece como la condensación de esa lógica. No se limita a la cárcel ni a la arquitectura penitenciaria: es una fórmula adaptable, aplicable “a todos los establecimientos donde, en los límites de un espacio que no es demasiado amplio, haya que mantener bajo vigilancia a cierto número de personas” (Foucault, 2002, p. 238). Escuelas, hospitales, fábricas y cuarteles funcionan como variaciones de un mismo modelo, donde la visibilidad permanente y la regulación constante fabrican sujetos útiles y dóciles. Lo decisivo de este modelo es que ya no se castiga únicamente el acto, sino incluso la posibilidad del acto; no se espera la transgresión para reprimirla, sino que se la previene, moldeando anticipadamente las conductas. El panoptismo es, en este sentido, una técnica de producción de subjetividades reguladas y previsibles, que convierte a los individuos en fuentes de conocimiento, de registro y de clasificación.

El modelo panóptico, al generalizarse, revela el alcance de la sociedad disciplinaria. “Se puede hablar en total de la formación de una sociedad disciplinaria en este movimiento que va de las disciplinas cerradas [...] hasta el mecanismo indefinidamente generalizable del panoptismo” (Foucault, 2002, p. 249). El paso de instituciones específicas a un tejido social generalizado marca el horizonte de la modernidad: un poder menos visible pero más constante, menos espectacular pero más eficaz, menos brutal pero más íntimo.

La propuesta analítica de este capítulo responde a un diseño personal de investigación: no se trata solo de exponer categorías de Foucault, sino de subrayar ejemplos que considero clave para pensar cómo funcionan el *panoptismo*, la vigilancia, la *disciplina* y la coacción en la constitución de sujetos. Con ello se cierra el análisis histórico-conceptual de la *disciplina*, pero también se abre el puente hacia nuestro presente: Internet, en tanto entramado global, puede pensarse como prolongación de esta lógica bajo la forma de un capitalismo semiótico de plataformas, donde lo que se explota no es únicamente la fuerza física del trabajo, sino la producción simbólica, la atención, los gestos y las interacciones de millones de usuarios.

La pregunta, entonces, queda planteada como punto de partida del capítulo siguiente: ¿de qué manera las técnicas disciplinarias que antaño moldearon cuerpos y espacios se reciclan hoy en la arquitectura algorítmica de las redes sociales, y cómo este nuevo *panoptismo* digital interviene en la construcción de la identidad?

Capítulo III

Del poder disciplinario al poder algorítmico: la reconfiguración digital de la mirada

Introducción

El recorrido realizado hasta ahora mostró cómo el *panoptismo* foucaultiano condensa la lógica disciplinaria moderna: una tecnología de poder que articula espacio, tiempo, cuerpo y saber para producir sujetos dóciles y útiles. El horizonte de la sociedad disciplinaria se sostuvo en la mirada centralizada, continua y potencialmente omnipresente, capaz de interiorizarse en los individuos y volverlos partícipes de su propio control. Sin embargo, este modelo, aunque decisivo, no agota las formas históricas del poder. En la transición hacia la contemporaneidad se produce una mutación de la mirada: de la arquitectura panóptica a un régimen de visibilidad radicalmente distinto, marcado por la hiperexposición, la transparencia y la autoexplotación digital.

El presente capítulo, es el último planteado en esta tesis, tiene como propósito explorar esa transformación, atendiendo al desplazamiento que va del panóptico disciplinario a lo que Byung-Chul Han denomina *la sociedad de la transparencia*, donde la vigilancia ya no se ejerce únicamente desde un ojo central, sino desde la lógica difusa de la autoexposición voluntaria y el control algorítmico. En este contexto, la visibilidad deja de ser impuesta y se convierte en mandato cultural: mostrarlo todo, comunicarse sin reservas y eliminar las sombras de lo privado.

Para comprender esta mutación, será necesario poner en diálogo la teoría foucaultiana con perspectivas críticas contemporáneas. La noción de sociedad de la transparencia en Han será el eje articulador, pero también se recuperarán las advertencias del Colectivo Tiquun sobre la “*máquina social*” que capta y modela la vida, así como las reflexiones de Alberto Constante acerca de la subjetividad en la red. En este mismo marco, figuras como George Orwell con su *Gran Hermano* y Thomas Hobbes con su *Leviatán* permiten mostrar cómo la vigilancia ha sido pensada, desde distintas épocas, a modo de horizonte político de control. Incluso Zygmunt Bauman, con su noción de *modernidad líquida*, ofrece claves para pensar la fragilidad y exposición contemporáneas cuando acontece entre pantallas.

La pregunta que guía este capítulo puede formularse en los siguientes términos: ¿qué permanece y qué cambia cuando el poder de vigilancia se desplaza de la prisión y la fábrica a la pantalla y el algoritmo? En otras palabras, ¿de qué manera el tránsito del *panoptismo* a la transparencia redefine la producción de subjetividades, las formas de control y la experiencia misma de la libertad, y cómo estas lógicas se actualizan en el entorno digital? Las plataformas algorítmicas —entre ellas TikTok— son espacios privilegiados para observar la manera en que la vigilancia se vuelve difusa, participativa y, sobre todo, internalizada. Como veremos en el apartado 3.1 “De la *disciplina* a la transparencia: mutación algorítmica y régimen de luz”, no se trata aquí de un estudio de caso empírico, sino de la reflexión filosófica aplicada, porque desemboca concretamente hacia cómo adolescentes y jóvenes configuran su identidad bajo la presión de la mirada digital: una mirada que no solo observa, sino que clasifica, predice y modela comportamientos a través de la interacción constante.

Del mismo modo, el apartado 3.2, “El yo digital: discusiones en torno a afectos y algoritmos”, profundizará en la manera en que la subjetividad se reconfigura bajo el régimen de la conectividad. Allí se examinará cómo la lógica algorítmica moldea los afectos, organiza la visibilidad y redefine la relación entre el yo, el mí y los ellos. Finalmente, el apartado 3.3, “TikTok y la identidad adolescente en la sociedad de la transparencia”, mostrará cómo estas transformaciones teóricas se concretan en la vida cotidiana de los jóvenes: una subjetividad atravesada por la exposición, la búsqueda de reconocimiento y la vigilancia distribuida que caracterizan el entorno digital contemporáneo.

La hipótesis que guía este capítulo es que el paso del *panoptismo* a la transparencia no implica una ruptura, sino una mutación. El control ya no se impone desde arriba con la fuerza del castigo, sino que opera mediante la exposición voluntaria, la búsqueda de reconocimiento y la circulación incesante de datos. TikTok, en este sentido, funciona como un laboratorio contemporáneo donde se condensan los rasgos de esta nueva racionalidad del poder: un espacio en el que vigilancia, espectáculo y autoexplotación confluyen para producir subjetividades adaptadas a la lógica de la red.

En las páginas siguientes se examinará cómo esta mutación ha sido pensada por Byung-Chul Han, Alberto Constante, Ismene Ithaí Bras Ruiz, Zygmunt Bauman, Thomas Hobbes y

George Orwell, y cómo estas claves teóricas permiten comprender la forma en que la vigilancia y la autoexposición se entrelazan en plataformas como TikTok, especialmente en la vida cotidiana de los adolescentes.

3.1 De la *disciplina* a la transparencia: mutación algorítmica y régimen de luz

¿Qué sucede cuando la mirada ya no vigila desde la torre, sino que habita en el deseo mismo de mostrarse? El tránsito del poder moderno hacia el digital no puede entenderse como una simple sustitución de modelos, y debe abordarse entendido desde sus mutaciones profundas al interior de las lógicas de vigilancia y control. El *panoptismo* descrito por Foucault condensaba la racionalidad disciplinaria de la modernidad: un dispositivo que, al organizar el espacio y regular el tiempo, vuelve visibles los cuerpos para hacerlos dóciles y útiles. En este modelo, el ojo central del vigilante garantizó una mirada potencialmente constante, que al ser interiorizada por los individuos produjo una forma eficaz de autocontrol.

La sociedad que Foucault analiza se ubica entre los siglos XVII y XIX, en la Europa de la modernidad temprana y la industrialización. Es la época en que instituciones como la fábrica, la escuela, el cuartel y la prisión aparecen consolidadas como espacios cerrados donde se entrena, vigila y normaliza a los individuos. Allí, la *disciplina* no solo ordena los cuerpos, sino que también organiza el tiempo y produce sujetos adecuados a las exigencias productivas del capitalismo naciente y al orden político de los Estados modernos.

Con el paso del siglo XX y, con más fuerza, en el XXI, este diagrama disciplinario no desaparece, pero comienza a transformarse en diálogo con nuevas condiciones técnicas, sociales y culturales. La vigilancia deja de estar anclada únicamente en arquitecturas físicas y pasa a desplegarse en medios digitales, redes y *algoritmos*. Es en este punto donde los críticos contemporáneos, como Byung-Chul Han (2013), en su texto *La sociedad de la transparencia*, observa que en la era digital el mandato ya no es “ser vigilado”, sino “mostrarse”. En este régimen, la transparencia se convierte en una exigencia moral y social: la eliminación de toda opacidad o zona de secreto se presenta como signo de libertad, cuando en realidad consolida una nueva forma de control. La exposición permanente se transforma en virtud, y la vigilancia ya no se impone desde una instancia superior, sino que emerge como participación voluntaria. El sujeto, convencido de ejercer autonomía, colabora activamente

en su propia vigilancia, entregando datos, imágenes y rastros de sí mismo en un flujo incesante de información.

El filósofo contemporáneo, Han (2013), observa que, en la era digital, el mandato ya no es “ser vigilado”, sino “mostrarse”: una transparencia total elimina las zonas de secreto y transforma la exposición en virtud. De este modo, el eje de la *disciplina* —la imposición de vigilancia desde arriba— cede ante una nueva racionalidad donde el sujeto participa activamente en su propia vigilancia, entregando datos, imágenes y rastros de sí mismo en un flujo incesante de información.

Nos irradiamos entre pantallas, andamos más digitales que nunca, después del encierro obligatorio por el virus Covid-19, la vida cotidiana se trasladó al brillo de los dispositivos. Las clases se volvieron en línea, los trabajos migraron al *home office*, las reuniones familiares ocurrieron por videollamada y las personas comenzaron a vivir desde las pantallas. Las casas se llenaron de luz azul, y el contacto físico fue reemplazado por la presencia luminosa del otro en una ventana digital.

Este uso excesivo, no implica una ruptura radical con la sociedad disciplinaria, sino su transformación en una sociedad de la transparencia, donde la mirada deja de ser centralizada y se convierte en difusa, algorítmica y omnipresente. En este nuevo escenario, la luz ya no ilumina para revelar la verdad, sino para exponerlo todo. La visibilidad se convierte en mandato y la opacidad en sospecha. En lugar de desaparecer, el poder se disuelve en la claridad, transformando la vigilancia en deseo de mostrarse y la sumisión en participación voluntaria. Desde aquí puede comprenderse el paso hacia lo que Han (2013) denomina régimen de la transparencia, un tiempo en que ser visible equivale a existir.

La sociedad contemporánea ha elevado la transparencia a un ideal ético y político incuestionable, asociándola con la libertad, la democracia y la comunicación plena. Sin embargo, Han (2013) advierte que detrás de esta apariencia luminosa se oculta una nueva forma de coacción: “la transparencia es una coacción sistemática que se apodera de todos los sucesos sociales y los somete a un profundo cambio” (2013, p. 12). Lejos de representar un horizonte emancipador, la transparencia actúa como un principio de control que reorganiza la totalidad de las relaciones sociales bajo la lógica de la visibilidad obligatoria. El mandato

de mostrar cada ápice de la vida privada y pública no constituye una apertura democrática, sino una estrategia de poder que reconfigura los modos de comportamiento y redefine la relación entre sujeto y mirada.

La advertencia de Han (2013) encuentra resonancia en el análisis foucaultiano del diagrama de visibilidad. A lo largo del presente argumento, se dijo exhaustivamente, cómo Foucault (2012) describió el *panoptismo* como una tecnología que produce docilidad mediante la exposición constante del cuerpo, la transparencia digital desplaza esa misma racionalidad hacia un plano más sutil, donde el sujeto ya no es obligado a ser visto, sino persuadido a mostrarse. El puente entre ambos autores implica que la visibilidad deja de ser imposición disciplinaria para convertirse en una exigencia cultural interiorizada: el individuo se ofrece voluntariamente a la mirada, atrapado en una red de exposición continua. En ambos casos, el poder opera a través de la mirada: antes centralizada, ahora difusa y autorreferencial.

Han (2013) señala que este nuevo régimen visual no solo transforma las estructuras del poder, sino también la textura misma de lo social: “la transparencia estabiliza y acelera el sistema por el hecho de que elimina lo otro o lo extraño” (p. 13). Allí donde el panoptismo foucaultiano buscaba corregir la desviación, la transparencia elimina directamente la alteridad, homogeneizando los comportamientos y neutralizando toda opacidad. Con Foucault, las personas sabían que podían ser observadas y eso generaba miedo, incomodidad o *disciplina*. La vigilancia era una presencia que se sentía desde fuera: alguien podía estar mirando, y por eso uno se comportaba. En cambio, en la sociedad de la transparencia de la que habla Han (2013), ese miedo desaparece. La opacidad —lo que antes podía ocultarse o guardarse para uno mismo— se elimina. Ahora todos quieren mostrarse, ser vistos, ser notados. Las redes se llenan de imágenes y confesiones, y cada quien expone su vida creyendo que así ejerce libertad. Pero, sin darse cuenta, esa exposición voluntaria es una nueva forma de vigilancia: ya no hay necesidad de un vigilante externo, porque cada sujeto se ofrece solo, convencido de que mostrarlo todo es sinónimo de ser libre.

Desde esta imposibilidad para alejarse de lo digital, Han (2013) explica cómo la coacción ya no se manifiesta como castigo, sino como supresión de la diferencia: aquello que no puede mostrarse o circular se vuelve sospechoso, improductivo o inexistente. En este punto se hace visible el carácter violento del nuevo régimen de luz. “Esa coacción sistemática

convierte a la sociedad de la transparencia en una sociedad uniformada. En eso consiste su rasgo totalitario” (p. 13). Cuando Han (2013) habla de un régimen de luz, se refiere a una época en la que todo debe ser visible. La luz ya no sirve para iluminar o comprender, sino para exponer. En este sistema, lo que no aparece en la pantalla, lo que no se muestra, parece no existir. La transparencia se vuelve una obligación y la oscuridad, una falta. Por eso Han (2013) dice que este régimen es violento: porque no permite el silencio, la diferencia ni el misterio, y termina por hacer que todos se parezcan, repitan y produzcan lo mismo.

El exceso de exposición lumínica desde el cual funciona la contemporaneidad es negativo, y para Han (2013) no hace al mundo mejor, en cambio, lo destruye. En la era de la transparencia, las cosas no desaparecen en la oscuridad, sino en la obscenidad —en el desbordamiento de su propia visibilidad—. Es fundamental, para Han (2013) entender el paradigma panóptico foucaultiano, el cual funcionaba gracias a un delicado juego entre luz y sombra, el régimen contemporáneo elimina la distancia que hacía posible la percepción. La visibilidad total anula el misterio y convierte la vida en espectáculo. En la transparencia algorítmica, la violencia ya no proviene del ojo que vigila, sino de la luz que todo lo revela; una luz que impone uniformidades radicales, sus lógicas rebasan cualquier arquitectura del encierro.

El paso de ser vigilado, desde una torre de control, hacia la entrega personal, implica mutaciones que inauguran un tipo de sospecha inédito: aquello que se niega a mostrarse, queda marcado como potencialmente desviado; quien se reserva es interpretado como alguien que no pertenece. Han (2013) lo expresa con precisión: “el imperativo de la transparencia hace sospechoso todo lo que no se somete a la visibilidad. En esto consiste su violencia” (2013, p. 31). Lo oculto o lo incomprensible dejan de ser dimensiones legítimas de la experiencia y se convierten en signos de amenaza. En el régimen disciplinario descrito por Foucault, la desviación era objeto de corrección; en el régimen de transparencia, la simple reserva o el secreto se vuelven culpables. La violencia contemporánea no reprime: ilumina. Su poder consiste en forzar a la luz incluso aquello que necesita permanecer en penumbra para conservar su sentido.

En esta transición hacia un régimen de luz, resulta pertinente recuperar la noción de “máquina social” elaborada por el Colectivo Tiqun (2001). Para este grupo filosófico, la

máquina social no es un dispositivo técnico, sino un entramado que capta la vida en todas sus dimensiones —gestos, afectos, relaciones, tiempos de reacción— para volverla productiva. Su poder radica en absorber la energía vital de los sujetos y convertirla en circulación, rendimiento y visibilidad. Esta idea anticipa con sorprendente precisión la lógica de las plataformas digitales: espacios donde cada movimiento, cada emoción y cada interacción se traduce en datos que alimentan un sistema de control sin centro, pero omnipresente. En este sentido, el régimen algorítmico contemporáneo puede entenderse como la actualización informática de aquella máquina social: un mecanismo que captura la existencia y la reconfigura como flujo permanente de información.

Byung-Chul Han (2013) advierte que la transparencia destruye las zonas opacas y productivas de la vida social —la ignorancia, la intimidad, la distancia necesaria para comprender al otro— y con ello anula la posibilidad de lo distinto. Esta lógica se vuelve especialmente visible en la práctica cotidiana de las redes sociales. Tras la pandemia, el brillo de las pantallas ocupó el centro de la vida pública y privada: en 2020, TikTok superó las 315 millones de descargas en solo tres meses, y en México su número de usuarios creció de 4.6 millones en 2019 a más de 85 millones en 2025 (DataReportal, 2025). Gran parte de esa expansión ocurrió entre jóvenes y adolescentes, quienes encontraron en la red un nuevo espacio para ser vistos y reconocidos. En esta cultura de la visibilidad constante, la intimidad se convierte en contenido y la espontaneidad en estrategia de exposición. Lo que antes pertenecía al ámbito privado ahora se ofrece voluntariamente a un público invisible, guiado por *algoritmos* que premian la exposición. Lo que antes pertenecía al ámbito privado ahora se ofrece voluntariamente a un público invisible, guiado por algoritmos que premian la exposición. La transparencia, que prometía comunicación y autenticidad, termina generando uniformidad y dependencia del reconocimiento, anticipando la lógica algorítmica que dominará el análisis siguiente.

¿Es este el fin del panóptico perspectivista? Sostengo que sí, en la medida en que la mirada ya no se ejerce desde un punto fijo, sino desde todas partes, de manera distribuida y voluntaria. Pero esta supuesta liberación revela un nuevo sometimiento: la transparencia ha convertido la libertad de mostrarse en la imposibilidad de ocultarse. “Ahí está la violencia de la transparencia” (Han, 2013, p. 14). La luz absoluta no revela: calcina. Lo que parecía

apertura se vuelve una superficie plana y sin profundidad, donde cada detalle —la rutina, el cuerpo, los afectos, la comida, el estado de ánimo— debe mostrarse o desaparecer. En las redes, lo que no se comparte parece no existir. La transparencia sustituye la coacción del encierro por la coacción de la exposición, transformando el antiguo panóptico de muros en un panóptico de pantallas, donde la visibilidad se confunde con la existencia y la mirada con el deseo.

El exceso de luz señalado por Byung-Chul Han (2013) —en un texto escrito antes de la pandemia— no solo transforma la vigilancia, sino también la manera en que el mundo se vuelve cognoscible. Al disolver las fronteras entre lo público y lo íntimo, la transparencia impone una nueva economía del saber: todo debe mostrarse y convertirse en dato. Durante la pandemia, TikTok superó las 315 millones de descargas en solo tres meses, y su base global pasó de 500 millones en 2019 a más de 1 200 millones en 2025 (DataReportal, 2025). En México, los usuarios aumentaron de 4.6 millones en 2019 a 85 millones en 2025, pasando en promedio una hora y media diaria frente a la plataforma (DataReportal, 2025). Estas cifras revelan una cotidianidad completamente digitalizada: los gestos, los gustos y las emociones se transforman en datos medibles. La transparencia ya no ilumina para comprender, sino para predecir y controlar, configurando la base del poder algorítmico que dominará la etapa siguiente de este análisis.⁵

En esa saturación obscena —esa exposición sin límites donde todo debe verse, compartirse y comentarse— la diferencia no se reprime: se disuelve. La sobreabundancia de información no genera comprensión, sino ruido. El pensamiento pierde su espesor porque ya no hay distancia entre ver y comprender; el conocimiento se reduce a la visibilidad. En esta dinámica, lo que Han (2013) denomina “régimen de luz” produce una ilusión de saber que, paradójicamente, empobrece la experiencia. Todo se muestra, pero nada se entiende. Es aquí donde puede hablarse, en términos críticos, de una estupidez generalizada: una forma de

⁵ Si bien esta discusión epistemológica sigue en desarrollo, no la abordaré en este trabajo. Sin embargo, autores como Franco “Bifo” Berardi, Éric Sadin y Hito Steyerl han explorado cómo la economía del saber produce formas inéditas de pensamiento desde la epistemología contemporánea. A saber, desde 2013 —después de Han— esta discusión se amplió y continúa en evolución.

ignorancia producida por el exceso de transparencia, donde el brillo reemplaza al juicio y la inmediatez al pensamiento.

Frente a esta saturación, Han (2013) reconoce el valor vital de la sombra. En el contexto digital, la opacidad se convierte en un gesto de resistencia: aceptar no verlo todo equivale a preservar la posibilidad de una mirada libre. Sin zonas oscuras no hay profundidad, solo reflejo; sin distancia, no hay pensamiento.

Desde esta perspectiva, la crítica de Han (2013) no solo denuncia un nuevo régimen de poder, sino que interroga las condiciones mismas de la existencia y del conocimiento en la era digital. Esa interrogación conduce inevitablemente a la cuestión de la subjetividad: la exposición permanente convierte la visibilidad en destino y configura un modo de ser donde la apariencia sustituye a la interioridad. Si aceptamos que esta luminosidad continua aturde las posibilidades de generar pensamiento crítico, entonces llegamos ineludiblemente a la cuestión de la mirada vigilante que transforma la subjetividad. Veamos de qué depende.

La sociedad de la transparencia, lejos de inaugurar un tiempo de paz, instituye una nueva forma de guerra. La *luminosidad* que promete armonía es un régimen de violencia silenciosa que prolonga el poder *disciplinario* descrito por Foucault. Ambos autores coinciden en que el poder se ejerce a través de la mirada: en el siglo XVIII, mediante la arquitectura del panóptico; en el siglo XXI, mediante la transparencia digital. Lo que cambia no es la lógica, sino el medio: el foco cambia, la coerción espacial digital da paso a la exposición voluntaria, y la vigilancia vertical se transforma en una red distribuida.

Como vimos en los capítulos anteriores, la red digital no surgió como un espacio de libertad, sino como una extensión de las lógicas de vigilancia y control que Foucault identificó en las sociedades disciplinarias. Desde los primeros hilos de ARPANET, el poder técnico se configuró bajo la promesa de interconectar al mundo, pero también de registrarlo, medirlo y administrarlo. El panóptico arquitectónico de Bentham anticipó la estructura de visibilidad total que, siglos después, las redes digitales harían posible. En ambas formas, el poder se sostiene en la asimetría entre ver y ser visto, en la capacidad de convertir la mirada en dispositivo de orden y obediencia.

Hoy, bajo el régimen de la transparencia descrito por Han (2013), esa asimetría se disfraza de reciprocidad: todos miran y todos son mirados, pero nadie escapa de la lógica del registro. La exposición voluntaria sustituye al encierro, y el consentimiento sustituye al castigo. Sin embargo, la función del poder sigue siendo la misma: producir sujetos visibles, útiles y predecibles. La sociedad digital prolonga la genealogía del panóptico foucaultiano bajo nuevas condiciones técnicas y afectivas. En lugar de torres y muros, hay pantallas y *algoritmos*; en lugar de cuerpos disciplinados, hay identidades que se muestran sin descanso, convencidas de que la visibilidad es sinónimo de existencia.

El panóptico de Jeremy Bentham organizaba la mirada desde una torre central que podía observar sin ser vista. Su eficacia residía en la asimetría: el prisionero, sin saber cuándo era observado, interiorizaba la mirada del vigilante. El panóptico digital, en cambio, no necesita muros ni torre: se sostiene en la hipercomunicación. La vigilancia se ha vuelto participativa y cada usuario deviene a la vez vigilante y vigilado. Ya no estamos encerrados: nos vigilamos a través de la transparencia que producimos —perfiles, datos, huellas—. Lo que antes se imponía como castigo hoy se ofrece como interacción. El sujeto contemporáneo coopera con su propio control, convencido de ejercer libertad.

En Bentham y Foucault, la *disciplina* perseguía una finalidad moral y biopolítica: formar sujetos obedientes, saludables y productivos. En la era digital, esa finalidad se transforma: ya no se exige moralidad, sino rendimiento. El sujeto contemporáneo no se somete por obligación, sino por deseo de eficacia. En este contexto, el cliente transparente se convierte en el nuevo habitante del panóptico: alguien que ofrece su intimidad como materia prima para mantener activa la maquinaria económica del dato. Cada clic, cada búsqueda y cada emoción compartida alimentan un sistema que convierte la vida cotidiana en rendimiento económico. Las plataformas no producen bienes materiales, sino flujos de información que se traducen en capital. Así, la transparencia deja de ser un ideal ético para volverse un engranaje del mercado, donde mostrarse es la forma más eficiente de participar en la economía del control.

Sin poner el énfasis en el cuerpo ni en su capacidad de producción, el *panoptismo* digital no busca ya corregir conductas para extraer de ellas el máximo rendimiento económico, sino preverlas; no impone castigos, sino que ajusta deseos. El cuerpo dócil del

siglo XXI es aquel que se expone para ser calculado, convertido en flujo de información y rendimiento medible.

Este desplazamiento tiene también consecuencias estéticas y existenciales. En la sociedad de la transparencia, la coacción de la exposición entrega todo a la visibilidad y disuelve la singularidad en un intercambio incesante de imágenes. Lo diferente se diluye en la uniformidad de lo visible; la identidad se fragmenta en una secuencia infinita de autorrepresentaciones. La compulsión por mostrarse destruye la distancia que hacía posible la experiencia, “desalejando todo hacia lo uniforme y carente de distancia, que no está cerca ni lejos” (Han, 2013, p. 33). La mirada digital aplanar el espacio simbólico, donde lo íntimo y lo público, lo propio y lo ajeno, se confunden en una misma superficie sin profundidad. Privado de lejanía, el sujeto pierde la posibilidad de contemplar: la experiencia se reduce a contacto y la reflexión a consumo.

Kant había señalado que la imaginación requiere un ámbito de juego, un espacio donde nada esté definido con rigidez. Han (2013) recupera esa idea: “Según Kant, la imaginación se basa en el juego. Está presupone espacios de juego, en lo que nada está definido con firmeza y delimitado con claridad” (p. 37). La transparencia, al exigir claridad absoluta, destruye ese espacio lúdico de la imaginación. El pensamiento se vuelve literal, el arte explícito y la subjetividad incapaz de soñar. La imaginación necesita penumbra; allí donde todo se muestra, nada puede ser imaginado. Esta mutación técnica del poder tiene, sin embargo, un trasfondo moral que hunde sus raíces en la modernidad ilustrada. Conviene detenerse un instante y mirar de dónde proviene esa exigencia de transparencia.

La genealogía de la transparencia como ideal moral remonta al siglo XVIII. En *Las confesiones*, Jean-Jacques Rousseau inaugura la imagen de un corazón transparente como el cristal, un yo que nada oculta y se ofrece al escrutinio de todos. Para Han (2013), lo que en Rousseau era una exigencia espiritual se ha traducido, en el siglo XXI, en un sistema técnico y económico de visibilidad permanente (pp. 40-41).

Para Han (2013), *La sociedad de la transparencia*, la raíz moral de este ideal puede rastrearse en Jean-Jacques Rousseau, especialmente en *Las confesiones* y en sus escritos sobre el teatro. Rousseau rechazó el teatro porque lo consideraba un arte de la desfiguración,

del aparecer distinto de lo que uno es. Para él, toda mediación escénica corrompía la verdad interior. Esa crítica a la máscara anticipa, dos siglos después, la obsesión digital por la autenticidad: mostrarse sin filtros, hablar desde el corazón, ser uno mismo. Pero esta sinceridad obligatoria reproduce la misma paradoja moral: la exigencia de revelar el alma se convierte en una nueva forma de coacción. Cuando la moral de la transparencia se vuelve mandato tecnológico, la intimidad se transforma en rendimiento y la expresión en *dato*.

La ética del corazón puro deviene tiranía. En *Las confesiones*, Jean-Jacques Rousseau exhortaba a no decir ni hacer nada que no pudiera ser visto por todos. Según la lectura que hace Han (2013, p. 41) en *La sociedad de la transparencia*, “Rousseau eleva la transparencia a ideal moral. ‘Me gustaría vivir en una casa de cristal, donde todos pudieran ver lo que sucede en mi interior’”. La casa transparente, metáfora de la vida moral, se ha convertido hoy en la arquitectura real de la existencia digital. Sus muros son perforados por cámaras, redes y *algoritmos* que todo lo registran. Lo que en Rousseau era una exigencia espiritual se ha traducido, en el siglo XXI, en un sistema técnico y económico de visibilidad permanente. Ya no se trata de purificar el corazón, sino de optimizar la atención: el “ojo de Dios” ha sido reemplazado por el ojo del mercado (Han 2013, pp. 40–42).

Han (2013) retoma a Friedrich Nietzsche para contraponer a la moral luminosa de la transparencia la defensa de la profundidad y de la máscara. Frente a la exigencia de mostrarse sin velos, Nietzsche ofrece una réplica radical: “todo lo que es profundo ama la máscara” (p. 41). En esta afirmación, el rechazo a lo superficial no implica desprecio por la apariencia, sino reconocimiento de su necesidad. Para ambos filósofos, la profundidad no existe sin apariencia, sin el juego entre lo velado y lo revelado. La máscara no encubre la verdad: la hace posible, pues preserva el espacio de la ambigüedad y del devenir. La transparencia, al exigir visibilidad absoluta, destruye esa tensión vital entre interioridad y exterioridad. En lugar de conocimiento, surge la obscenidad: “es obscena la hipervisibilidad a la que falta toda negatividad de lo oculto, lo inaccesible y lo misterioso” (Han, 2013, p. 30).

Lo obsceno, como ya se mencionó líneas arriba, no surge de lo oculto, sino del exceso de luz. En la sociedad de la transparencia, lo obsceno ya no es lo prohibido ni lo escondido, sino aquello totalmente expuesto, lo que se muestra sin mediación ni distancia. La visibilidad absoluta anula la profundidad de las cosas y las convierte en superficie disponible para el

consumo. Todo debe aparecer, circular, ser visto. En este sentido, el exceso de luz no revela: devora. La obscenidad es el síntoma de una época que ha confundido la claridad con la verdad y la exposición con la existencia.

En este punto se revela la dimensión política del problema. Bajo su promesa de libertad, la transparencia produce la forma más eficaz de dominación. En la dialéctica contemporánea de la libertad —como señala Han (2013, pp. 92–95)—, “explotador y explotado coinciden, víctima y actor coinciden”. La vigilancia ya no se impone desde afuera: se interioriza como autogobierno neoliberal. El sujeto cree elegir libremente su exposición, pero en realidad obedece al mandato del rendimiento. La transparencia convierte la libertad en obligación, y la participación en control.

En este régimen, todo debe mostrarse, todo debe circular: las emociones se vuelven contenido, las opiniones se transforman en métricas y la vida cotidiana se mide en reacciones, vistas y seguidores. Lo que no se muestra parece no existir. La exposición constante garantiza el movimiento incesante de los datos que alimentan la economía digital. Mostrar y circular son los nuevos verbos del poder: mantener visible el flujo de información es mantener activa la maquinaria del control.

Recapitulemos lo dicho: el desplazamiento del disciplinamiento externo al autogobierno interiorizado consume la transformación del panóptico foucaultiano en una estructura algorítmica de poder. La coacción ya no se percibe: se desea. Como se señaló, Rousseau rechazó la hipocresía y Nietzsche defendió la profundidad; ambos gestos reaparecen hoy en el espacio digital: el primero como compulsión de mostrarse, el segundo como resistencia a la exposición. Entre ambos extremos se juega la posibilidad de una política de la negatividad: una defensa del derecho al secreto, a la sombra y al silencio frente a la tiranía de la visibilidad.

Han (2013) sintetiza esta mutación con una frase decisiva: “en lugar de lo público, se introduce la publicación de la persona. La esfera pública se convierte con ello en un lugar de exposición” (p. 69). La acción común que sostenía la vida pública moderna ha sido reemplazada por la exhibición individual. En plataformas como TikTok, la visibilidad ya no busca el bien común, sino la autopromoción. La comunicación se reduce a mostrarse, y la

política se disuelve en la estética del yo: una esfera pública convertida en escaparate donde cada individuo se ofrece como producto.

El paradigma panóptico se reconfigura bajo esta lógica: el individuo es el producto a ofertar. En el modelo clásico de Bentham, la torre central concentraba la mirada unidireccional del poder; los sujetos, aislados y vigilados, interiorizaban la autoridad. En el panóptico digital, en cambio, la vigilancia se distribuye: no hay centro ni torre. Cada usuario participa del circuito observando y exponiéndose a la vez. La coacción se disuelve en conectividad y la mirada se vuelve red.

Este tránsito implica un cambio de finalidad. En Bentham, la vigilancia respondía a una función moral y biopolítica: disciplinar cuerpos e instruir conductas para sostener el orden del Estado. Hoy, la transparencia no busca moralidad sino rendimiento algorítmico. El sujeto transparente ofrece su intimidad como fuente de datos, convertido en mercancía de sí mismo. La lógica del control ya no apunta al alma —como en Rousseau— ni al cuerpo —como en Foucault—, sino al comportamiento predictivo que garantiza la eficiencia del sistema. La moral se sustituye por la economía.

Desde este contexto, puede afirmarse que el *panoptismo* alcanza su totalización global. Las redes sociales, los motores de búsqueda y el conjunto de plataformas interconectadas conforman un dispositivo planetario que abarca casi toda la vida. Ya no existe un afuera desde donde mirar o resistir: el poder se aloja en el deseo de conexión. El usuario se entrega voluntariamente al ojo digital, convencido de ejercer su libertad. El panóptico se ha expandido a escala mundial y adopta la forma de un mundo cerrado por exceso de luz.

Si algo quedó atrás con el espectro digital, según Han (2013), es la posibilidad de ser sombra, silencio y desconexión. La transparencia digital ya no es cardiográfica —no brota del corazón moral de Rousseau—, sino una visibilidad desnuda que convierte la vida en dato y la intimidad en espectáculo. La visibilidad se ha vuelto capital; el ojo del mercado administra la mirada. Así culmina la mutación foucaultiana: de la *disciplina* del cuerpo al gobierno del alma digital, del castigo al *algoritmo*, del encierro a la exposición.

Desde las lógicas digitales, no hay ruptura, sino continuidad ampliada. El poder ya no vigila desde la torre, sino desde todas partes; ya no castiga, sino que seduce. Al buscar ser visto, el sujeto perpetúa su propio control. La transparencia, bajo su aparente luminosidad, realiza la utopía del panóptico: una vigilancia perfecta sostenida por la ilusión de libertad. En este escenario, el ojo de Bentham se ha disuelto en la red, y la red se ha convertido en el nuevo ojo del mundo.

Convertida en régimen global de visibilidad, la transparencia representa el punto culminante de la mutación del poder: del panóptico arquitectónico a la red algorítmica. Pero este tránsito no solo transforma las estructuras de vigilancia, sino también la constitución misma del sujeto. La exposición constante no es un efecto del sistema, sino su núcleo operativo: produce modos de ser, de percibir y de desear. En esta nueva economía de la exposición, la subjetividad ya no se forma en el encierro disciplinario, sino en la red.

El yo digital no emerge del castigo, sino del *algoritmo*; no se impone desde la obediencia, sino que se alimenta de la participación. La mirada que antes controlaba desde la torre se interioriza en el deseo de mostrarse y en la necesidad de existir a través de la visibilidad. Desde este planteamiento, el siguiente apartado examina —con Alberto Constante— cómo esta economía de la exposición no solo organiza información, sino que fabrica subjetividades: un yo que se comunica para poder ser.

Si el poder en el entorno digital ya no se ejerce principalmente mediante la prohibición o el castigo, sino a través de la participación activa del sujeto, entonces resulta necesario interrogar las condiciones bajo las cuales dicha participación se presenta como voluntaria. En este punto, la noción de consentimiento adquiere un lugar central, pues parece garantizar la libertad del usuario al mismo tiempo que sostiene el funcionamiento mismo de las plataformas. Problematizar este consentimiento permite, por tanto, precisar en qué sentido puede hablarse de una restricción de la autonomía en contextos de interacción digital. La participación de los usuarios en plataformas digitales como TikTok supone, en términos formales, un acto de consentimiento: nadie es obligado de manera directa a crear una cuenta, producir contenido o interactuar con otros usuarios. Sin embargo, asumir que dicho consentimiento equivale sin más a una autonomía plena implica una concepción reducida de la libertad, entendida únicamente como elección individual. Desde una perspectiva filosófica,

la autonomía no se agota en la posibilidad de elegir, sino que requiere condiciones materiales, simbólicas y cognitivas que permitan una decisión reflexiva, informada y reversible.

En este sentido, la interacción en plataformas digitales puede contribuir a la cancelación —o, más precisamente, a la restricción— de la autonomía no mediante la coerción explícita, sino a través de mecanismos que orientan la conducta, modelan el deseo y condicionan la visibilidad. La arquitectura algorítmica, las lógicas de reconocimiento, la cuantificación de la atención y la presión por la exposición permanente configuran un entorno en el que la elección del usuario se encuentra previamente estructurada.

Esta problemática se intensifica en el caso de los adolescentes, cuyo consentimiento se produce en un contexto de formación identitaria, dependencia del reconocimiento social y escaso conocimiento sobre el funcionamiento técnico y económico de las plataformas. En ellos, el consentimiento no desaparece, pero sus alcances son limitados: se trata de una decisión atravesada por la necesidad de pertenencia, la normalización de la vigilancia y la interiorización de criterios externos de valoración. Así, la autonomía no se suprime de manera absoluta, pero sí se ve erosionada, dando lugar a formas de auto-regulación y auto-exposición que responden a dinámicas de poder invisibilizadas por la apariencia de libre participación.

3.2 El yo digital: discusiones en torno a afectos y *algoritmos*

El tránsito de la *disciplina* a la transparencia no solo transforma las formas del poder, sino que redefine las condiciones mismas de la subjetividad contemporánea. Si en el *panoptismo* foucaultiano la mirada externa constituía el eje de control, en la era digital la vigilancia se ha interiorizado bajo la forma de una exposición voluntaria que se actualiza en la trama incesante de interacciones digitales. Como se ha mostrado en el apartado anterior, la transparencia desplaza la coacción hacia el deseo de ser visto; sin embargo, en este apartado voy más lejos y examino cómo ese tránsito reconfigura el núcleo mismo del *yo digital*, articulando afectos, *algoritmos* y formas de reconocimiento.

En esta sección analizo cómo la subjetividad deja de organizarse en torno a la interioridad —como proyecto reflexivo o ético— y pasa a constituirse en el flujo afectivo

que circula entre el mí que se expone y los ellos que lo confirman. El *yo digital* emerge en un ecosistema donde cada gesto, emoción o actualización se encuentra filtrada por estructuras algorítmicas que moldean la visibilidad y condicionan las formas del vínculo. El objetivo central es mostrar que la subjetividad contemporánea ya no puede pensarse sin atender al entrecruzamiento entre afectos y cálculo, es decir, sin reconocer que la economía del reconocimiento y la arquitectura técnica del *algoritmo* actúan como fuerzas simultáneas en la producción del yo.

Bajo esta premisa, el apartado desarrolla tres movimientos: primero, explico cómo las redes configuran un régimen afectivo donde la validación sustituye a la interioridad; segundo, analizo el papel del *algoritmo* como agente simbólico que organiza la experiencia digital; y, finalmente, examino cómo esta articulación entre afecto y cálculo desplaza los modos tradicionales de autonomía y agencia. El yo digital no se comprende sin esta doble dimensión: una afectividad socializada y un *algoritmo* que selecciona, jerarquiza y distribuye aquello que el sujeto puede ver y ser.

En el trabajo académico *Redes sociales, virtualidad y subjetividades*, coordinado por Alberto Constante y Ramón Chaverri (2017), las redes sociales aparecen no como canales neutros de intercambio, sino como entornos simbólicos que reconfiguran la experiencia del yo y los modos de vinculación con los otros. En este marco, la identidad deja de entenderse como una esencia fija para asumir la forma de un proceso incesante de autfiguración, en el que el sujeto produce y modifica su propia imagen en función de las miradas que lo rodean. La subjetividad —ya no estable ni unificada— se convierte en un flujo representacional que se expone, circula y se reactualiza según la lógica de visibilidad que estructura cada práctica digital contemporánea.

El panóptico digital —ya anticipado en la estructura transparente del poder— encuentra aquí su correlato en la subjetividad conectada: un *yo* que se sabe observado, que busca ser visto y que mide su existencia en la respuesta del otro. Las redes sociales articulan entonces una nueva economía del ser, donde la exposición constituye la forma contemporánea de pertenecer.

En este escenario, las transformaciones del poder no solo modifican los mecanismos de vigilancia, sino también las formas en que los sujetos se piensan y se producen a sí mismos. La mirada ya no proviene de un centro único, sino de una red difusa de observaciones, *algoritmos* y pantallas que penetran en los espacios más íntimos de la experiencia. El control, antes dependiente de instituciones visibles, se ha vuelto molecular, imperceptible e inscrito en los gestos cotidianos de la conexión y la autoexposición.

Viviane Bagiotto Botton (2017) en su artículo *Algoritmos, deuda y el empresariado de mí mismo* advierte que esta mutación de la vigilancia coincide con una mutación de la subjetividad. Desde la modernidad, el individuo se concebía como una unidad autónoma guiada por la afirmación del yo racional y libre. En cambio, en el entorno digital, ese yo se fragmenta y da paso a una forma relacional del sujeto: el mí. En las redes sociales ya no importa el yo que piensa, sino el mí que se muestra, el mí que interactúa, el mí que busca ser visto. La identidad se produce como imagen circulante: un flujo continuo de actualizaciones, publicaciones y reacciones.

Bagiotto (2017) interpreta este desplazamiento como el paso de una subjetividad basada en la interioridad a otra fundada en la exposición. En lugar de la conciencia reflexiva, emerge una conciencia conectiva; en lugar del recogimiento, la necesidad de aparecer. Este tránsito no elimina la idea de autonomía, pero la disuelve en relaciones de reciprocidad y validación constante. En este escenario, el sujeto se convierte en un nodo entre otros: una entidad que existe en la medida en que es reconocida, compartida y comentada.

La red, al tiempo que promete libertad, impone un nuevo modo de existencia: uno que sustituye la unidad del individuo por la multiplicidad de los perfiles. Entre el mí y los ellos —los espectadores anónimos, los *algoritmos* de afinidad, las comunidades de interés y consumo— se establece una lógica de afectos y aprobaciones que sostiene la continuidad del yo digital. La subjetividad se convierte, así, en un proyecto de gestión: mantener la visibilidad, sostener la presencia y conservar la coherencia entre las múltiples versiones de sí.

Bajo esta lógica, el poder ya no necesita imponerse desde fuera. La subjetividad digital actúa desde la relación entre el sujeto y su imagen, entre el mí y los ellos que lo confirman.

Este entramado relacional produce una forma de control más sutil y profunda: un control que se ejerce a través del deseo de ser visto y de la ansiedad por no desaparecer del flujo. En este sentido, la red constituye un nuevo régimen de subjetivación en el que la existencia se mide en términos de visibilidad, y donde la permanencia en escena sustituye a las antiguas formas de autonomía.

Edgar Martínez Castillo (2017), en su artículo *Las sociedades abiertas de control en el capitalismo virtual*, explica cómo la figura del *Leviatán* de Thomas Hobbes —planteada originalmente en el tratado político *Leviatán* (1651)— permite comprender un antecedente de esta soberanía invisible que hoy adopta forma digital. Si en el siglo XVII el Leviatán garantizaba el orden político mediante la concentración del poder en un cuerpo soberano, en el siglo XXI la red reproduce ese principio sin necesidad de un monarca. El control se disemina en la multitud conectada: un cuerpo colectivo que se gobierna a sí mismo mediante la obediencia voluntaria a los algoritmos. El yo digital es parte de ese nuevo *Leviatán* reticular, donde la seguridad se obtiene a cambio de transparencia y la libertad se redefine como disponibilidad permanente.

Esta lectura del *Leviatán digital* puede ampliarse desde una perspectiva foucaultiana, en tanto que el poder contemporáneo ya no necesita imponerse por coerción, sino que se infiltra en los procesos de subjetivación, volviéndose inmanente a la propia vida. En este sentido, el *Leviatán* digital no oprime: seduce. Esta mutación del poder —como ya se señaló en el capítulo II a partir de la lectura de Ismene Ithaí Bras Ruiz— confirma que la red funciona como una soberanía invisible que todo lo absorbe y todo lo ve. Tal como advierte Bras (2015), la Web se ha convertido en “el gran *Leviatán* que todo lo devora o el *Big Brother* que todo lo ve y escucha” (p. 93), una entidad controlada por todos y nadie a la vez. Esta caracterización permite comprender que la vigilancia actual no opera desde instituciones visibles, sino desde mecanismos virtuales que orientan la conducta, moldean la subjetividad y producen una sensación simultánea de encierro y libertad, de soledad y acompañamiento, de seguridad e incertidumbre. Desde aquí se hace evidente que la red no solo organiza información: estructura las formas de actuar, percibir y desear, instalando un tipo de control que se ejerce no contra el sujeto, sino a través de él.

Insistir en esta unión es importante, la autoridad soberana se ha disuelto en la lógica de la participación, de modo que la sumisión adopta la forma del deseo de conexión. La vigilancia se traduce en visibilidad, y el deber político se convierte en actualización constante. La promesa moderna de emancipación individual desemboca, paradójicamente, en una servidumbre voluntaria sustentada por el placer de ser reconocido.

En este sentido, la metáfora *hobbesiana* adquiere una dimensión contemporánea: el pacto social ya no se establece entre ciudadanos y soberano, sino entre usuarios y sistema. La red exige obediencia algorítmica a cambio de pertenencia, ofreciendo un tipo de seguridad que no protege, sino que absorbe. Lo que alguna vez fue un cuerpo político se ha transformado en una máquina de registro, donde cada gesto se convierte en dato y cada dato refuerza el dominio del todo sobre las partes. La libertad, entonces, no desaparece: se administra.

George Orwell, en *1984* (1949), llevó al extremo esta transformación al imaginar un poder que ya no necesita justificarse por la ley ni por la soberanía, sino por la vigilancia absoluta. *El Gran Hermano* representa la fusión del *Leviatán* y del panóptico: un poder que no duerme, que todo lo observa, y que convierte la transparencia en instrumento de dominación. Sin embargo, el carácter inquietante de la novela no radica en su ficción totalitaria, sino en su actualidad: el paso de la coerción a la participación. *El Gran Hermano* del siglo XXI ya no se impone; se ofrece como servicio. La mirada no prime desde arriba, sino que circula entre todos: cada usuario es vigilante y vigilado, juez y actor en la escena digital.

En la actualidad, la figura de *El Gran Hermano* se ha desplazado del Estado a la red. El poder vigilante ya no reside en una torre ni en un ministerio, sino en los *algoritmos* y en la mirada colectiva que sostiene el sistema de exposición permanente. La sociedad conectada se ha convertido en su propio mecanismo de vigilancia: la normalización se produce a través de la aprobación, el *like* y el seguir. El poder digital no necesita castigar, porque obtiene obediencia mediante el deseo: deseo de ser visto, de permanecer visible y de existir dentro del flujo.

Este modelo de vigilancia algorítmica, al tiempo que disuelve los límites entre libertad y servidumbre, revela una nueva economía de la subjetividad. El sujeto digital, creyéndose libre, colabora activamente con esta vigilancia distribuida, convirtiendo su exposición voluntaria en una forma de servidumbre gozosa. La transparencia deja de ser un ideal moral y se convierte en un imperativo técnico: no basta con existir, hay que mostrarse; no basta con ser, hay que ser visto.

De este modo, la arquitectura digital del poder reúne tres genealogías clásicas: el *Leviatán* hobbesiano como cuerpo colectivo, el panóptico foucaultiano como estructura de visibilidad y *El Gran Hermano* orwelliano como mirada total. De su convergencia surge un nuevo régimen: el poder algorítmico, que ya no requiere soberano ni cárcel, porque gobierna desde el deseo de conexión. Su eficacia radica en la ilusión de libertad: cuanto más se muestra el individuo, más se ajusta al modelo que lo define.

A partir de la articulación entre *El Gran Hermano* y *El Leviatán* digital, puede señalarse que la red transforma también la manera en que los sujetos se perciben a sí mismos dentro de ella. Las identidades digitales que circulan en estos espacios no corresponden a entidades unitarias ni plenamente reconocibles, sino a fragmentos que se enlazan en flujos colectivos. Alberto Constante (2017) observa que los *algoritmos* refuerzan estas unidades subjetivas no identificables —los *ellos*— que configuran la multitud de las redes sociales. Esa multitud, lejos de componerse de *yos* o *mí mismos*, se constituye como una diversidad inestable, sin centro ni jerarquía, que actúa como un organismo difuso, sin cabeza ni límites precisos.

En este horizonte, la vigilancia deja de tener un rostro único y se dispersa en la trama misma de las interacciones digitales. El poder algorítmico, más que ejercer control sobre los cuerpos, atraviesa las relaciones, los afectos y los modos de aparición del sujeto. Esta disolución del poder centralizado coincide con lo que Ramón Chaverry en su artículo *Autómata y hombre-máquina: Zona de indiferenciación* (2015) describe como la configuración de identidades moldeadas por dispositivos y *algoritmos* que orientan la conducta y delimitan las posibilidades de lo humano en la red:

“La red se conforma de miles de datos, *algoritmos* diversos homogeneizan las subjetividades [...] cada dispositivo y aplicación disponen una manera de opinar, de

relacionarnos, de interactuar. Al así conformarse obtura otras posibilidades de lo humano en la red [...] Ello no es menor, la humanidad se encuentra frente a la simplificación de la subjetividad que, además, ya desde el siglo pasado, se encontraba cruzada por una lógica maquina y el ascenso del autómata” (pp. 42–43).

Desde esta perspectiva, la subjetividad digital ya no se constituye como unidad cerrada, sino como un proceso relacional que emerge en un entorno donde los *algoritmos* estandarizan la expresión, fijan modos de aparición y reducen la experiencia a patrones predecibles.

Dentro de este entramado digital, los *algoritmos* operan como fuerzas de agregación y separación: agrupan perfiles, afinidades e intereses, trazando burbujas invisibles donde el sujeto permanece rodeado por los ellos que lo confirman. De este modo, los *algoritmos* organizan la proximidad y la distancia, definen lo visible y lo oculto, y moldean las condiciones de posibilidad del reconocimiento. Más que una tecnología de control —cuestión que se abordará en el siguiente apartado—, aquí interesa comprender al *algoritmo* como parte del entorno simbólico donde la subjetividad digital se constituye y se reproduce.

Desde esta perspectiva, el *algoritmo* se vuelve un componente decisivo en la configuración de la experiencia digital. Un *algoritmo*, en términos formales, es un conjunto de instrucciones lógicas diseñado para ordenar información, clasificar datos y predecir comportamientos a partir de patrones previamente establecidos. Al operar en las plataformas, estos procesos computacionales delimitan lo que aparece, lo que circula y lo que se vuelve relevante. En consecuencia, lo que el individuo hace o dice en las redes no puede considerarse plenamente autónomo. Cada publicación —una opinión, una imagen o un comentario— forma parte de un flujo preconfigurado por el entorno digital y filtrado por el *algoritmo*. Aquello que creemos expresar como propio es, en buena medida, una reverberación de lo que nos llega desde los ellos que conforman la red y de las selecciones invisibles que el *algoritmo* organiza.

Vivian Bagiotto Botton (2017), en su ensayo *Algoritmos, deuda y el empresariado de mí mismo*, advierte que esta reorganización técnica produce una inversión en la experiencia subjetiva: el individuo deja de actuar como yo —agente que decide y orienta su acción— y comienza a experimentarse como mí, una posición pasiva que recibe, repite y reproduce

aquello que otros, y que los *algoritmos*, determinan como visible. Cuando estamos frente a las pantallas, lo que aparece no es un conjunto neutro de contenidos, sino una selección previamente calculada. Los *algoritmos* funcionan como sistemas de clasificación que analizan el historial de navegación, el tiempo de permanencia, la interacción con imágenes y sonidos, e incluso los patrones de desplazamiento del dedo en la pantalla. Con esos datos construyen perfiles predictivos que deciden qué mostrar, en qué orden y con qué frecuencia. Esta arquitectura técnica transforma la experiencia de autonomía: lo que creemos elegir responde, en buena medida, a un modelo estadístico que filtra y organiza el mundo antes de que podamos percibirlo. (pp. 60-62)

Bajo esta lógica, las plataformas no solo distribuyen información, sino que moldean la forma misma de la atención. Su eficacia radica en la capacidad de anticipar deseos y dirigir comportamientos, produciendo un escenario donde la exposición voluntaria coincide con la dependencia afectiva hacia el flujo digital. Este mecanismo es especialmente visible en aplicaciones basadas en desplazamiento infinito y clips breves —como TikTok— cuyo diseño maximiza la retención a través de *algoritmos* de recomendación hiperpersonalizados. Aunque el análisis específico de la plataforma se realizará en el apartado 3.3, es importante señalar aquí que la elección de TikTok no responde al azar: su arquitectura algorítmica constituye el ejemplo paradigmático de cómo la subjetividad se adapta al ritmo de la visibilidad y al imperativo de la actualización constante.

Entre las múltiples plataformas digitales, TikTok se ha consolidado como una de las expresiones más nítidas de esta subjetividad contemporánea algorítmica. Su estructura reproduce y amplifica la lógica relacional del mundo offline: la necesidad de mostrarse, de pertenecer y de ser reconocido. En ella, los individuos no solo se comunican, sino que ensayan versiones de sí mismos frente a una comunidad global. Cada vídeo, gesto o sincronía con una tendencia representa un acto de autfiguración que busca validación en la mirada colectiva.

El perfil digital funciona como una biografía visual fragmentaria y efímera. A diferencia de las redes centradas en la permanencia, TikTok se sostiene en la fugacidad: unos segundos bastan para condensar una emoción, una idea o un deseo de reconocimiento. Como advierte Yunuen Díaz en su texto *Todo retrato es pornográfico* (2015), el retrato

contemporáneo “descubre, delata, manifiesta y exhibe”; no solo revela un rostro, sino que expone el contexto que lo rodea: el cuerpo, la habitación, los objetos íntimos y las emociones performadas ante la cámara. En TikTok, la privacidad se convierte en escenografía y la intimidad en espectáculo.

TikTok organiza la visibilidad mediante una nueva *disciplina* emocional que regula la manera en que los sujetos aparecen ante los otros. El individuo aprende a calibrar su exposición, a modular su espontaneidad y a ajustar sus gestos para responder a la expectativa estética de una audiencia fluctuante. La mirada ya no proviene de una institución jerárquica, sino de un espectador anónimo cuya presencia se encuentra mediada por el *algoritmo*. Este distribuye la visibilidad, pero la comunidad sanciona con su aprobación o su indiferencia, estableciendo un circuito afectivo donde la validación determina la continuidad del sujeto en el flujo.

La propia plataforma ha transformado sus formatos para intensificar este régimen de visibilidad. TikTok comenzó en 2016 con videos de 15 segundos, amplió después a 60 segundos, luego a 3 minutos (2021) y actualmente permite clips de 10 minutos (2022), una mutación que no responde al azar, sino al interés de prolongar la permanencia del usuario y reforzar el aprendizaje algorítmico. Estos cambios técnicos modifican también el modo de autopresentación: a mayor duración, mayor exigencia narrativa, expresiva y emocional. Este asunto no es menor, porque nos permitirá —en el siguiente apartado— comprender la lógica de la viralidad en el público adolescente, cuya identidad se organiza en torno a estos ritmos de exposición y reconocimiento.

El tránsito hacia videos cada vez más prolongados muestra cómo la fotografía ha sido desplazada como dispositivo central de autovigilancia afectiva: cada publicación opera como un examen público de identidad. El placer de ver y ser visto establece una relación ambivalente de poder: mirar otorga gozo, pero también somete. En el entorno de TikTok, el sujeto experimenta la paradoja de sentirse libre mientras ajusta su comportamiento al lenguaje emocional de la plataforma, un lenguaje que dicta qué aparece, cómo debe aparecer y bajo qué tono afectivo será reconocido.

El lenguaje de las plataformas es diverso y está compuesto por tendencias, filtros, audios y desafíos colectivos que instauran una normatividad implícita: seguir estos códigos garantiza visibilidad; desviarse implica el riesgo de no existir dentro del flujo. De este modo, las dinámicas internas de TikTok configuran una economía de reconocimiento donde la identidad se define por la respuesta del público. Los *likes*, los comentarios y las reproducciones funcionan como equivalentes simbólicos de existencia y operan como medidores afectivos que confirman o disuelven la presencia del usuario. Sin embargo, esta exposición constante produce una nueva forma de vulnerabilidad: la identidad queda sujeta al juicio fluctuante de una audiencia anónima y al cálculo algorítmico que determina su permanencia en el escenario digital.

En este punto, resulta fundamental —para los propósitos de esta investigación— examinar la forma específica que adopta la vulnerabilidad digital y comprender cómo dicha fragilidad incide en la constitución de la identidad. Esta tesis se interesa particularmente en ese proceso, porque la exposición en plataformas como TikTok implica abrir el cuerpo, la voz y la vida cotidiana a una mirada impredecible, masiva y, con frecuencia, cruel. Cualquier fragmento puede ser apropiado, recortado, editado o ridiculizado por audiencias anónimas que operan sin responsabilidad directa. Esta dinámica convierte lo íntimo en material disponible para la circulación pública. Como advierte Gabriela Álvarez en *Instagram. Realidad y presente* (2016), “solo podríamos proteger nuestra privacidad dejando nuestras fotografías en el disco duro y nuestros pensamientos en silencio”; sin embargo, el silencio se vuelve inviable en un entorno donde el reconocimiento depende de la presencia constante y de la actualización permanente. Por ello, esta investigación considera que la identidad digital se configura en la tensión entre el deseo de ser visto y el temor a ser expuesto, una tensión que define la fragilidad del yo contemporáneo.

La advertencia de Álvarez (2016) sobre la fragilidad de la privacidad en línea encuentra resonancia en los planteamientos de Alberto Constante. En su artículo *Seguridad en las redes, un mito que se deshace*, Constante (2017) describe cómo las sociedades contemporáneas se configuran como “sociedades encerradas” (p. 298), caracterizadas por una depresión colectiva cuyos signos son el consumo desbordado, la desigualdad estructural, la hipervigilancia permanente y la normalización de la violencia cotidiana. Según el autor, este

estado de inseguridad no deriva de una amenaza puntual o identificable, sino de una sensación extendida de exposición que atraviesa la vida diaria. La vulnerabilidad digital debe comprenderse, entonces, como parte de un clima generalizado donde los sujetos habitan un entorno que convierte cada gesto, imagen o interacción en un potencial riesgo simbólico.

La reflexión de Zygmunt Bauman en *Miedo líquido: La sociedad contemporánea y sus temores* (2007) resulta imprescindible para profundizar en la lógica afectiva que sostiene esta vulnerabilidad. Bauman (2007) recupera la idea de que el miedo moderno se ha vuelto líquido: un miedo difuso, ubicuo e imposible de localizar, que ya no proviene de un enemigo identificable, sino de la incertidumbre misma. Lo amenazante no es un vigilante concreto, sino la imposibilidad de saber quién observa, qué información circula o cuándo una imagen puede volverse pública. Esta forma líquida del miedo encuentra su expresión cotidiana en las redes sociales, donde la exposición permanente hace que cualquier gesto pueda convertirse en objeto de evaluación colectiva. En plataformas como TikTok, donde la velocidad amplifica juicios, comentarios y reacciones, la vulnerabilidad no aparece como excepción, sino como condición estructural de la sociabilidad digital.

Las redes sociales, como advierte Alberto Constante (2017), constituyen un terreno especialmente fértil para la intensificación de los afectos. En estos espacios se entrelazan el deseo de reconocimiento y el temor al rechazo, la necesidad de mostrarse y la ansiedad por ser juzgado. El usuario oscila entre la exhibición y la defensa, atrapado en una economía emocional donde cada gesto se expone a la mirada impredecible del otro. La identidad se vuelve así un valor sometido a fluctuaciones constantes, determinado por la aprobación momentánea que recibe cada aparición. Esta lógica queda sintetizada en la observación que Constante retoma la idea de José Luis Piñuel en *La construcción de la reputación on line y su vulnerabilidad., e-reputation* (2016), quien describe las redes sociales como “una lonja virtual donde se subasta el valor simbólico de la identidad” (p. 303). En ese mercado afectivo, las imágenes adquieren cotización social según su capacidad para atraer atención y producir reconocimiento, reforzando una subjetividad dependiente de la visibilidad y vulnerable al juicio colectivo.

La vulnerabilidad descrita por los autores citados configura un régimen emocional que produce subjetividades precarias, sostenidas por la exposición constante y la necesidad de

validación. En este marco, la seguridad ya no se define por la protección de la intimidad, sino por la cantidad de miradas que confirman la existencia del sujeto. La lógica afectiva se invierte: aquello que antes debía resguardarse se entrega hoy como garantía de pertenencia. En plataformas como TikTok, esta dinámica adquiere una forma paradigmática: la intimidad se transforma en refugio público y la visibilidad se convierte en una moneda simbólica que determina el lugar del individuo en la comunidad digital.

La vulnerabilidad afectiva asociada a las redes sociales se vincula con una nueva forma de exposición del deseo: el *voyeurismo* digital. Bily López (2017), en su ensayo *Deseo y revolución: en torno al voyeurismo en las redes sociales*, sostiene que los espacios personales del ciberespacio —desde los antiguos foros hasta las plataformas interactivas actuales— han generado una zona ambigua entre lo íntimo y lo público. Cada perfil opera como una ventana desde la cual el sujeto observa y es observado, un ojo de cerradura contemporáneo donde mirar y ser mirado se confunden en un mismo acto que mezcla placer, curiosidad y control. Esta ambivalencia redefine el modo en que los individuos se relacionan con su propia imagen y con la presencia del otro en la esfera digital.

Tal como se examinó en el capítulo anterior a partir de Foucault, el poder disciplinario se sostuvo históricamente en la articulación entre mirada y conducta: ser visto implicaba ajustarse a una norma. Aunque ese modelo se transformó en el entorno digital, su lógica persiste bajo nuevas condiciones técnicas. En este régimen de visibilidad, el usuario participa en un doble movimiento: se protege mediante contraseñas, pero simultáneamente se expone. Las redes convierten la observación en hábito y la intimidad en espectáculo. El deseo de ver se fusiona con la necesidad de ser visto; la curiosidad del *voyeur* se convierte en un modo de autoafirmación. La transparencia deja entonces de ser una virtud moral para convertirse en un impulso erótico y político: ver al otro y ser visto se vuelven gestos fundamentales de la existencia digital.

En las redes sociales, y especialmente en TikTok, la identidad digital se produce en la tensión permanente entre la exposición y la vigilancia. La aparente libertad de mostrarse opera también como una forma de coacción: el sujeto experimenta que solo existe en la medida en que es visto. En este punto, las reflexiones de Byung-Chul Han (2013) adquieren mayor concreción, pues lo que antes se presentaba como una mutación teórica del poder

encuentra aquí su manifestación técnica y afectiva. El yo digital se constituye en la mirada del otro, en la economía de afectos que circula entre el mí y los ellos que lo validan, y en el ritmo algorítmico que organiza esa visibilidad. La exposición constante —visible, afectiva y vigilada— configura el tipo de subjetividad que Han (2013) denomina transparente: una subjetividad que confunde la libertad con la obligación de mostrarse y que sostiene su existencia en el flujo incesante de la visibilidad. Este entrelazamiento entre técnica, emoción y reconocimiento cierra el arco argumental del apartado, mostrando cómo TikTok no solo aloja identidades, sino que las fabrica bajo un régimen de exposición que redefine la experiencia contemporánea del yo.

En este nuevo régimen, el deseo de exposición reemplaza al antiguo deber de obediencia. Lo que antes se ocultaba para preservar el misterio o la interioridad, hoy se exhibe como condición de existencia. La comunicación digital se vuelve inmediata, reactiva, carente de contemplación. “Las imágenes llenas del valor de exposición no muestran ninguna complejidad. Son inequívocas, es decir, pornográficas” (Han, 2013, p. 32). La transparencia, lejos de ampliar el sentido, lo vacía: “va unida a un vacío de sentido” (Han, 2013, p. 32). La saturación de información elimina las pausas necesarias para el pensamiento; la imaginación se asfixia en el exceso de claridad. “El sistema de la transparencia suprime toda negatividad a fin de acelerarse” (Han, 2013, p. 18).

En el libro *La sociedad de la transparencia* Han (2013) no solo redefinió la relación entre poder y comunicación, sino también entre deseo y verdad: transforma la interioridad en superficie y la libertad en exhibición. En ese tránsito —del yo reflexivo al mí visible— se configura la subjetividad contemporánea, moldeada por la mirada de los otros y gobernada por la lógica algorítmica de la exposición: “la sociedad de la transparencia no permite lagunas de información ni de visión, pero tanto el pensamiento como la inspiración requieren un vacío” (p. 17).

En *La sociedad de la transparencia*, Han (2013) no solo redefinió la relación entre poder y comunicación, sino también entre deseo y verdad: transformó la interioridad en superficie y la libertad en exhibición. En ese tránsito —del yo reflexivo al mí visible— se configura la subjetividad contemporánea, moldeada por la mirada de los otros y gobernada por la lógica algorítmica de la exposición. Según el autor, “la sociedad de la transparencia no permite

lagunas de información ni de visión, pero tanto el pensamiento como la inspiración requieren un vacío” (p. 17). La transparencia absoluta elimina ese intervalo necesario para el pensamiento y convierte la experiencia interior en un gesto siempre disponible para la mirada ajena.

Esta ausencia de vacío tiene efectos notorios en las generaciones más jóvenes. En un entorno donde todo debe mostrarse y actualizarse, los adolescentes encuentran cada vez menos espacios para la reflexión, la espera o el silencio. La vida digital sustituye la introspección por la reacción inmediata, el juicio crítico por la repetición de tendencias y la construcción interior por el consumo incesante de estímulos. Muchos jóvenes no conciben estar desconectados, y esa dependencia constante de la pantalla genera un malestar difuso que buscan compensar con entretenimiento, visibilidad o pertenencia. Allí donde todo es cuantificable y visible, el pensamiento parece innecesario; lo importante es permanecer dentro del flujo.

Sin embargo, la subjetividad humana —con su ambigüedad, su inconsciente y su negatividad— resiste toda codificación completa. Como señala Han (2013), “solo la máquina es transparente” (p. 14). El entorno digital, al impulsar a los sujetos a imitar el modelo maquínico, convierte la comunicación en reacción y el deseo en rendimiento. En esta tensión entre la opacidad humana y la transparencia técnica se configura la subjetividad contemporánea: un yo que ya no se conoce a sí mismo, sino que se mide por su capacidad de exponerse. La negatividad humana —ese resto indócil que no se deja capturar por el *algoritmo*— abre la posibilidad de pensar otras derivas, especialmente en el caso de las adolescencias, cuya relación con la plataforma TikTok no puede reducirse a la lógica de la transparencia.

Aunque el diagnóstico de Han (2013) es radical y profundamente crítico, resulta necesario extender el análisis hacia las generaciones que hoy habitan la plataforma con mayor intensidad. Comprender cómo las adolescencias negocian su identidad dentro de un entorno regido por la exposición algorítmica permite cuestionar si la negatividad —aquello que no se muestra, aquello que escapa— ofrece todavía un espacio de resistencia. Esta tesis considera fundamental explorar ese terreno, no para repetir el pesimismo de la transparencia, sino para indicar los caminos posibles para las juventudes por venir. El siguiente apartado abordará,

desde Alberto Constante, cómo esta economía de la exposición fábrica subjetividades que no solo se comunican, sino que existen en la medida en que logran hacerse visibles.

3.3 TikTok y la identidad adolescente en la sociedad de la transparencia

Si en el apartado anterior se analizó cómo la red configura nuevas formas de subjetividad basadas en la exposición y la validación colectiva, en este se abordará cómo tales dinámicas encuentran en TikTok su expresión más intensa. La plataforma condensa los rasgos esenciales de la sociedad de la transparencia descrita por Byung-Chul Han (2013): la autoexposición, la aceleración comunicativa y la supresión de toda negatividad. En ella, la vigilancia deja de ser coerción para convertirse en participación voluntaria; el control adopta la forma de deseo.

Como se dijo en el apartado 3.1, la pandemia de COVID-19 intensificó las dinámicas de visibilidad y encierro propias de la sociedad digital. Bajo el mandato de “quedarse en casa”, el aislamiento físico se transformó en una forma de responsabilidad social. Lo que en otras épocas fueron cuarentenas médicas o confinamientos disciplinarios, se convirtió ahora en una práctica de autoprotección y obediencia voluntaria. La pantalla sustituyó al espacio público: trabajar, estudiar o convivir se volvió inseparable del dispositivo digital.

En ese contexto, TikTok emergió como una de las plataformas más influyentes. Mientras la vida se detenía afuera, la producción de contenido se multiplicó. Millones de usuarios encontraron en la exposición una forma de compañía y en la viralidad una manera de existir. El encierro físico coincidió con la expansión del panóptico digital: cada hogar se transformó en una celda luminosa desde donde se emitían fragmentos de intimidad convertidos en espectáculo.

Sin embargo, la exposición acelerada también reveló el reverso oscuro de la transparencia. TikTok, como otras redes, se convirtió en espacio de riesgo: proliferaron los contenidos inapropiados, la violencia simbólica, las imitaciones peligrosas y la vulnerabilidad de menores ante *algoritmos* que no distinguen entre juego y explotación. Con

la aparición de la inteligencia artificial, estos riesgos se amplifican: los rostros y cuerpos digitales ya no son garantía de verdad, y la visibilidad misma se vuelve simulacro.

En la sociedad contemporánea, el poder ya no necesita ocultarse tras muros ni ejercer coerción directa. La vigilancia se ha interiorizado y estetizado: los sujetos, lejos de resistirse, participan activamente en su propia exposición. En el entorno digital, la mirada panóptica se transforma en deseo de visibilidad. El adolescente digital no teme ser observado, sino no ser visto. Como advierte Han (2013), la transparencia se impone como un imperativo moral y comunicativo: “todo tiene que estar ahí abierto como información, de manera accesible a cualquiera” (p. 118). En este régimen, el ocultamiento se vuelve sospechoso y la opacidad, una falta.

Las redes sociales han convertido la autoexposición en una forma de pertenencia. Lo que en la sociedad disciplinaria era control externo —la mirada del vigilante— se transforma ahora en un control interiorizado, sostenido por el deseo de mostrarse. En lugar de la coacción visible, emerge una auto-vigilancia afectiva: los usuarios, especialmente los adolescentes, se ofrecen voluntariamente a la mirada colectiva para asegurar su lugar en la comunidad digital. TikTok ejemplifica este tránsito de la *disciplina* al rendimiento: filmarse, mostrarse y recibir aprobación inmediata no constituye un deber, sino un placer. El control se disfraza de libertad y el trabajo sobre la imagen se convierte en práctica cotidiana de autoexplotación gozosa.

Este nuevo régimen emocional redefine la experiencia adolescente. En proceso de construcción identitaria, el joven encuentra en TikTok un espacio de experimentación de sí, pero también de vulnerabilidad. La validación que antes provenía del entorno cercano se traslada al espacio digital, donde la mirada anónima y masiva adquiere poder constitutivo. La autenticidad se subordina a la performatividad: ser uno mismo equivale a ser compartible. Han (2013) señala que las comunidades digitales ya no conforman un “nosotros”, sino agregados de individuos aditivos que se agrupan por afinidades, marcas o intereses (pp. 93-94). TikTok encarna este modelo de enjambre: miles de cuerpos conectados que se imitan sin reconocerse. No hay diálogo, sino sincronía; no hay encuentro, sino repetición. Cada adolescente participa en una coreografía global que produce la ilusión de comunidad, pero refuerza el aislamiento. La conexión sustituye el vínculo y la pertenencia se reduce a la participación visible en el flujo.

En esta dinámica, la identidad adolescente se vuelve líquida y contingente. El sujeto no se define por lo que es, sino por lo que muestra. Cada video representa una micro narrativa de existencia que se desvanece en segundos, reemplazada por la siguiente tendencia. El tiempo del *algoritmo* impone una temporalidad sin memoria: el pasado no acumula valor y la permanencia se vuelve irrelevante. La subjetividad adolescente se adapta a esta lógica de actualización constante, donde el olvido no es falla, sino condición estructural. La exposición continua exige control emocional y atención permanente al modo en que se es percibido. El adolescente aprende a modular sus emociones, a editar sus gestos, a encarnar una estética del rendimiento. El ideal de transparencia se traduce en la obligación de mostrarse feliz, productivo y deseable. Ser visible equivale a ser aceptado; desaparecer del flujo, a dejar de existir simbólicamente.

La identidad digital del adolescente se convierte, así, en un proyecto interminable de autoedición. Cada gesto busca reconocimiento, cada mirada ajena se interioriza como criterio de valor. En la sociedad de la transparencia, la libertad se confunde con la exposición y el yo con su imagen. TikTok condensa esta paradoja: ofrece la ilusión de autonomía mientras somete al sujeto al mandato del *algoritmo*. En su aparente espontaneidad se oculta una lógica precisa de control efectivo y productivo. El adolescente, creyendo jugar, trabaja: produce datos, emociones y contenido que alimentan el ciclo de la visibilidad.

El eje de esta nueva economía simbólica no es el trabajo ni el uso, sino la producción de atención. Han (2013) afirma que “el valor de exposición no se debe al uso ni al trabajo, sino a la producción de atención” (p. 26). En TikTok, cada gesto, sonido o imagen se mide en vistas, reacciones y comentarios: el yo se convierte en una microempresa de visibilidad que gestiona su propia marca. Su valor depende de la métrica: lo que no obtiene atención, no existe.

En esta lógica, el rostro humano ha sido transformado en faz. Han (2013) escribe: “la época de Facebook y Photoshop hace del rostro humano una faz que se disuelve por entero en su valor de exposición” (p. 27). TikTok lleva esta disolución a su punto extremo: cada rostro deviene superficie intercambiable donde la identidad se vuelve efecto visual, la faz digital es pura inmanencia: un espejo sin profundidad, transparente y consumible. “La faz, como superficie, es más transparente que aquel rostro que, constituye un lugar donde irrumpe

la trascendencia del otro” (Han, 2013, p. 27). En TikTok, esa trascendencia se evapora: el otro ya no es misterio, sino imagen compartible. La cultura del “me gusta” consolida este régimen de visibilidad inmediata y uniforme: “Las imágenes llenas del valor de exposición no muestran ninguna complejidad. Son inequívocas, es decir, pornográficas” (Han, 2013, p. 32). En esta estética de la claridad y la positividad, la diferencia se vuelve riesgo; la pausa, amenaza al rendimiento.

Bajo esta superficie estética late una lógica económica y geopolítica más amplia: la del capitalismo virtual. Como advierte Edgar Martínez Castillo en su artículo *Las sociedades abiertas de control en el capitalismo virtual* (2017), la digitalización del capitalismo ha producido “un mundo sin márgenes ni límites ontológicos, inmerso en el manejo, recolección, monitoreo y análisis de datos de cualquier tipo” (p. 129). TikTok no solo moldea identidades individuales: forma parte de una infraestructura global de control informacional. Cada interacción, gesto o emoción alimenta una minería afectiva que convierte la experiencia subjetiva en dato comerciable. La vigilancia se disuelve en entretenimiento; el control, en *algoritmo*; la sumisión, en placer.

En este escenario, la subjetividad adolescente se redefine: ser consiste en mostrarse, mostrarse equivale a producir datos, y producir datos significa existir dentro del sistema. La identidad ya no se construye mediante la introspección o el diálogo, sino a través de la curaduría de la propia imagen. El sujeto transparente, incapaz de ocultarse, queda atrapado en un circuito de visibilidad infinita donde la libertad se confunde con exposición y la comunicación con rendimiento. La lógica de la transparencia alcanza aquí su punto culminante: la producción de contenido, la observación y el control se funden en un mismo movimiento. Cada gesto o mirada se registra como dato susceptible de análisis y clasificación. Lo que parece un espacio lúdico se revela como una infraestructura algorítmica de vigilancia y predicción: un panoptismo difuso en el que los usuarios colaboran voluntariamente en su propia exposición.

En este entorno, los datos personales constituyen la materia prima del sistema. Cada video alimenta una red que calcula preferencias, horarios y comportamientos. El *algoritmo* decide qué cuerpos o voces serán visibles. El poder actúa sin coerción explícita: opera mediante la promesa de reconocimiento, manteniendo a los usuarios en un ciclo de

producción y auto observación. La “política de personalización” convierte cada desplazamiento del dedo en una señal interpretada por el sistema. Lo que parece ocio se transforma en un dispositivo que anticipa deseos y regula conductas. La vigilancia ya no se impone desde fuera: habita en el deseo de ser visto y de no desaparecer del flujo.

Este modelo representa la culminación del proyecto moderno de visibilidad total. Si en la sociedad disciplinaria el poder se sostenía en la vigilancia institucional, y en la sociedad de la transparencia en la exposición voluntaria, en TikTok ambas dimensiones convergen: el sujeto se ofrece a la mirada mientras el sistema captura y predice su comportamiento. La coacción adopta la forma del placer de mostrarse: el control se ejerce desde el goce.

En esta economía de la atención, los adolescentes —principales protagonistas de la plataforma— internalizan el *algoritmo* como norma invisible. Las métricas de popularidad sustituyen a los antiguos mecanismos disciplinarios: los *likes* y la viralización actúan como recompensas o castigos simbólicos. Ser visto equivale a existir; no ser visto, a desaparecer del espacio digital. El caso de TikTok revela la continuidad entre autoexposición y vigilancia algorítmica. Lo que antes eran instituciones físicas —la escuela, la fábrica o la prisión— se ha transformado en una arquitectura de pantallas que recompensa la obediencia estética y emocional. En lugar de encierros, existen flujos; en lugar de castigos, invisibilidad. La transparencia deja de ser un ideal moral y se convierte en un mecanismo de gobierno que produce subjetividades dóciles, ansiosas de aceptación y dependientes de la mirada colectiva.

El ideal contemporáneo de seguridad ha sustituido la antigua búsqueda de libertad. En la sociedad digital, el poder se ejerce no solo mediante la observación, sino también a través de la sensación de protección que esa mirada promete. Como advierte Alberto Constante (2015), las cámaras y sistemas de control urbano no han reducido el crimen: funcionan como una cortina de humo que legitima el control social. El sujeto actual, persuadido de que la vigilancia garantiza su bienestar, coopera voluntariamente, ofreciendo datos, imágenes y rastros de sí en cada interacción digital. Esta lógica se amplifica en las redes y alcanza su clímax en TikTok, donde la visibilidad se confunde con seguridad y reconocimiento. El poder algorítmico se presenta como neutral, pero —como advierte Galdon-Clavell (2009)— el “ojo electrónico” encubre un sesgo político: normaliza la vigilancia y la convierte en hábito. El

antiguo miedo al castigo físico se transforma en auto-vigilancia afectiva, sostenida por la promesa de aceptación social.

En esta genealogía del control, la cultura securitaria invade la vida cotidiana. El miedo, antes asociado al enemigo exterior, proviene ahora del propio entorno digital. Cada publicación implica riesgo de exposición y cada dispositivo es una fuente potencial de rastreo. La privacidad se convierte en nostalgia moderna, un eco de la época en que el individuo podía elegir cuándo y ante quién mostrarse. Constante (2015) advierte que este régimen de visibilidad total se articula con una crisis institucional de la modernidad tardía: la tecnología, los intereses económicos y la gobernanza global redefinen las formas de poder. La arquitectura digital genera un espacio de observación continua que disuelve la frontera entre vigilancia estatal y corporativa. Cuanto más crece la sensación de seguridad, más profundamente se entrega la información personal.

El llamado efecto Zuckerberg resume esta paradoja: en 2010 el creador de Facebook proclamó que la privacidad había muerto y que la transparencia era el nuevo valor social. Desde entonces, la exposición se ha convertido en norma de conducta. En TikTok, este principio alcanza su máxima expresión: el usuario entrega su intimidad a cambio de atención y pertenencia, convencido de ejercer libertad mientras reproduce las lógicas del control algorítmico. El resultado es un *panoptismo* transparente, donde el poder actúa sin coerción visible. Las cámaras ya no miran desde las esquinas, sino desde los dispositivos: el sujeto, persuadido de su autonomía, participa activamente en un sistema que mide, clasifica y anticipa sus movimientos. Cuanto más transparente se vuelve el mundo, menos espacio queda para el secreto, la intimidad o la resistencia. La visibilidad se erige como la forma contemporánea de obediencia.

En el horizonte del capitalismo contemporáneo, el control se ha virtualizado. Martínez Castillo (2015) muestra que la digitalización del capitalismo inaugura un dominio que opera sobre la información y la velocidad como fuerzas productivas. Este modelo transforma el espacio social en territorio global donde los flujos de datos sustituyen a los desplazamientos físicos y la vigilancia se ejerce en todas direcciones. La red se ha convertido en campo de batalla geopolítico y emocional, escenario de una guerra silenciosa por la atención, los deseos y los afectos. El sujeto deja de ser ciudadano o consumidor para convertirse en entidad de

datos. La información, columna vertebral del planeta, disuelve las nociones clásicas de límite y soberanía. Lo social se expande más allá del territorio físico y queda gobernado por *algoritmos* capaces de recolectar, medir y anticipar los comportamientos humanos.

TikTok encarna este régimen de control virtual. La plataforma no solo organiza el entretenimiento: captura la atención, extrae datos biométricos, emocionales y conductuales, y los convierte en capital informacional. Cada interacción —un gesto, un me gusta, una pausa— alimenta el sistema de cálculo que traduce la experiencia humana en unidades de valor. TikTok representa la fase más avanzada de lo que Han (2013) denomina psicopolítica digital: un poder que actúa sobre la psique y los afectos, gestionando la libertad como variable de consumo. La velocidad, núcleo del capitalismo virtual, encuentra en TikTok su medio perfecto: los videos de segundos condensan la lógica de un mundo que ya no busca comprender, sino reaccionar. En apariencia, el usuario elige; en realidad, su deseo es preformateado por una estructura invisible que calcula su comportamiento y determina lo que verá después.

En este contexto, la identidad adolescente se configura en un entorno donde autoexpresión y control coinciden. La exposición se percibe como libertad, pero funciona como mecanismo de vigilancia que produce subjetividades previsibles. Los jóvenes no solo crean contenido: son moldeados por la propia plataforma, que observa, mide y retroalimenta sus gestos y emociones. Su deseo de pertenencia y autenticidad se integra en un sistema que convierte cada emoción en dato y cada gesto en mercancía. El capitalismo virtual, en los términos de Martínez Castillo (2015), muestra su auténtica naturaleza: no domina por represión, sino por conexión. Lo que parece comunicación es cálculo; lo que parece libertad, programación. TikTok representa el paso de la vigilancia disciplinaria al control algorítmico: un poder que ya no necesita mirar desde una torre, porque habita en el interior del sujeto.

La mutación de la mirada alcanza su punto extremo en la imagen digital, donde se consume la desaparición de la negatividad. Han (2013) afirma: “en la fotografía digital está borrada toda negatividad, ya que no necesita ni la cámara oscura ni el revelado. No le precede ningún negativo, es un puro positivo” (p. 27). El tránsito de lo analógico a lo digital implica una mutación ontológica: la pérdida del intervalo, de la espera y de la sombra. “La fotografía digital va unida a una forma de vida completamente distinta, que se despoja cada vez más de

la negatividad. Es una fotografía transparente, sin nacimiento ni muerte, sin destino ni sucesos” (p. 28). Esta temporalidad plana coincide con el flujo de videos de TikTok, donde cada imagen emerge y se extingue sin sedimentar experiencia. Roland Barthes, en *La cámara lúcida*, veía en la fotografía analógica la melancolía del ha sido así: el testimonio de lo que fue. Han (2013) retoma esa intuición al señalar que “la tristeza es el temple fundamental de la fotografía, porque da testimonio de lo que ha sido” (2013, p. 28). La imagen digital, por el contrario, carece de pasado y de duelo: celebra solo el presente, la exposición sin resto.

La fotografía tradicional condensaba tiempo y sentido; la digital circula sin narrar. En esa circulación incesante se forma la subjetividad adolescente contemporánea: un yo que ya no relata su vida, sino que la transmite en fragmentos luminosos y efímeros. Cada vídeo o *selfie* sustituye la historia por la inmediatez y el recuerdo por la actualización. En este régimen, la exposición total del yo adquiere una dimensión estructural. Han (2013) lo resume: “En la sociedad expuesta, cada sujeto es su propio objeto de publicidad. Todo se mide en su valor de exposición. La sociedad expuesta es una sociedad pornográfica” (2013, p. 29). TikTok ejemplifica esta pornografía de la transparencia: el cuerpo, el rostro y la emoción se transforman en mercancía de visibilidad. El adolescente aprende a gestionarse como producto, modulando su expresión según la lógica del *algoritmo*. Ser visible equivale a valer; desaparecer del flujo, a dejar de existir.

En la sociedad digital, la exposición se convierte en una forma de explotación voluntaria. Han (2013) lo expresa con precisión: “exposición es explotación” (p. 30). El sujeto ya no es vigilado desde fuera, sino que se ofrece activamente al régimen del rendimiento visual, produciendo contenido, datos y emociones que las plataformas capitalizan como valor económico. La identidad se transforma en energía productiva, y la vida íntima, en insumo de la economía digital. En este contexto, lo invisible pierde todo valor: “lo invisible no existe porque no engendra ningún valor de exposición” (Han, 2013, p. 31). En TikTok, aquello que no alcanza umbrales de atención se hunde en el fuera de plano algorítmico: la sanción ya no es el castigo, sino la invisibilidad. La pertenencia se mide en métricas; la permanencia, en la capacidad de sostener el interés. En este ecosistema, mostrar es obedecer y desaparecer es desobedecer: el sujeto adolescente aprende a calibrar sus gestos al compás del *feed* para no caer en la zona muda del sistema.

En suma, TikTok condensa la mutación de la vigilancia en deseo de visibilidad: convierte la autoexpresión en régimen de rendimiento, capitaliza los afectos como datos y sustituye la coacción por placeres cuantificables. La identidad adolescente se forja en esa tensión: entre autoedición y *algoritmo*, entre autenticidad y marca personal, entre narcisismo y vulnerabilidad. En *La sociedad de la transparencia*, el yo se vuelve faz: superficie gestionable cuyo valor depende de su exposición. Y en ese intercambio —likes por existencia, datos por reconocimiento— se consuma la paradoja contemporánea: la libertad aparece como espectáculo y el control, como atención.

El análisis desarrollado en este capítulo permitió comprender cómo TikTok concentra, en su diseño y en sus dinámicas, las lógicas esenciales de la sociedad de la transparencia. Lejos de ser únicamente una plataforma de entretenimiento, TikTok opera como un laboratorio donde se ensayan las formas contemporáneas de subjetivación: allí se articula la economía de la exposición, se acelera la circulación de afectos y se refinan los mecanismos algorítmicos que orientan la percepción, el deseo y la conducta.

En este marco, el poder panóptico en las plataformas digitales no puede entenderse como una fuerza que opera exclusivamente desde instancias centrales como el Estado, el mercado o las propias plataformas, sino como un entramado de relaciones que se despliega también entre los usuarios. Prácticas cotidianas como el hostigamiento, el acoso o el *bullying* digital muestran que sujetos ordinarios participan activamente en la vigilancia, la sanción y la normalización de las conductas ajenas, reproduciendo criterios de visibilidad, aceptación y exclusión. De este modo, los usuarios no aparecen únicamente como objetos pasivos del control, sino como agentes que colaboran en su funcionamiento al evaluar, señalar y regular el comportamiento de otros. La experiencia del poder se diversifica y se fragmenta, extendiéndose más allá de las estructuras clásicas de lo político para inscribirse en la interacción cotidiana, donde la mirada del otro —multiplicada y permanentemente disponible— se convierte en un operador constante de control y auto-regulación.

A lo largo del capítulo se mostró que la identidad adolescente, lejos de configurarse únicamente en el ámbito privado o en el contacto interpersonal, se produce hoy en un entorno donde la mirada del otro se ha vuelto permanente, móvil y cuantificable. La plataforma captura esta transformación y la intensifica: ser visto equivale a existir; desaparecer del flujo

es una forma de muerte simbólica. La performatividad sustituye a la autenticidad, la actualización continua reemplaza a la memoria y la atención se erige como nuevo principio organizador de la vida emocional.

Si bien las implicaciones psicológicas y afectivas de este fenómeno exceden los objetivos de esta tesis, el recorrido realizado permite dimensionar las tensiones que atraviesan la experiencia adolescente: el deseo de pertenencia convive con el miedo a la exclusión; la sensación de libertad coexiste con un régimen invisible de regulación; la exposición voluntaria se transforma en una forma de autoexplotación afectiva. TikTok no produce estas tensiones, pero sí las amplifica y las hace visibles en su forma más nítida.

Asimismo, se mostró que el funcionamiento algorítmico de la plataforma no puede entenderse solo como una herramienta técnica. En TikTok, el *algoritmo* se vuelve un agente simbólico capaz de moldear expectativas, anticipar comportamientos y regular la aparición del sujeto. La visibilidad se convierte en un bien escaso administrado por un sistema que decide qué cuerpos, voces o gestos adquieren relevancia. En este régimen, la libertad deja de ser una condición y se transforma en un rendimiento: el adolescente no solo se muestra, sino que aprende a mostrarse de acuerdo con las lógicas que garantizan su permanencia en el flujo.

De este modo, TikTok condensa la transición analizada a lo largo de toda la tesis: del *panoptismo* disciplinario al régimen de transparencia algorítmica; de la vigilancia institucional a la vigilancia afectiva; del sujeto que obedece por coerción al sujeto que se ofrece por deseo. En este tránsito se configura una sociedad donde las fronteras entre control y expresión se vuelven borrosas, y donde la visibilidad emerge como el principio articulador de la subjetividad.

No obstante, y pese al carácter exhaustivo del fenómeno, lo aquí expuesto cumple con los objetivos planteados al inicio de este trabajo: describir y analizar los mecanismos esenciales mediante los cuales TikTok interviene en la constitución identitaria adolescente desde el marco de la transparencia. Llevar este análisis hacia sus consecuencias clínicas, éticas o educativas exigiría un estudio distinto y de mayor alcance, pero el presente capítulo deja claros los ejes estructurales del problema.

Finalmente, este cierre prepara el terreno para la conclusión general de la tesis. Allí se retomarán los hilos que han atravesado los tres capítulos —la genealogía de la vigilancia, la arquitectura del poder disciplinario y la mutación algorítmica de la transparencia— para mostrar cómo, en su convergencia, se perfila un régimen de subjetivación propio del siglo XXI. Ese cruce permitirá esbozar posibles derivas y líneas de investigación futuras relacionadas con la identidad y la vida digital contemporánea, especialmente en las generaciones jóvenes.

Conclusiones

Hacia una filosofía digital del poder y la vigilancia

El trayecto desarrollado a lo largo de esta investigación permitió reconstruir una genealogía del poder digital que articula, de manera progresiva, los elementos técnicos, históricos y filosóficos que hacen posible comprender la subjetividad contemporánea. Cada capítulo aportó una pieza necesaria para el análisis final, configurando un recorrido que va de la arquitectura militar de la red, pasa por las tecnologías disciplinarias de la modernidad y culmina en la transparencia algorítmica que caracteriza al ecosistema digital actual.

En el Capítulo I se estableció que la historia técnica de Internet no puede separarse de una historia del poder. El examen de ARPANET —su diseño bélico, su lógica de resistencia al colapso y su capacidad para redistribuir información incluso en escenarios de guerra— mostró que la red nace como un sistema de vigilancia distribuida. El tránsito hacia la Web 1.0, 2.0 y 3.0 reveló que este entramado técnico se convierte, con el tiempo, en una atmósfera cultural capaz de registrar, clasificar y reutilizar cada gesto humano como dato. La red, lejos de ser una herramienta neutra, aparece ya como un espacio donde comunicación y control se entrelazan desde su origen. Este capítulo permitió comprender que la digitalización no inaugura una “nueva vigilancia”, sino que actualiza un impulso inscrito en la lógica misma de la red.

El capítulo II proporcionó las herramientas conceptuales para interpretar esa lógica desde la teoría foucaultiana del poder disciplinario. El análisis de Foucault mostró que la *disciplina* no actúa únicamente mediante castigo, sino mediante la organización minuciosa del espacio, la regulación del tiempo, la vigilancia jerárquica y el examen. Su eficacia reside en producir cuerpos dóciles y subjetividades normalizadas. El *panoptismo*, como diagrama adaptable, condensó estas operaciones y permitió entender el paso de instituciones cerradas a un tejido social donde la visibilidad se convierte en forma de gobierno. Este capítulo hizo posible leer la red digital —analizada en el capítulo I— como continuidad histórica de una racionalidad que fabrica conductas y organiza comportamientos. Comprender esta conexión fue decisivo para el paso siguiente.

El Capítulo III, apoyándose en Byung-Chul Han, Constante, Hobbes, Orwell y Bauman, permitió identificar la mutación contemporánea del poder: del *panoptismo* disciplinario al régimen de transparencia algorítmica. La vigilancia ya no opera desde un vigilante central, sino desde la participación voluntaria. La transparencia se presenta como libertad, pero funciona como coacción luminosa que elimina la opacidad, disuelve la alteridad y convierte la visibilidad en obligación. TikTok apareció como laboratorio privilegiado de esta mutación: una plataforma donde la economía de la exposición, la circulación acelerada de afectos y la intervención del *algoritmo* configuran subjetividades dependientes de la mirada digital. Allí, la visibilidad se vuelve equivalente a existencia, la actualización sustituye a la memoria y la autoexplotación afectiva reemplaza a la autonomía.

En conjunto, los tres capítulos permitieron mostrar un hilo continuo: la infraestructura técnica de Internet (capítulo I) hace posible la lógica disciplinaria (capítulo II), y esta lógica se actualiza en la transparencia algorítmica de las plataformas contemporáneas (capítulo III). Sin el análisis técnico-histórico, no es posible entender la red como espacio de vigilancia; sin el análisis disciplinario, no se comprende la racionalidad del control; sin el análisis algorítmico, no se evidencia cómo esa racionalidad opera hoy en la vida afectiva y subjetiva de los usuarios, especialmente de los adolescentes. La tesis sostiene, así, que la subjetividad digital no es un fenómeno aislado, sino el resultado de una genealogía del poder que atraviesa décadas de innovación técnica y filosófica.

A partir de aquí, más que cerrar el problema, el análisis abre un conjunto de interrogantes que desbordan el marco conceptual establecido y que invitan a pensar la vida digital desde nuevas coordenadas críticas. El recorrido de esta investigación no concluye con un diagnóstico cerrado; por el contrario, abre un conjunto de preguntas que exceden el marco estricto del análisis teórico y señalan la necesidad de seguir pensando la vida digital desde una perspectiva filosófica crítica. Las plataformas, los *algoritmos* y la cultura de la transparencia configuran un escenario que se transforma con rapidez y que, precisamente por ello, exige marcos interpretativos capaces de anticipar sus implicaciones subjetivas, éticas y políticas. Las reflexiones desarrolladas a lo largo de los tres capítulos permiten delinear algunas de estas aperturas.

Una primera apertura se relaciona con la fragilidad de la subjetividad contemporánea. Si el *panoptismo* disciplinario moldeaba cuerpos obedientes mediante la vigilancia jerárquica, la sociedad de la transparencia produce sujetos que interiorizan el mandato de mostrarse y que encuentran en la visibilidad su medida de valor. Esto plantea preguntas urgentes: ¿qué formas de subjetividad pueden emerger en un entorno donde la existencia depende de la exposición?, ¿qué sucede con el espacio interior —la memoria, el silencio, la pausa— cuando la transparencia se impone como norma?, ¿es posible sostener una vida ética en un ecosistema que premia la velocidad y penaliza la reflexión? Estas cuestiones no buscan respuestas inmediatas; su fuerza radica en evidenciar que la digitalidad no solo modifica prácticas, sino también modos de ser.

Una segunda apertura se vincula con las nuevas formas de vulnerabilidad emocional que emergen en plataformas como TikTok. El análisis mostró que la identidad adolescente se construye bajo presiones simultáneas: deseo de pertenencia, miedo a la desaparición del flujo, necesidad de reconocimiento, dependencia de métricas y validación pública. Esto obliga a preguntar: ¿cómo acompañar a las nuevas generaciones en la construcción de una identidad que no dependa exclusivamente de la mirada digital?, ¿cómo sensibilizarlas ante la lógica del *algoritmo* sin caer en discursos moralizantes o tecnófobos?, ¿de qué manera pueden recuperar un vínculo con su interioridad que no esté mediado por la cuantificación del afecto? Estas preguntas no se dirigen únicamente a educadores o especialistas, sino a toda sociedad que participa de las dinámicas de visibilidad.

Una tercera apertura se relaciona con la dimensión política y ética del *algoritmo*. En la medida en que las plataformas anticipan deseos, jerarquizan información y regulan aquello que aparece como relevante, la pregunta ya no es solo técnica, sino normativa: ¿qué criterios deben guiar la regulación de los sistemas algorítmicos?, ¿cómo puede garantizarse que la búsqueda de eficiencia no derive en formas opacas de control?, ¿qué papel debe desempeñar la filosofía en la crítica a estos dispositivos de gobierno que operan sin declararse como tales? Pensar estas cuestiones requiere un trabajo interdisciplinario que cruce teoría política, ética, estudios culturales y filosofía de la técnica.

Finalmente, el recorrido abre una cuarta preocupación, que es también personal y filosófica: la posibilidad misma de la libertad en un régimen de luz. Si, como advierte Han

(2013), la transparencia cancela la negatividad necesaria para el pensamiento; si el *algoritmo* se adelanta a nuestros movimientos; si la sociedad digital premia la exhibición constante, entonces la pregunta emerge con toda su fuerza: ¿podemos escapar del régimen de luz?, ¿qué formas de resistencia son posibles cuando la coacción se experimenta como deseo?, ¿qué significa cuidar de sí en un mundo donde la técnica asume la tarea de decidir, recordar, medir y mostrar por nosotros? Estas preguntas no se resuelven dentro del presente trabajo, pero constituyen derivas fundamentales para la filosofía contemporánea.

En conjunto, estas aperturas muestran que el problema de la subjetividad digital no puede agotarse en diagnósticos pesimistas ni celebraciones ingenuas. Requiere un pensamiento situado, crítico y consciente de los límites de la técnica. La tarea consiste en abrir interrogantes que permitan, más que describir lo que sucede, imaginar otras formas de habitar la red y de relacionarnos con nosotros mismos.

En este punto, la reflexión deja de ser únicamente teórica para volverse también una experiencia situada: comprender el alcance del poder digital implica reconocer la posición desde la cual se piensa, las marcas que la propia vida en la red deja en quien investiga y las tensiones que surgen al intentar pensar críticamente aquello que también nos constituye. El proceso de esta investigación no solo permitió reconstruir una genealogía del poder digital, sino también reconocer la implicación personal que conlleva pensar la vida en la red. A lo largo de este trabajo, comprendí que no es posible analizar la técnica desde una supuesta exterioridad neutral: quienes investigamos estos fenómenos también habitamos la red, somos configuradas por ella y participamos, consciente o inconscientemente, en sus lógicas de visibilidad. Esta constatación transformó la perspectiva desde la cual concebía la pregunta inicial y dio lugar a una reflexión más amplia sobre el papel de la filosofía en el mundo contemporáneo.

Uno de los aprendizajes más significativos fue advertir que la vigilancia digital no es un mecanismo impuesto desde fuera, sino una racionalidad que atraviesa las prácticas cotidianas y se sostiene en dinámicas afectivas y deseos personales. La exposición voluntaria, el impulso de ser vistas, la búsqueda de reconocimiento y la acumulación de métricas forman parte de una economía emocional que no puede explicarse únicamente con categorías técnicas. Este hallazgo me obligó a preguntarme por el papel que yo misma ocupó en ese

régimen de luz ¿Cuánto de lo que creemos “compartir” espontáneamente responde, en realidad, a una estructura que condiciona nuestra manera de existir? Reflexionar sobre ello me mostró que la filosofía no es solo un instrumento analítico, sino un espacio de autointerrogación que exige revisar las propias prácticas.

Otro aprendizaje crucial fue reconocer la vulnerabilidad específica que enfrentan los adolescentes en este ecosistema. Si bien este trabajo no se centró en un estudio empírico, comprender la arquitectura algorítmica de TikTok y el funcionamiento de la sociedad de la transparencia me llevó a cuestionar las herramientas con las que cuentan las nuevas generaciones para habitar un mundo donde la identidad parece depender de la exposición continua. Esta inquietud no surgió solo desde la teoría, sino también desde una preocupación ética:

¿Qué formas de acompañamiento son necesarias para que los jóvenes no queden reducidos a datos, perfiles o performances?, ¿cómo pueden recuperar espacios de interioridad cuando casi toda su vida sucede bajo la luz del *algoritmo*? Estas preguntas acompañaron silenciosamente cada página de la tesis.

Asimismo, este proceso permitió reconocer una tensión que también atraviesa mi propia experiencia: la coexistencia entre el deseo de libertad y la comodidad que ofrece la automatización. A medida que avanzaba la investigación, se volvió evidente que muchas de las funciones que delegamos en la técnica —memoria, decisión, cuidado, organización— constituyen aspectos fundamentales de la formación subjetiva. Esta delegación plantea una pregunta que considero urgente: ¿qué se pierde cuando el esfuerzo de sostener la propia existencia se transfiere a sistemas que deciden por nosotros?, ¿qué queda del cuidado de sí cuando la técnica asume la tarea de pensar, recordar y mostrar? Este cuestionamiento marcó un punto de inflexión en mi comprensión de la filosofía de la técnica.

Finalmente, el camino recorrido me confrontó con una pregunta que, aunque excede los límites de esta investigación, constituye el motor principal de mi búsqueda: ¿cómo recuperar formas de vida que no estén completamente determinadas por la visibilidad, la medición y la eficiencia?, ¿qué significa habitar un mundo digital sin renunciar a la posibilidad de silencio, de opacidad y de misterio? Estas inquietudes no pretenden resolverse

aquí; son, más bien, el impulso que orienta futuras reflexiones y la razón por la que considero indispensable que la filosofía siga interpelando la experiencia digital de nuestro tiempo.

Sin embargo, reconocer estas preguntas también exige asumir las fronteras del propio análisis: toda investigación, incluso aquella que aspira a problematizar el presente, debe delimitar su campo para no diluirse en generalidades. Como toda investigación filosófica situada en problemáticas contemporáneas, este trabajo reconoce los límites que estructuran su alcance. La complejidad del ecosistema digital, la velocidad con la que se transforman las plataformas y la multiplicidad de enfoques posibles obligan a delimitar con claridad aquello que la tesis analiza y aquello que, deliberadamente, queda fuera de su marco.

En primer lugar, este estudio se construyó desde una perspectiva filosófica, no empírica. El análisis se centró en reconstruir genealogías conceptuales —desde ARPANET hasta el *panoptismo* y la transparencia algorítmica— para comprender los marcos de poder que configuran la experiencia digital. No se realizaron entrevistas, análisis estadísticos ni observaciones etnográficas de usuarios de TikTok. Por ello, las conclusiones aquí desarrolladas no pretenden describir exhaustivamente las prácticas reales de los adolescentes, sino ofrecer un marco interpretativo que permita comprenderlas desde una teoría crítica del poder. La falta de un componente empírico restringe la posibilidad de verificar cuantitativamente los efectos subjetivos analizados, pero no invalida su pertinencia filosófica.

En segundo lugar, la tesis no aborda de manera clínica, educativa ni psicológica las implicaciones afectivas del uso de TikTok. Aunque el capítulo III señala tensiones emocionales —dependencia de la visibilidad, autoexplotación afectiva, miedo a la desaparición del flujo— estas dimensiones requieren una aproximación especializada que excede el propósito del presente trabajo. Cualquier intento de explicar los efectos psíquicos de la exposición digital demanda una metodología clínica rigurosa y un campo interdisciplinario que integra psicología, neurociencia y estudios culturales. Aquí se optó por no transitar esos caminos para preservar la coherencia teórica del análisis.

En tercer lugar, la investigación se limitó a un conjunto específico de autores: Bentham, Foucault, Byung-Chul Han (2013), Alberto Constante, Kevin Kelly, entre otros. Si bien estos

marcos ofrecen una base sólida para comprender la mutación contemporánea del poder, también es cierto que dejan fuera otras perspectivas relevantes: feminismos digitales, estudios decoloniales, teorías de la afectividad, enfoques de filosofía política o de economía de plataformas. Integrar todas estas miradas habría hecho imposible sostener la claridad argumental que requiere una tesis de licenciatura, pero constituye una limitación que se reconoce explícitamente.

En cuarto lugar, el análisis del funcionamiento algorítmico de TikTok se realizó desde la interpretación crítica, no desde la ingeniería o la ciencia de datos. Los *algoritmos* de recomendación, sus parámetros técnicos, los sistemas de moderación y los modelos de *machine learning* permanecen como “cajas negras” inaccesibles en su interior. La tesis se centró en su impacto simbólico, político y afectivo, no en su estructura computacional. Esto implica que las conclusiones deben entenderse como análisis fenomenológicos y filosóficos del modo en que el *algoritmo* aparece para el usuario y configura su experiencia.

Finalmente, es importante reconocer un límite temporal inherente a cualquier estudio sobre tecnologías digitales: la velocidad con la que cambian las plataformas. TikTok, como cualquier dispositivo de la Web 3.0, transforma constantemente sus políticas de visibilidad, su interfaz, sus estrategias de retención y sus dinámicas de difusión. Por lo tanto, los fenómenos descritos corresponden al estado contemporáneo de la plataforma, pero podrían reconfigurarse en futuros desarrollos tecnológicos. Este límite no invalida el análisis, sino que subraya la necesidad de una filosofía de la técnica atenta a sus mutaciones permanentes.

En conjunto, estos límites no debilitan la investigación; al contrario, delinean con precisión su lugar. Al circunscribir su objeto y su metodología, la tesis se mantiene fiel a su vocación: ofrecer una lectura filosófica del poder digital y de sus efectos en la constitución de la subjetividad contemporánea.

Ahora bien, asumir estos límites no implica clausurar el campo de reflexión; por el contrario, los vuelve visibles como puntos de partida para nuevas indagaciones que exceden el alcance inmediato de este trabajo y que, sin embargo, se desprenden naturalmente de él. Las reflexiones desarrolladas a lo largo de esta tesis muestran que la configuración digital de la subjetividad constituye un campo que apenas comienza a ser cartografiado. La genealogía

reconstruida —de ARPANET al *panoptismo*, y de éste a la transparencia algorítmica— abre múltiples caminos que no pueden agotarse en el marco de este trabajo. Más que cerrar un problema, la investigación revela la necesidad de ampliarlo, profundizarlo y tensionarlo desde nuevos ángulos. A continuación, se delinean algunas líneas de investigación posibles, no como un programa exhaustivo, sino como derivas que emergen de los límites y preguntas aquí planteadas.

Una primera línea de investigación futura se orienta hacia el análisis empírico y clínico de la subjetividad digital adolescente. Si bien esta tesis abordó el fenómeno desde la genealogía del poder y la filosofía de la técnica, queda abierta la necesidad de estudiar cómo viven los adolescentes la presión de la visibilidad, cómo experimentan el deseo de aparecer, qué estrategias desarrollan para sostener su identidad en plataformas como TikTok y qué consecuencias emocionales o corporales emergen de estas dinámicas. El cruce entre psicología, fenomenología y filosofía política podría ofrecer herramientas para comprender los efectos psíquicos de la exposición permanente y de la autoexplotación afectiva que caracteriza a la sociedad de la transparencia.

Una segunda deriva apunta hacia la ética del *algoritmo* y la filosofía política de las plataformas digitales. Este trabajo mostró que los sistemas de recomendación operan como agentes simbólicos capaces de moldear conductas, anticipar deseos y regular la aparición del sujeto. Sin embargo, aún falta explorar cómo estas estructuras intervienen en la formación de criterios normativos, qué modelos de justicia o equidad pueden aplicarse a *algoritmos* opacos y qué tipo de regulación democrática sería compatible con la velocidad y escala del capitalismo de plataformas. Aquí se abren campos de estudio que van desde la gobernanza algorítmica hasta la filosofía del derecho y la teoría crítica contemporánea.

Una tercera línea se relaciona con la crítica filosófica de la transparencia como paradigma cultural. Si, como sostiene Han (2013), la transparencia se ha convertido en un régimen de luz que elimina la alteridad y cancela la negatividad necesaria para el pensamiento, entonces resulta imprescindible investigar cómo preservar espacios de interioridad en un mundo que exige exposición constante. Este camino podría dialogar con tradiciones fenomenológicas, hermenéuticas y existenciales para pensar el papel del silencio, del secreto, de la lentitud y de la opacidad en la constitución de un sujeto libre. La pregunta

por la libertad —en un contexto donde el *algoritmo* actúa como tutor invisible— es un desafío que la filosofía apenas comienza a abordar.

Una cuarta línea de investigación futura surge de la necesidad de reconfigurar las categorías clásicas del poder a partir de la experiencia digital contemporánea. El *panoptismo* foucaultiano permitió comprender la modernidad disciplinaria, pero las plataformas actuales exigen repensar categorías como vigilancia, normalización, gobierno, resistencia y subjetivación. Proyectos futuros podrían explorar continuidades y rupturas entre las formas disciplinarias, biopolíticas, psicopolíticas y algorítmicas del poder. Del mismo modo, sería pertinente estudiar cómo los cuerpos —ya no solo los datos— siguen siendo gobernados en un ecosistema donde la frontera entre vida física y vida digital se vuelve cada vez más tenue.

Finalmente, una quinta línea se orienta hacia la educación digital crítica, no entendida como alfabetización tecnológica, sino como formación filosófica para habitar la red. Si la subjetividad se constituye hoy en entornos mediadores, acelerados y transparentes, es urgente reflexionar cómo enseñar a pensar en un mundo que premia la inmediatez; cómo recuperar la pregunta, el asombro y la pausa; cómo formar sujetos capaces de resistir las lógicas de autoexposición y de mantener un vínculo reflexivo con su experiencia. Estas preguntas atraviesan a familias, instituciones, comunidades y, sobre todo, a los propios jóvenes que habitan y producen la cultura digital actual.

Estas derivas no buscan ofrecer respuestas cerradas. Señalan, más bien, que la reflexión filosófica sobre la técnica y la subjetividad debe continuar ampliándose, tensándose y reelaborándose a medida que las tecnologías transforman el mundo y nuestras formas de estar en él. La filosofía —si quiere seguir siendo contemporánea— debe pensar estos desafíos con rigor, con imaginación y con la conciencia de que la vida digital no es un dominio externo al pensamiento, sino el territorio mismo desde el cual pensamos hoy.

Desde esta perspectiva, el problema deja de ser únicamente técnico o conceptual y se convierte en una interrogación sobre las posibilidades mismas del pensamiento en un mundo saturado de luz. Ahí surge la pregunta por el papel de la filosofía frente a un escenario donde la visibilidad se impone como norma y donde la interioridad corre el riesgo de extinguirse bajo las lógicas del *algoritmo*. El análisis desarrollado a lo largo de esta tesis mostró que la

digitalización no solo transforma las prácticas sociales, sino también las condiciones mismas de la subjetividad. La transparencia algorítmica produce un modo de existencia donde la exposición permanente se vuelve norma y donde el deseo se confunde con el rendimiento. En este escenario, la pregunta por el lugar de la filosofía se vuelve urgente: ¿qué puede ofrecer el pensamiento crítico frente a un régimen que convierte la visibilidad en destino y que anestesia la interioridad bajo la luz del *algoritmo*?

La primera tarea de la filosofía consiste en desacelerar la experiencia. En un entorno digital que premia la inmediatez, la filosofía introduce pausa, distancia y sospecha. Recupera el tiempo del pensamiento frente al flujo incesante de imágenes, opiniones y afectos. Esta desaceleración no es un gesto contemplativo, sino un acto de resistencia: permite sustraerse momentáneamente a la compulsión de aparecer, interrumpir la lógica de la autoexplotación y recordar que no todo lo real se deja capturar por métricas. El pensamiento se vuelve así una forma de cuidado de sí, una reapropiación del tiempo frente a dispositivos que buscan anticiparlo y regularlo.

En segundo lugar, la filosofía ofrece una crítica de la visibilidad, necesaria en un mundo que identifica ser con mostrarse. Interrogar la transparencia implica preguntarse por aquello que debe permanecer invisible para que el sujeto pueda existir plenamente: la intimidad, el silencio, la contradicción, la duda. La filosofía señala que la opacidad no es un defecto, sino una condición de libertad. Allí donde el régimen de luz exige claridad total, la filosofía reivindica la sombra como espacio de creación, de protección y de disidencia. Frente a la exigencia de mostrarse, la filosofía recuerda que también es legítimo —y necesario— sustraerse.

En tercer lugar, la filosofía actúa como contrapeso crítico ante la automatización del juicio. El *algoritmo* organiza el mundo por nosotros, filtra lo que vemos, orienta nuestras preferencias y decide lo que aparece como relevante. Su intervención, aunque invisible, produce una forma de tutela que amenaza con diluir la autonomía. La filosofía, en cambio, exige preguntarse por los criterios, los fundamentos y las consecuencias de esas decisiones automatizadas. Recupera la capacidad de discernir, de interrogar y de actuar no desde la reacción inmediata, sino desde la comprensión crítica. Allí donde el *algoritmo* ofrece comodidad, la filosofía devuelve responsabilidad.

En cuarto lugar, la filosofía permite habitar el conflicto, algo que la cultura digital tiende a suavizar mediante la homogeneización algorítmica. El pensamiento no evita el desacuerdo, sino que lo convierte en condición del diálogo y de la diferencia. Frente a plataformas que refuerzan burbujas afectivas y reducen la diversidad de perspectivas, la filosofía mantiene abierta la posibilidad de confrontar lo distinto sin neutralizarlo. Esto es especialmente relevante para las nuevas generaciones, cuyas identidades se forman en entornos donde la validación instantánea sustituye la reflexión y donde la disonancia se experimenta como amenaza.

Finalmente, la filosofía abre la posibilidad de imaginar otros modos de existencia digital. No se trata de negar la técnica ni de volver a ideales pre-digitales, sino de preguntarse cómo diseñar, habitar y pensar las tecnologías desde un horizonte que incluya libertad, cuidado, interioridad y límite. La filosofía no ofrece soluciones inmediatas ni recetas morales, pero sí una orientación fundamental: recordar que la técnica nunca debe sustituir la capacidad humana de preguntarse por el sentido. Allí donde la transparencia pretende clausurar el misterio, la filosofía preserva el derecho a lo no dicho; allí donde el *algoritmo* busca anticipar la conducta, la filosofía mantiene abierto el espacio de lo imprevisible.

En este sentido, la filosofía no es solo una herramienta para comprender la digitalidad: es una práctica de resistencia ontológica. Resiste la reducción del sujeto a dato; resiste la equivalencia entre visibilidad y existencia; resiste la captura afectiva que convierte el deseo en un producto calculable. Pensar críticamente —preguntar, dudar, interrumpir, tensar— es ya un modo de oponerse a la lógica que quiere transparentarlo todo. En un mundo gobernado por la luz, la filosofía recuerda que la sombra también es necesaria para que haya figura, que el silencio también es condición de palabra y que la libertad no puede reducirse a la eficiencia con la que nos mostramos.

Así, la filosofía emerge como la salida posible frente al régimen de luz: no para escapar de la técnica, sino para habitarla de otro modo; no para rechazar el mundo digital, sino para reconfigurar la relación con él; no para cancelar la transparencia, sino para restituir la posibilidad del límite, del secreto, de la pregunta y del cuidado.

Desde esta posición, el pensamiento filosófico no aparece como un cierre, sino como un gesto que permite volver sobre el camino recorrido y comprender su alcance: lo que se ha desplegado en estas páginas no es solo una descripción de transformaciones técnicas, sino la reconstrucción de un proceso histórico que redefine las formas de poder y la manera en que los sujetos se constituyen en la era digital. El recorrido realizado a lo largo de esta tesis permitió comprender que la digitalización no es simplemente un cambio tecnológico, sino un acontecimiento histórico que transforma la estructura del poder y la experiencia íntima de la existencia. En este trayecto, Internet dejó de aparecer como herramienta neutral y se reveló como una arquitectura que organiza la visibilidad, administra el deseo y captura la vida en su mínima expresión. El *panoptismo* disciplinario, lejos de quedar atrás, se reconfigura en una transparencia que no vigila desde un centro, sino desde la participación continua de quienes habitan la red. TikTok, en este sentido, no fue objeto de análisis por ser una moda pasajera, sino porque en su funcionamiento se condensan las dinámicas esenciales del régimen contemporáneo de luz.

El poder que se despliega en este ecosistema ya no se ejerce mediante prohibiciones explícitas, sino a través de la aceleración, la exposición y la afectividad. El sujeto, más que vigilado, es convocado a mostrarse; más que obedecer, desea aparecer; más que ser disciplinado, se somete a la lógica de la eficiencia emocional. Esta transformación no elimina el poder, sino que lo vuelve más íntimo: opera desde dentro, desde aquello que sentimos como propio. Y es precisamente esta interiorización lo que vuelve urgente una reflexión filosófica capaz de interrogar lo que damos por evidente.

El problema que emerge no es únicamente político o cultural, sino ontológico: ¿qué tipo de ser humano se forma en un entorno donde todo debe ser visible, donde la memoria es tercerizada, donde el deseo se calcula y donde la identidad depende de un flujo continuo de atención? Esta pregunta excede las plataformas, los *algoritmos* y las interfaces. Interroga la posibilidad misma de ser en un mundo saturado de luz. Allí donde el régimen digital clausura la sombra, la filosofía recuerda que toda existencia necesita un espacio de reserva; allí donde la transparencia exige mostrarse sin interrupciones, el pensamiento propone la pausa; allí donde la inmediatez pretende sustituir la comprensión, la reflexión insiste en la lentitud.

Esta investigación no ofrece una receta para resolver los problemas planteados; hacerlo implicaría reducir la complejidad de aquello que está en juego. Lo que ofrece es un modo de situarse frente a ellos: reconocer la genealogía del poder digital, comprender su continuidad histórica, identificar sus mutaciones contemporáneas y asumir que el sujeto no es un espectador pasivo, sino un participante implicado en la dinámica que le constituye. Pensar este entramado es una forma de recuperar agencia en un mundo que parece diseñado para anticipar cada gesto.

El futuro digital seguirá transformándose con rapidez. Nuevas plataformas, nuevos dispositivos y nuevas formas de visibilidad reconfigurarán las prácticas sociales y afectivas de las próximas generaciones. Sin embargo, más allá de cualquier innovación técnica, permanecerá abierta la misma pregunta: ¿cómo habitar la red sin desaparecer en ella?, ¿cómo ser sin ser completamente visible?, ¿cómo mantener la intimidad cuando la exposición se vuelve norma?, ¿cómo sostener la libertad cuando el deseo es capturado por arquitecturas que se presentan como neutras?

La filosofía no responde estas preguntas de manera definitiva; su tarea es mantenerlas vivas. Allí radica su potencia: en conservar la inquietud cuando todo invita a la aceleración, en preservar el misterio cuando la transparencia exige claridad total, en sostener el pensamiento cuando el *algoritmo* reclama inmediatez. Frente al régimen de luz que caracteriza al presente, la filosofía no se retira: ilumina lo que la luz excesiva oculta y abre un espacio para imaginar otras formas de existencia digital.

Este cierre no marca un final, sino un comienzo. La comprensión alcanzada aquí constituye un punto de partida para futuros interrogantes, investigaciones y resistencias. La vida digital seguirá expandiéndose, pero también lo hará la necesidad de pensarla. En esa tarea —crítica, paciente y rigurosa— la filosofía conserva su vigencia.

Glosario

Algoritmo

Conjunto finito y ordenado de instrucciones o reglas que permiten resolver un problema o realizar una operación. En el ámbito digital, los *algoritmos* son procedimientos automatizados que procesan datos, reconocen patrones y generan resultados o decisiones sin intervención humana directa. Su papel en las plataformas digitales es fundamental, ya que determinan la visibilidad de los contenidos y la configuración de la experiencia del usuario.

Algoritmo de recomendación

Sistema informático basado en inteligencia artificial que analiza los datos de comportamiento del usuario —búsquedas, clics, visualizaciones— para ofrecerle contenidos personalizados. En redes como TikTok o YouTube, estos *algoritmos* modelan la atención y refuerzan la lógica de la autoexposición y del control predictivo.

Autoexposición

Proceso mediante el cual los sujetos muestran voluntariamente aspectos de su vida privada en entornos digitales. En la sociedad de la transparencia, la autoexposición se convierte en una práctica cultural y económica que sustituye la vigilancia coercitiva por la participación voluntaria, generando una forma de poder interiorizada.

Big Data

Conjunto masivo, diverso y dinámico de datos generados de manera continua por la actividad digital humana. El *Big Data* permite identificar tendencias, comportamientos y correlaciones que son utilizados por empresas y gobiernos para fines económicos, políticos o de control social.

Capitalismo virtual

Forma contemporánea del capitalismo que se basa en la digitalización de la vida social y en la extracción de valor a partir de la información. Según Edgar Martínez Castillo, el

capitalismo virtual convierte los datos, emociones y comportamientos de los usuarios en mercancía informacional, disolviendo las fronteras entre trabajo, ocio y vigilancia.

Ciberspacio

Entorno simbólico y técnico creado por la interconexión global de computadoras a través de Internet. No se trata de un espacio físico, sino de un territorio comunicativo donde convergen identidades, discursos y prácticas sociales mediadas por la tecnología.

Dato

Unidad mínima de información convertida en registro digital. En el entorno algorítmico, el dato no es neutro: traduce acciones y preferencias en información procesable que permite clasificar, anticipar y modelar comportamientos. Es la materia prima de la vigilancia distribuida y del gobierno algorítmico de la subjetividad.

Hipertexto

Estructura no lineal de información que permite enlazar fragmentos de texto, imágenes, sonidos o videos mediante vínculos (*links*). Introducido por Ted Nelson en los años sesenta, el concepto de hipertexto transformó la lectura tradicional en una experiencia interactiva y rizomática, base del funcionamiento de la World Wide Web.

Identidad

digital

Construcción simbólica del yo en los entornos virtuales. Se compone de los datos, imágenes y acciones que los individuos proyectan en línea y que son interpretados por otros usuarios y por los *algoritmos*. En la era de la transparencia, la identidad digital es simultáneamente una forma de expresión y de control.

Navegador

web

(WWW)

Programa informático que permite acceder, visualizar e interactuar con los contenidos de la World Wide Web. Los navegadores —como Chrome, Firefox o Safari— traducen los códigos de los servidores en interfaces gráficas comprensibles, funcionando como mediadores entre el usuario y el universo hipertextual.

Panoptismo

Concepto desarrollado por Michel Foucault a partir del modelo arquitectónico de Jeremy Bentham. Designa un diagrama de poder basado en la visibilidad asimétrica, donde el sujeto interioriza la mirada del vigilante y se convierte en agente de su propio control. En la era digital, el *panoptismo* se actualiza como vigilancia distribuida y voluntaria.

Psicopolítica

Término empleado por Byung-Chul Han para describir la forma contemporánea de poder que opera sobre la mente y los afectos en lugar del cuerpo. La psicopolítica utiliza la libertad, la comunicación y el deseo como instrumentos de control, instaurando una dominación que se ejerce mediante la autoexplotación.

Red

social

Plataforma digital que permite la creación y el intercambio de contenidos entre usuarios interconectados. Las redes sociales transforman la comunicación en una actividad permanente de visibilidad y evaluación mutua, funcionando como espacios de producción simbólica, afectiva y económica.

Sistema

operativo

Conjunto de programas que gestionan los recursos de hardware y software de una computadora o dispositivo móvil, permitiendo la interacción con el usuario. Ejemplos de sistemas operativos son Windows, macOS, Android o Linux. Constituye la base funcional sobre la cual se ejecutan las aplicaciones digitales.

Subjetividad

digital

Modo contemporáneo de constitución del sujeto en el entorno tecnológico. Designa la forma en que los individuos se piensan, sienten y se relacionan bajo la mediación constante de las pantallas, los datos y los *algoritmos*. La subjetividad digital es relacional, fragmentaria y dependiente del reconocimiento visual.

Transparencia

Categoría filosófica propuesta por Byung-Chul Han para describir el régimen cultural de visibilidad absoluta que domina la era digital. La transparencia sustituye el secreto por la

exposición, el silencio por la comunicación continua y el cuidado de sí por la necesidad de mostrarse. Bajo su aparente luminosidad se oculta una nueva forma de coacción social.

Bibliografía

Bibliografía Principal

Bentham, J. (1979). *El panóptico*. Ediciones La Piqueta.

Constante, A., & Chaverry, R. (2017). *Redes sociales, virtualidad y subjetividades*. Editorial Monosílabo.

Constante, A., & Chaverry Soto, R. (2015). *World Wide Web y la formulación de la subjetividad*. Afinita Editorial.

Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. Siglo XXI Editores.

Kant, I. (2004). *¿Qué es la Ilustración? y otros escritos de ética, política y filosofía de la historia*. Alianza Editorial.

Han, B.-C. (2013). *La sociedad del cansancio*. Herder.

Hobbes, T. (2018). *Leviatán*. Alianza Editorial.

Kelly, K. (1994). *Out of control: The new biology of machines, social systems, and the economic world*. Addison-Wesley.

Marx, K. (2017). *El capital. Crítica de la economía política*. Libro I: El proceso de producción del capital (P. Scaron, Trad.). Siglo XXI. (Obra original publicada en 1867).

Orwell, G. (1949). *1984*. Editores Mexicanos Unidos.

Rousseau, J.-J. (2013). *Las confesiones*. NoBooks.

Bibliografía complementaria

Álvarez, G. (2013). *Instagram. Realidad y presente*. “Las redes sociales: Una manera de pensar el mundo” (p. 111). FFL-UNAM, DGAPA / Ediciones Sin Nombre.

Ávila Santamaría, R. (2019). *Las modernidades, la psicopolítica y el sistema penal. Una mirada desde Black Mirror*. <https://doi.org/10.18800/9786123174729.014>

Bagiotto Botton, V. (2017). “Algoritmos, deuda y el empresariado de mí mismo” en A. Constante & R. Chaverry (Coords.), *Redes sociales, virtualidad y subjetividades* (pp. 47–61). Ediciones Monosílabo.

Bauman, Z. (2007). *Miedo líquido: La sociedad contemporánea y sus temores*. Paidós.

Bras Ruiz, I. I. (2015). Paradojas de la sociedad de la información y el conocimiento: Tres falsas promesas del uso de la red. En A. Constante & R. Chaverry Soto (Eds.), *World Wide Web y la formulación de la subjetividad* (pp. 91–114). Afinity Editorial.

Chaverry, R. (2017). “Autómata y hombre-máquina: Zona de indiferenciación” en A. Constante & R. Chaverry (Coords.), *Redes sociales, virtualidad y subjetividades* (pp. 41–44). Ediciones Monosílabo.

Chaverry Soto, R. (2015). Hacia el hombre-algoritmo. En A. Constante & R. Chaverry Soto (Eds.), *World Wide Web y la formulación de la subjetividad* (pp. 33–54). Afinity Editorial.

Constante, A. (2015). Deep Web: entre lo público y lo privado. Las zonas profundas. En A. Constante & R. Chaverry Soto (Eds.), *World Wide Web y la formulación de la subjetividad* (pp. 139–159). Afinity Editorial

Constante, A. (2017). “Seguridad en las redes, un mito que se deshace” en A. Constante & R. Chaverry (Coords.), *Redes sociales, virtualidad y subjetividades* (pp. 298–312). Ediciones Monosílabo.

Constante, A., Gutiérrez, S., & López, J. (2013). *Reflexiones filosóficas sobre las redes sociales*. Ediciones Monosílabo.

DataReportal. (2025). *Digital 2025 Global Overview Report*. DataReportal. <https://datareportal.com/reports>

- Díaz, Y. (2015). *Todo retrato es pornográfico*. Tierra Adentro.
- González Chávez, J. A. (2017). “El ocaso de la privacidad en las redes sociales” en A. Constante & R. Chaverry (Coords.), *Redes sociales, virtualidad y subjetividades* (pp. 142–144). Ediciones Monosílabo.
- Hernández Castellanos, D. A. (2017). “Redes sociales: política, inscripción, nuevos materialismos” en A. Constante & R. Chaverry (Coords.), *Redes sociales, virtualidad y subjetividades* (pp. 70–75). Ediciones Monosílabo.
- López, B. (2017). “Deseo y revolución: En torno al voyeurismo en las redes sociales” en A. Constante & R. Chaverry (Coords.), *Redes sociales, virtualidad y subjetividades* (pp. 83–95). Ediciones Monosílabo.
- López Varela, S. L. (2015). La experiencia del espacio histórico a partir de la World Wide Web: los ideales institucionales frente a la memoria social. En A. Constante & R. Chaverry Soto (Eds.), *World Wide Web y la formulación de la subjetividad* (pp. 71–90). Afinity Editorial.
- Martínez Castillo, E. (2017). “Las sociedades abiertas de control en el capitalismo virtual” en A. Constante & R. Chaverry (Coords.), *Redes sociales, virtualidad y subjetividades* (pp. 123–129). Ediciones Monosílabo.
- Mesías Lema, J. M., & Eiriz, S. (2022). *Happygram: narrativas visuales en la sociedad panóptica*. Artnodes: Journal on Art, Science and Technology. <https://doi.org/10.7238/artnodes.v0i30.396241>
- MRV Quintero, C., Mendoza, A. R., & Castro, A. R. (2020). *Conociendo la Deep Web: un acercamiento inicial para minimizar riesgos informáticos en entornos académicos*. <https://doi.org/10.37979/afb.2020v3n1.64>
- Orduña, L. M. R. (2024). *Byung-Chul Han: subjetividades contemporáneas y nuevas formas de dominación desde los espacios digitales. Bajo el Volcán*. Revista del Posgrado de la BUAP. <https://doi.org/10.32399/ICSYH.bvbuap.2954-4300.2024.5.10.748>

Piñuel Raigada, J. L., & Ferret, J. (Coords.). (2016) *La construcción de la reputación online y su vulnerabilidad / e-reputation: La construction de la réputation online et sa vulnérabilité*. Comunicación Social, Ediciones y Publicaciones.

Saco-Vertiz, A. (2024). *Construcciones de la imagen corporal: El cuerpo-artificio y sus representaciones en la era digital*. Universitat Politècnica de València.

Sánchez-Valdez, M. Á. (2021). *Entre panópticos te veas, Bentham y Han: una aproximación (bio) psico-política*. QVADRATA. Estudios sobre teoría política. <https://doi.org/10.54167/qvadrata.v3i6.863>

Tiqqun. (2012). *Contribución a la guerra en curso*. Errata Naturae.